

Libros del Asteroide



Peter Cameron
**Algún día este dolor
te será útil**

Traducción de Jordi Fibla



Libros del Asteroide *



Peter Cameron
Algún día este dolor
te será útil

Traducción de Jordi Fibla



Algún día este dolor te será útil

A *

Peter Cameron

Algún día este dolor te será útil

Traducción de Jordi Fibla

Traducción de Agata Orzeszek y Francisco Javier Villaverde González



Libros del Asteroide

Título original: *Someday This Pain Will Be Useful To You*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2007 by Peter Cameron

© de la traducción, Jordi Fibla, 2012

© de la ilustración de cubierta, Juliet Pomés, 2012

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-92663-87-3

Depósito legal: B. 14.376-2012

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

1

Jueves, 24 de julio de 2003

Casualmente, el día que mi hermana Gillian decidió que en lo sucesivo pronunciaría su nombre con *g* fuerte fue el mismo día que regresó mi madre, demasiado pronto y sola, de su luna de miel. Ni lo uno ni lo otro me sorprendió: Gillian, por entonces entre el tercer y el cuarto curso en Barnard, salía con un profesor de Teoría del Lenguaje llamado Rainer Maria Schultz y, claro, se había vuelto una fanática de la lingüística y a menudo peroraba sobre el lenguaje «puro» del que supuestamente Gillian con *g* fuerte era un ejemplo. Por otro lado, mi madre había decidido contraer matrimonio precipitadamente con un hombre raro que se llamaba Barry Rogers. Si bien Gillian con *g* fuerte y yo habíamos sospechado que ese enlace (el tercero de mi madre) no duraría mucho, supusimos que sí sobreviviría a la luna de miel, pero cuando nos enteramos de que se proponían pasarla en Las Vegas, nuestro escepticismo aumentó. Mi madre, que se ha pasado la vida evitando lugares como Las Vegas y desdeñando alegremente a cualquiera que visitara o tan solo tuviera la intención de visitar lugares semejantes, se había aplicado una inquietante técnica de lavado de cerebro al anunciar que la luna de miel en Las Vegas sería «divertida» y una bonita variación con respecto a sus lunas de miel anteriores (Italia con mi padre y las islas Galápagos con su segundo marido). Que mi madre afirmara que algo era o sería «divertido» era ya toda una advertencia: la cosa en cuestión no era ni sería

divertida... Y cuando se lo recordé poniéndole el ejemplo de cuando me aseguró que el campamento de vela al que me obligó a ir en el verano de mis doce años sería «divertido», ella reconoció que no había sido divertido para mí, pero dijo que eso no significaba que su luna de miel en Las Vegas no pudiera ser divertida para ella. Tal es la capacidad que tienen los adultos, bueno, mi madre por lo menos, de engañarse a sí mismos.

Gillian y yo estábamos comiendo o tomando a mediodía algo parecido a una comida, cuando mi madre regresó prematuramente de su luna de miel. Eran casi las dos de la tarde. Gillian, sentada a la mesa de la cocina, hacía el crucigrama del *New York Times*, que teníamos prohibido cuando mi madre estaba en casa porque, como ella nos decía a menudo, ese era el único placer de su vida que nunca le fallaba. Yo estaba comiendo un bocadillo de huevo frito. Debería haber estado trabajando en la galería de arte propiedad de mi madre que dirigía un joven llamado John Webster, pero, como mi madre se encontraba fuera de la ciudad dedicada a las inimaginables actividades, cualesquiera que sean, a las que se dedica una mujer de cincuenta y tres años en Las Vegas durante su tercera luna de miel, y como estábamos en julio y nadie había puesto los pies en la galería durante siete días, había decidido juiciosamente cerrarla e irse a casa de unos amigos suyos en Amagansett. Yo podía hacer lo que me diera la gana durante el resto de la semana. Y, naturalmente, no le contaría a mi madre ese paréntesis, pues ella creía que en cualquier momento algún cliente podía entrar en el local y comprar un cubo de basura adornado con páginas arrancadas de diversas ediciones de la Biblia, la Torá o el Corán (por dieciséis mil dólares). Mi madre abrió la galería hace unos dos años, tras divorciarse de su segundo marido, porque quería «hacer algo» y, aunque cabía pensar que se refería a alguna clase de trabajo, no era así: «hacer algo» significaba comprar un montón de ropa nueva (ropa muy cara que había sido «deconstruida», lo cual, que yo sepa, consistía en que habían rasgado algunas de las costuras o habían puesto cremalleras donde Dios no quería que las hubiera) porque los directores de galerías de arte tenían que parecer directores de galería de arte y comer en restaurantes caros con comisarios de exposiciones y asesores de arte o, alguna que otra vez, con artistas de verdad. Mi madre había tenido bastante éxito como editora de libros de arte hasta que se casó con su segundo marido pero, según parece, una vez has dejado de trabajar en ello por causas justificadas es imposible volver a ello. Más de una vez le había oído decir: «No podría volver nunca a ese trabajo, es pesadísimo, y lo último que el mundo necesita es otro libro de adorno para la mesita de centro». Cuando le pregunté si creía que el mundo necesitaba una lata de basura adornada con páginas arrancadas de la Biblia del rey Jaime me respondió que no, que el mundo no necesitaba tal cosa y que eso era precisamente lo que hacía del objeto una obra de arte. Repliqué que si el mundo no necesitaba libros para las mesitas de centro también estos debían de ser obras de arte. ¿Qué diferencia había? Mi madre respondió que la diferencia estribaba en que el mundo *creía* necesitar libros para las mesitas de centro, el mundo *valoraba* los libros para las mesitas de centro, pero el mundo no creía necesitar cubos de basura adornados con páginas pegadas.

Y así Gillian y yo estábamos sentados en la cocina, ella enfrascada en el crucigrama y yo comiendo mi bocadillo de huevo frito, cuando oímos que abrían la puerta o, mejor dicho, la cerraban, pues la habíamos dejado descuidadamente abierta, y oímos que primero la cerraban con llave y entonces la abrían de nuevo, maniobra en cuyo transcurso mi hermana y yo nos limitamos a mirarnos sin decir nada, pues sabíamos por instinto quién estaba abriendo la puerta. Mi padre tiene un juego de llaves del piso y habría sido razonable (bueno, digamos que más razonable) que se tratara de él, ya que mi madre estaba de luna de miel en Las Vegas, pero por alguna razón Gillian y yo supimos enseguida que era nuestra madre. Oímos que arrastraba su maleta con ruedas por el umbral (mi madre no viaja ligera de equipaje y menos cuando está de luna de miel), luego el ruido de la maleta al

volcar, a continuación oímos cómo tiraba al suelo los libros, revistas y otros desechos que se habían acumulado sobre el sofá durante su ausencia, el sonido producido al dejarse caer en el sofá y la palabra «mierda» pronunciada en un tono más bien sereno y conmovedor.

Nos quedamos un momento callados, aturridos, casi como si creyéramos que, si guardábamos silencio, ella no detectaría nuestra presencia, tal vez invertiría sus movimientos, se levantaría del sofá, colocaría los desechos en su sitio, enderezaría la maleta, tiraría de ella a través de la puerta, volaría de regreso a Las Vegas y reanudaría su luna de miel.

Pero, como es natural, no sucedió tal cosa. Poco después oímos que se levantaba y venía a la cocina.

—Dios mío —dijo mi madre al encontrarnos allí—. ¿Qué hacéis aquí vosotros dos?

—¿Y tú qué estás haciendo aquí? —preguntó Gillian.

Mi madre se acercó al fregadero y miró los vasos y los platos sucios con el ceño fruncido. Abrió el armario de los vasos, pero estaba vacío, pues Gillian y yo nos habíamos inclinado por la técnica de enjuagar y utilizar de nuevo los vasos en vez de lavarlos, guardarlos y volverlos a usar.

—Señor —dijo mi madre—. Lo único que quiero es un vaso de agua. ¡Un simple vaso de agua! Eso es todo lo que quiero. Y como siempre pasa con cuanto quiero, parece que se me niega.

Gillian se levantó, seleccionó un vaso bastante limpio entre los amontonados en el fregadero, lo enjuagó y lo llenó de agua del grifo.

—Aquí tienes —dijo, dándoselo a nuestra madre.

—Dios te bendiga —contestó mi madre. No es una persona religiosa, así que el empleo de esa clase de lenguaje me inquietó. O me inquietó todavía más, pues su inesperada llegada ya lo había conseguido.

—Lo que tú digas —dijo Gillian, y volvió a sentarse.

Mi madre permaneció ante el fregadero, bebiendo el vaso de agua de una manera curiosa, como un pájaro. Recordé entonces que los pájaros no pueden tragar, por lo que deben echar la cabeza atrás para ingerir agua y que si en un aguacero dejan el pico abierto e inclinan la cabeza atrás se ahogan, aunque ignoro la razón por la que habrían de dejar el pico abierto e inclinar la cabeza atrás durante un aguacero. Finalmente, mi madre terminó de beber el agua de aquella manera extraña y se puso a enjuagar el vaso y meterlo en el lavavajillas con unos gestos que me parecieron exagerados, aunque desde luego no era fácil colocarlo en el lavavajillas porque ya estaba lleno de platos sucios.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Gillian.

—¿Que qué ha ocurrido?

—Sí. ¿Por qué has vuelto? ¿Dónde está el señor Rogers? —Ami hermana y a mí nos gustaba llamar al nuevo marido de nuestra madre por su apellido, aunque ella nos había insistido en que le llamáramos Barry.

—No sé dónde está ese hombre ni me importa —respondió mi madre—. Espero no volver a ver a Barry jamás.

—Bueno, mejor descubrir eso ahora —dijo Gillian—, aunque supongo que habría sido mejor descubrirlo antes de que te casaras con él o antes de que aceptaras casarte con él o antes de que lo conocieras.

—¡Gillian! —exclamó mi madre—. Por favor.

—Se dice Gillian —protestó ella.

—¿Cómo? —preguntó mi madre.

—Mi nombre es Gillian. Ya está bien de pronunciarlo mal. He decidido que a partir de ahora solo responderé cuando me llamen Gillian. Rainer Maria dice que poner nombre a un bebé y

pronunciar mal ese nombre es una forma sutil e insidiosa de maltrato infantil.

—Bien, yo no soy así: si decidiera tratarte mal, no lo haría de ninguna manera sutil o insidiosa.

—Mi madre me miró—. ¿Y tú por qué no estás en la galería?

—John no me necesitaba hoy —dije.

—Esa no es la cuestión —dijo ella—. John nunca te necesita. No vas a la galería porque seas necesario. Vas porque te pago para que vayas y así tengas un trabajo en verano, aprendas lo que vale un dólar y sepas en qué consiste la responsabilidad.

—Iré mañana —le dije.

Mi madre se sentó a la mesa. Le arrebató a Gillian el crucigrama a medio terminar.

—Por favor, quita de aquí este plato —me dijo—. No hay nada más repugnante que un plato sobre el que alguien ha comido un bocadillo de huevo frito.

Mi madre es muy quisquillosa respecto a lo que comen quienes la rodean. No soporta ver a nadie comiéndose un plátano, a menos que lo pele por completo y lo corte en atractivas porciones del tamaño de bocados.

Me levanté, enjuagué el plato y lo metí en el lavavajillas. Añadí el detergente y lo puse en marcha. Cualquiera habría visto que estas acciones estaban claramente destinadas a congraciarme con mi madre, y lo cierto es que sí parecieron ablandarla. Suspiró y apoyó la cabeza en los brazos que tenía cruzados sobre la mesa.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntarle Gillian.

Mi madre no respondió. Y advertí que estaba llorando. Gillian se puso en pie, se colocó detrás de ella, la rodeó con los brazos y la mantuvo abrazada mientras ella sollozaba.

Recorrí el pasillo hasta la sala de estar y telefoneé a la casa de Amagansett donde se encontraba John. Una mujer se puso al aparato.

—¿Diga?

—Hola. ¿Está John Webster?

—¿Quién le llama? —preguntó la mujer de esa manera hostil y desafiante con la que se trata de desalentar a los vendedores por teléfono.

—Soy Bryce Canyon —respondí. Siempre me niego a dar mi verdadero nombre cuando alguien quiere saber: «¿Quién llama?», puesto que bien podría decir: «¿Puedo preguntarle quién llama?» o «¿Puedo decirle quién le llama?».

—En este momento no está disponible, señor Canyon. ¿Quiere que le deje un recado?

—Sí, por favor. Dígale al señor Webster que Marjorie Dunfour ha regresado inesperadamente de su luna de miel y que si el señor Webster valora su medio de vida debe regresar a la ciudad con presteza.

—¿Pre qué? —preguntó la mujer.

—Presteza —respondí—. Sin tardanza. Inmediatamente.

—Tal vez sería mejor que se lo dijera usted mismo.

—Creía que no estaba disponible.

—No lo estaba —dijo la mujer—, pero acaba de aparecer.

Al cabo de un momento, John se puso al aparato.

—Diga.

—John, soy yo.

—James, ¿qué pasa?

—Mi madre está aquí —le dije—. Acaba de llegar. Pensaba que querrías saberlo.

—Oh, mierda. ¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro —respondí—, pero el señor Rogers parece ser agua pasada.

—Pobrecilla —dijo John—. Tan pronto. En fin, supongo que es mejor ver las cosas claras más pronto que tarde.

—Eso mismo le hemos dicho nosotros.

—De acuerdo. Volveré en autobús esta noche. ¿Crees que llamará a la galería o, Dios no lo quiera, irá allí?

—Lo dudo. Parece estar recreándose en su desgracia.

—Qué crueldad, James. No es natural. Me preocupas.

—Más te valdría preocuparte por ti. Si descubre que has cerrado la galería, ella sí podría ser un poco cruel.

—Voy enseguida —dijo John—. Mientras hablábamos he estado haciendo el equipaje.

Pensé que, dadas las circunstancias, lo mejor que podía hacer era salir de casa, así que cogí a nuestro perro, un caniche gigante negro llamado *Miró*, y lo llevé al espacio canino de Washington Square. A *Miró*, que al parecer se cree humano, no le gusta el espacio canino, pero se sienta pacientemente en el banco a mi lado, observando las actividades perrunas de sus congéneres con una divertida condescendencia.

Delante de nuestro edificio hay un árbol cubierto de alegrías y hiedra común, con dos placas fijadas al pequeño enrejado que rodea la base del tronco. La inscripción de una de ellas dice: EN MEMORIA DE HOWARD MORRIS SHULEVITZ, PRESIDENTE DEL EDIFICIO 1980-1995. TAMBIÉN AMÓ ESTE EDIFICIO. La primera vez que vi esta placa, hace unos seis años, cuando mis padres se divorciaron (mi madre vendió el piso donde hasta entonces habíamos vivido, en la calle Setenta y nueve Oeste, y nos mudamos al centro; mi padre se trasladó a un espantoso edificio de Trump en el Upper East Side: tiene unode esos horrendos pisos con enormes ventanas curvadas que no puedes abrir, grifos de oro falso y unos extraños hombres disfrazados en el ascensor, por si no sabes cómo apretar un botón), la malinterpreté, creyendo que las fechas eran las del nacimiento y la muerte de Howard Morris Shulevitz, un niño que había fallecido de modo tan trágico y prematuro al que habían nombrado presidente honorífico del edificio a título póstumo. Sentí tal cercanía y ternura por aquel muchacho que había muerto aproximadamente a la edad que yo tenía entonces que creí que de alguna manera yo debía ser su sucesor: juré amar el edificio con el ardor de Howard e incluso tuve fantasías en las que me imaginaba muriendo joven (pensé en arrojarme desde la ventana de nuestra sala de estar a fin de aterrizar en la acera que hay delante del árbol para que me dedicaran una placa que colocarían al lado de la de Howard: JAMES DUNFOUR SVECK, SEGUNDO PRESIDENTE DEL EDIFICIO, 1985-1997. TAMBIÉN AMÓ ESTE EDIFICIO). Cometí el error de mencionarle (una pequeña fantasía a mi madre, quien me informó de que Howard Morris Shulevitz debió de haber sido un anciano, un tiranuelo que no había tenido nada mejor que hacer que fastidiar a sus vecinos con amenazas por violar alguna norma urbanística. La segunda placa del enrejado ordena imperiosamente: CONTROLE A SU PERRO. No recuerdo exactamente cuándo la fijaron al enrejado, pero es fácil imaginar por qué esa advertencia era necesaria... Y ahora la visión de esas dos placas adyacentes nunca deja de deprimirme, pues aunque Howard Morris Shulevitz fuese tan desagradable como lo imagina mi madre, ¿realmente merecía la evocación de su nombre y su memoria al lado de un letrero que dice: CONTROLE A SU PERRO? Todo este fenómeno de poner a las cosas nombres de difuntos me parece desconcertante. No me gusta sentarme en un banco que conmemora la vida de alguien. Me parece una falta de respeto. Creo que si quieres recordar a alguien, levantas un

monumento adecuado, como el Lincoln Memorial, o lo dejas en paz.

El espacio canino es una zona del parque totalmente vallada, de manera que una vez has cruzado las dos puertas, que no deben estar abiertas simultáneamente bajo pena de muerte, puedes quitarle la correa a tu perro y dejarlo retozar con sus iguales. Cuando llegué, hacia las cuatro de la tarde, había muy poca gente. Quienes no tienen un trabajo y frecuentan el espacio canino durante el día ya se habían marchado y quienes sí tienen un trabajo aún no habían llegado. Había unos pocos paseadores de perros, con un surtido abigarrado de animales, ninguno de los cuales parecía tener ganas de retozar. *Miró* emprendió el trote hacia nuestro banco favorito, que por suerte a aquella hora estaba a la sombra, y subió a él de un brinco. Me senté a su lado, pero él volvió la cabeza y no me hizo caso. En la intimidad del hogar, *Miró* es un animal muy afectuoso, pero en público se comporta como un adolescente que no muestra ningún interés por el afecto de su padre. Supongo que teme que eso afee su pose de perro que se considera humano.

En el espacio canino se respira una camaradería que yo detesto. Esa especie de petulante simpatía que comparten los dueños de perros y que, según ellos, les da derecho a relacionarse. Si me sentara en un banco del parque nadie me abordaría, pero al parecer en el espacio para perros estás en un extraño planeta lejano y amistoso. «Oh, ¿es un caniche gigante?», «¿Es macho o hembra?» o cualquier otra pregunta estúpida. Por suerte los paseadores de perros, como profesionales que son, solo hablan entre ellos, de la misma manera que, como he observado, las niñeras y las madres nunca se relacionan en el parque infantil, sino que, como los paseadores y los propietarios de perros, solo se acercan a las personas de su clase. En definitiva, nadie nos molestó a *Miró* y a mí. Después de observar un momento a los demás perros, suspiró y se tendió lentamente en el banco, empujándome un poco con las patas traseras a fin de tener espacio para estirarse, pero como yo me negué a moverme, se vio obligado a dejar la cabeza colgando sobre el extremo del banco. Y lo hizo de una manera que daba a entender que era muy difícil ser perro.

Pensé en mi madre y su inesperado regreso. No me sorprendía el fracaso de su matrimonio, pues desde el principio, apenas hacía ocho meses, el señor Rogers me había parecido un tipo raro, pero creí que duraría algo más que unos pocos días. Mis padres estuvieron casados quince años y mi madre estuvo casada tres con su segundo marido y supuse que la duración de su último matrimonio sería proporcional. Intenté calcular qué porcentaje de quince años eran tres, a fin de calcular cuál sería el porcentaje correspondiente de tres años..... ¿Acaso podrían ser cuatro días? Por desgracia, la aritmética nunca se me ha dado bien. Los números no me interesan o no me parecen tan reales como las palabras.

Pero tanto si era proporcional como si no, un matrimonio que solo dura cuatro días es de una brevedad decepcionante. Y podría argüirse que la curva debería ser exactamente la contraria y que, en vez de ir a peor, la gente debería mejorar matrimonio tras matrimonio. A ese paso, si mi madre se atrevía a casarse de nuevo, el novio terminaría dejándola plantada en el altar.

Mi padre no ha vuelto a casarse. Antes de que los dos pudieran divorciarse y casarse de nuevo, la mujer por la que dejó a mi madre murió de una manera repentina y trágica debido a un cáncer de ovarios, lo que fue más rápido que el sistema judicial y, aunque él no es religioso (a mis padres los casó un juez en el Rainbow Room), creo que de alguna manera se sintió castigado por aquella muerte y lo cierto es que desde entonces se ha relacionado con una larga sucesión de mujeres mucho más jóvenes que él que parecen lucir las mismas «mechas» rubias de aspecto artificial en su bonito cabello castaño. (No sé si se trata de un rasgo generacional o es una muestra de fetichismo por parte de mi padre.)

Aquella tarde mi madre fue a consultar con Hilda Temple, *supersonal coach*. Mi madre había

seguido durante muchos años una terapia convencional (y durante los dos últimos años se había sometido a psicoanálisis), pero poco antes de conocer al señor Rogers llegó a la conclusión de que en su caso la terapia convencional no «funcionaba» y buscó el asesoramiento de un *personal coach*: uno le plantea a su *coach* las metas que tiene y él o ella te estimula o te da la lata hasta que alcanzas esas metas o, lo que es más probable, hasta que pasas a otra clase de terapia. Conocer al señor Rogers había sido una de las metas de mi madre (bueno, no concretamente conocer al señor Rogers y, retrospectivamente, desde luego no al señor Rogers: la meta había sido encontrar pareja) y, con la ayuda o la intromisión de Hilda, lo había logrado en poco tiempo.

Durante la ausencia de mi madre, Gillian me contó de lo que se había enterado: al parecer, el señor Rogers le había robado a mi madre la tarjeta de débito y las tarjetas de crédito o, por lo menos, las había cogido «prestadas» mientras ella dormitaba en el tálamo y había sacado tres mil dólares que había gastado en juegos de azar a altas horas de la madrugada. (Más adelante, cuando mi madre recibió el extracto de las operaciones realizadas con las tarjetas de crédito, se enteró de que su marido también se había gastado su dinero en varios espectáculos eróticos que figuraban bajo el discreto concepto de «gastos personales en diversiones», así como en la compra de un humidificador de puros portátil que costaba mil quinientos dólares, puros por valor de ochocientos y una docena de pares de calcetines de cachemira.)

Yo me encontraba en mi dormitorio cuando mi madre regresó de su cumbre con Hilda Temple. Gillian se había ido al norte de la ciudad para ver a *Herr Schultz*. Durante un rato oí a mi madre en la sala de estar hablando con *Miró*. La manera en que mi madre habla con el perro siempre me ha puesto un poco celoso. A decir verdad, creo que todos hablamos más con *Miró* que entre nosotros. Entonces la oí caminar por el pasillo. Estaba sentado ante el ordenador, mirando en Internet casas a la venta en pequeñas ciudades del medio oeste. Es asombroso lo que puedes conseguir por cien mil dólares en un estado como Nebraska. Oí que mi madre se detenía en la puerta, pero no levanté la vista.

—Ah, estás en casa —me dijo. Como eso era evidente, no vi motivo para confirmarlo ni negarlo—. Creía que habrías salido. ¿No deberías haber salido?

—¿Para ir adónde?

—No lo sé. Fuera. A una fiesta o algo por el estilo. O al cine. Tienes dieciocho años y es viernes por la noche.

—Jueves por la noche.

—Lo mismo da. Deberías haber salido. Me preocupas. ¿Qué estás haciendo?

—Miro casas.

—¿Casas? ¿Qué casas?

—Casas en venta.

—¿Y por qué haces algo tan raro? No sabía que buscabas casa.

—No busco casa —dije—. Solo estoy echando una ojeada. —Ella permaneció donde estaba en silencio. Me volví—. ¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Mirándote, nada más —respondió—. Cualquier día de estos te marcharás.

Este otoño he de ir a la Universidad de Brown, en Rhode Island. Bueno, en realidad, debo ir el mes que viene, pues en agosto hay unas espantosas jornadas de orientación para nuevos alumnos. Y eso me aterra.

Mi madre se sentó en mi cama.

—Siento lo del señor Rogers —le dije—. Gillian me lo ha contado.

Ella no dijo nada.

—¿Qué te ha dicho Hilda? —le pregunté.

Mi madre me miró y se restregó los ojos. Parecía cansada y vieja, jamás la había visto tan cansada y tan vieja.

—Prefiero no hablar del señor Rogers —protestó.

—Como quieras. En fin, lo siento.

Mi madre extendió la mano y la deslizó suavemente por mi mejilla, como si estuviera quitándome una mancha, pero yo sabía que solo era una excusa para tocarme.

—Qué cansada estoy —comentó—. Creo que no había estado tan cansada en toda mi vida.

—Entonces deberías irte a dormir.

En vez de responderme, mi madre se tendió en mi cama. Me volví hacia el ordenador. Estaba mirando una casa en Roseville, Kansas. Era bonita, una antigua casa de piedra con un tejado a dos aguas y montaplatos y bañeras originales de porcelana con patas en forma de garras. Tenía despensa, porche cubierto convertible en dormitorio y un sótano de piedra que parecía tan espacioso como una estación de metro.

—Mira esto —le dije.

Mi madre exhaló un suspiro y se enderezó.

—¿Qué?

—Esto. Ven aquí.

Ella se puso en pie y se inclinó por encima de mi hombro. Emitía un olor un poco raro. Notaba el aroma de Prélasser, su perfume favorito, pero había otro olor por debajo, un olor extraño y áspero a cansancio o pánico o desesperación.

—¿Qué? —repitió.

—Mira esta casa. ¿No es bonita?

—¿Dónde está?

—En Kansas. Mira estas fotos. —Empecé a hacer clic en las fotografías ofrecidas: la sala de estar, el comedor, la cocina, el pasillo central y la escalera, el baño, los dormitorios.

—Está muy bien, ¿verdad? —le dije.

—No me gustan esas casas viejas —contestó ella.

—A mí sí. Tiene un porche convertible en dormitorio. Y montaplatos. Y una ventana de cristal de Tiffany.

—¿Quién querría dormir en un porche? —preguntó mi madre.

—Yo.

—Se te comerían vivo los bichos. Allá, en el medio oeste, hay muchos bichos horribles.

—Está cubierto —observé.

—Yo me sentiría como en una jaula —comentó mi madre—. Y la gente podría ver el interior. Además, ¿qué tiene de malo el aire acondicionado? —Se irguió, suspiró y dijo—: Bueno, creo que me voy a la cama. —Pero siguió allí, como si quisiera que la contradijese.

—¿Por qué te casaste con él? —le pregunté al cabo de un rato.

Ella no respondió. Estaba mirando por la ventana o tal vez solo estuviese mirando su propio reflejo en el cristal de la ventana. Por un momento creí no haberle hecho la pregunta y solo haber deseado formularla, pero entonces sacudió ligeramente la cabeza, como para aclararse. Seguía mirando la oscura ventana.

—Porque estaba sola —respondió.

No sabía qué decirle, así que no dije nada.

—Una se siente sola —siguió diciendo. Parecía estar en trance, hablando a su propio reflejo en

la ventana—. Incluso contigo y Gillian, cuando se digna a honrarnos con su presencia, y *Miró* y mis amigos y la galería y las comidas, las cenas y los *brunches*. Dormir con él era estupendo, tener a alguien que me abrazara por la noche era estupendo... —hizo una pausa—. Oh, no debería contarte nada de esto.

—¿Por qué no?

Ella se apartó de la ventana.

—Te envenenaré, te transmitiré mi amargura y mi escepticismo, y no creerás en el amor.

—Ya no creo en el amor.

—Claro que no. ¿Cómo podrías creer? Nunca has estado enamorado. ¿O sí? ¿Me he perdido algo?

—No —respondí.

—Te enamorarás.

—Qué va.

Ella me puso ambas manos en los hombros, se inclinó y me besó en la mejilla.

—Eres demasiado dulce para no enamorarte. Sé lo dulce que eres. Tal vez más que nadie.

—No soy dulce —protesté.

—Calla —contestó mi madre—. No me contradigas. Estoy agotada. Me voy a dormir. Deséame buenas noches.

Se detuvo en el umbral. Me volví en la silla.

—Buenas noches —le dije.

Ella se alejó por el pasillo y entonces apagó la luz. Oí abrirse y cerrarse la puerta de su dormitorio. Oí un ruido a mis espaldas, un leve sonido del ordenador. Me volví: como llevaba cinco minutos sin tocar una tecla, la pantalla se había apagado. La casa en Roseville, Texas, había desaparecido y había sido sustituida por el oscuro reflejo de mi cara.

2

Viernes, 25 de julio de 2003

Mi madre tenía por lo menos razón en una cosa: John no me necesitaba en la galería. Incluso era probable que sin mí por allí trabajara más, porque nos llevábamos bien y pasábamos mucho tiempo charlando. Mis tareas eran limitadísimas: en primer lugar, yo era el responsable de eliminar los restos que se acumulaban en los cubos de basura al final de cada jornada. A la gente le encantaba tratar esas obras de arte valoradas en dieciséis mil dólares como si fueran receptáculos de desechos ordinarios, exactamente la manera en que el artista que las había creado deseaba que el espectador «conectara» con ellas. Encontraba sobre todo monedas (la gente tiene ese impulso, para mí incomprensible, de tirar literalmente su dinero), pañuelos usados y envoltorios de caramelos, pero en ocasiones eran más creativos: llegué a encontrar un condón usado y un pañal sucio. Como suponía que los actos sexual y excretorio causantes de aquellos objetos no habían tenido lugar en la galería, solo cabía pensar que la gente había traído consigo tales contribuciones y esos intentos de creatividad me parecían un tanto inquietantes.

El artista creador de los cubos de basura carecía de nombre. Era japonés y tenía unas interesantes teorías sobre la identidad. Durante un tiempo, al comienzo de su carrera, cambió de nombre cada mes, pues creía que la identidad era líquida y no debía estar constreñida por algo tan rígido como un nombre, pero como al parecer, tras una temporada cambiando de nombre mensualmente, la gente primero le perdía la pista y a continuación el interés por conocerlo o recordarlo, eliminó los nombres por completo. Creo que la irritación de mi madre por la nueva

postura de Gillian con respecto a su nombre tenía que ver con la experiencia que había vivido con ese artista. Al principio había pensado que un artista sin nombre que trabajaba con cubos de basura y textos sagrados conseguiría mucha publicidad, pero el hecho de que no tuviera nombre dificultaba su promoción y el entusiasmo inicial de mi madre había derivado en frustración. No se había vendido ni uno solo de los cubos de basura y mi madre lo atribuyó a la falta de atención por parte de los medios o, como decía ella, a la falta de «rumorología». Suplicó al artista innominado que se refiriese a sí mismo como «El Artista Sin Nombre» o, sencillamente, «Sin Nombre» o algo por el estilo que llamara la atención, pero él se negó razonando que esas denominaciones eran nombres, ni más ni menos.

Yo debía conservar todas las cosas que recogía en un cubo de basura guardado en el almacén, porque el próximo proyecto de aquel artista consistía en transformar en arte aquellos desechos. (Mi madre me obligó a tirar el condón usado y el pañal, por razones obvias.) Mi segunda tarea en la galería era mantener la agenda de direcciones, es decir, introducir los nombres y direcciones de quienes las anotaban en el libro de visitantes que estaba sobre el mostrador. Como muy pocas personas visitaban la galería en aquellos tórridos días de verano y la mayoría de los visitantes no firmaban en el libro, poner al día la agenda no era una actividad pesada. Todas las mañanas le servía a John un *capuccino*, una madalena de yogur y dos clases de bayas, dos botellines de agua Evian, *The New York Times*, el *Post* y, según el día de la semana, *The New Yorker*, *New York*, *Time Out* o *The New York Observer*. (John se negaba a suscribirse a diarios y revistas porque opinaba que las etiquetas con las direcciones que les pegaban eran estéticamente comprometedoras.)

Si John no comía con alguien, y él se esforzaba por hacerlo a diario, yo iba a buscarle un plato de ensalada a Fabu, la tienda de comida chic situada en la esquina de la Décima Avenida. Todos los días ofrecían un surtido de una docena de ensaladas, entre las que podías escoger una selección de tres por 11,95 dólares, té o café con hielo y un trozo de pan artesano incluidos. (El pan no lo cortaban en rebanadas sino que lo «partían a mano», ya que, al parecer, cortarlo afectaba negativamente a su sabor y textura.) Fabu daba a conocer su menú a todo el mundo por fax a las once de la mañana y decidir cuáles iban a ser las tres entre las doce ensaladas que iba a seleccionar ocupaba buena parte de la mañana de John. Finalmente, hacia las cuatro de la tarde me enviaba en busca de un *capuccino* helado y una barrita de chocolate negro de la marca Milky Way.

Cuando no estaba dedicado a mantener los niveles de azúcar y cafeína de John y había alguien en la galería (cosa que sucedía raramente), me sentaba detrás del mostrador y me dedicaba a teclear con rapidez y eficiencia en el ordenador para dar así la impresión de que el negocio florecía o, al menos, que seguía su curso. Y también estaba preparado para responder a las preguntas de la gente o dar información sobre el arte o el artista, pero lo que la gente solía preguntar era la dirección de otra galería o si podían usar el lavabo.

El resto del tiempo permanecía sentado, charlando con John, un hombre que nunca parecía tener mucho trabajo. John me gustaba mucho. De hecho, aparte de mi abuela, era la única persona que me gustaba. John se había criado en Georgia y a los dieciséis años completó la enseñanza media y obtuvo unas notas increíbles en el examen de acceso a la universidad. Consiguió una beca para estudiar en Harvard, con la obligación de trabajar para la universidad. En tercero consiguió un empleo como guarda de seguridad en el Museo Fogg y lo promovieron rápidamente a guía cuando resultó evidente que podía responder a muchas de las preguntas que dejaban perplejos a los demás guías. John amaba el arte, sobre todo la pintura. Decía que no había visto un cuadro auténtico, un buen cuadro, hasta que llegó a Harvard, pero de niño miraba un libro de arte tras otro y aprendió él solito la historia del arte. Después de Harvard siguió un máster en el Instituto Courtauld de Londres

Se ocupó de la colección de arte del bufete de abogados de mi padre antes de que mi madre lo atrajera hacia ella. (Ignoro la razón por la que los bufetes de abogados tienen colecciones de arte millonarias.)

El día siguiente al del inesperado regreso de mi madre era viernes y, sorprendentemente, John ya estaba en su despacho cuando llegué a la galería por la mañana. Estaba sentado a la mesa de su despacho y daba la impresión de estar trabajando, pero yo no tenía idea de en qué podría estar tan ocupado. Dejé sobre la mesa el *capuccino*, la madalena y una botella de Evian (la otra estaba en el frigorífico).

—Qué temprano has venido —comenté.

—Sí, quería estar aquí en caso de que viniera tu madre. Y una ausencia de varios días genera trabajo. Hay muchos faxes y correos electrónicos que responder. —Señaló el desorden sobre su mesa.

—¿Hay algo que pueda hacer? —le pregunté.

—¿Está al día la agenda?

—Sí, a menos que la gente entrara aquí cuando no estábamos y dejara sus nombres y direcciones.

—Si te parece, dejemos hoy el sarcasmo de lado —protestó John—. Dime, ¿qué ha ocurrido?

Me senté en una de las dos butacas estilo Le Corbusier ante su mesa.

—Parece ser que el señor Rogers es un jugador compulsivo. Robó las tarjetas de crédito de mi madre y perdió unos tres mil dólares.

—¿Tres mil dólares? ¿Eso es todo? Algunas de mis citas me cuestan casi tanto. No creo que eso sea motivo para poner fin a un matrimonio.

—No se trata de la cantidad. Creo que el problema es más bien la pérdida de confianza. Esperé a que estuviera dormida para coger las tarjetas de crédito y salir. La tercera noche de su luna de miel.

—Bien, admito que es una mala manera de comportarse. Y qué vergüenza. Ahora querrá volver a la galería. Las mujeres desdeñadas siempre vuelcan su atención en el trabajo. Esperaba con ilusión un agradable, largo y tranquilo verano. ¿Vendrá hoy?

—No lo sé. Aún estaba acostada cuando he salido de casa.

—Bueno, habrá que esperar a ver qué pasa. Hay mucho correo. Lo he dejado sobre el mostrador. ¿Por qué no lo abres y lo clasificas?

—De acuerdo.

John quitó la tapa perforada de su taza de *capuccino*.

—¿Qué le pasa a esto? —preguntó.

—¿Cómo? No le pasa nada.

—¿Estás seguro de que lo has pedido con leche semidesnatada?

—Sí —respondí.

Él olisqueó el café.

—No parece estar bien. Tiene ese desagradable aspecto desnatado.

—Es semidesnatada —le dije—. Estoy seguro.

—De acuerdo. Anda, ve a trabajar un poco. Hoy debemos dar en todo momento la sensación de que estamos muy ocupados.

Salí de su despacho y me senté detrás del mostrador. Allí había un gran rimerero de correo y empecé a clasificarlo. Hacia las once, cuando el menú de Fabu salía por la ranura del fax, John abandonó su despacho. Tenía tan misteriosa habilidad para percibir exactamente cuándo llegaba el

menú de Fabu que solía estar al lado del aparato mientras iba saliendo el papel.

—Maldita sea —masculló—. Hoy me apetecía la ensalada tailandesa de mango y cacahuets. No hay. ¿Es que no la sirven los viernes?

—No lo sé.

—Me apetece de veras —dijo John—. He estado pensando en ella toda la mañana. Tal vez se han olvidado de incluirla en la lista. ¿Por qué no llamas y les preguntas si tienen?

—Estoy seguro de que si tuvieran estaría en el menú —respondí.

—Bueno, llama de todos modos para asegurarte. —Regresó a su despacho, todavía examinando el menú.

Como sabía que si Fabu ofreciera la ensalada tailandesa de mango y cacahuets, estaría sin duda en el menú, no llamé para confirmar lo evidente: esperé un momento y entré en el despacho de John y le di la mala noticia.

—Mierda —dijo él—. ¿Por qué me la juegan? ¿Por qué no pueden servir las mismas puñeteras ensaladas todos los días? Esto es de locos. ¿Qué vas a comer tú?

—Hoy es viernes y como con mi padre —contesté. Todos los viernes tenía una cita fija con mi padre para comer en el centro de la ciudad.

—Ah, bueno —dijo John—. Así que estaré aquí solo. Bien, pediré los brotes de espinacas corpera, el orzo con aceitunas y tomates secos, y supongo que la *mozzarella* con tomate y albahaca.

—¿Y qué quieres para beber?

—Pues... —suspiró, como si le estuviera poniendo las cosas muy difíciles— limonada de jengibre, si tienen. Si no, té de menta con hielo. ¿Irás a buscarlo? Cuando lo traen, tardan una eternidad y las ensaladas terminan hechas una papilla. Me revienta que estén blandas y húmedas.

—He de ir al centro —le dije.

—Lo sé, pero solo será un momento. Por favor. Y tráela con cuidado, no vaya a terminar hecha una papilla.

—De acuerdo, pero tendré que irme temprano.

—Vete cuando quieras —dijo John.

Antes era muy fácil visitar a mi padre en su despacho: solo tenías que cruzar el vestíbulo, tomar el ascensor y subir al piso cuarenta y nueve, pero desde el 11 de septiembre, tienes que hacer cola en el vestíbulo y enseñar a un guarda de seguridad un documento de identidad. Si tu nombre figura en la lista de los visitantes con cita, puedes subir en el ascensor. De lo contrario, has de hacer otra cola, decir al guarda a quién vas a visitar, esperar a que llame a esa persona y te dé su permiso para entrar. Como mi padre se olvida siempre de ponerme en la lista de visitantes («Estoy demasiado ocupado para recordar esa clase de cosas», me dijo, y entonces le pedí que le pidiera a su ayudante que lo haga, pero su ayudante lleva tanto tiempo trabajando para él, creo que unos veinte años, que ya no se considera un ayudante y se niega a hacer tareas administrativas insignificantes y, como su trabajo consiste básicamente en tareas administrativas insignificantes, apenas hace nada), siempre tardo entre quince y veinte minutos en trasladarme desde el vestíbulo a su despacho, donde he de anunciarme a la recepcionista y esperar hasta que mi padre salga a buscarme, pues no les inspiro confianza para que me permitan ir por el pasillo hasta el despacho.

Me senté en la recepción y, mientras esperaba a mi padre, apareció una mujer y firmó en el registro de salidas. Me miró sonriente.

—¿Eres el hijo de John Bigley? —me preguntó.

—No, soy el hijo de Paul Sveck.

Ella dejó de sonreír al instante, como si le hubiera dicho que era el hijo de Adolf Hitler. Me pregunté qué le habría hecho mi padre para alejarla de él. Mientras pensaba en ello, Myron Axel, el supuesto ayudante de mi padre, apareció y me hizo una seña para que lo siguiera. Myron Axel es un hombre raro. En tantísimos años que lleva trabajando para mi padre nunca ha revelado ningún aspecto de su vida privada. Uno podría creer que se trata de una persona reservada, pero cuando lo conoces caes en la cuenta de que es mucho más probable que no tenga una vida privada que revelar. Myron Axel también camina de una manera extraña, con el cuerpo rígido y moviendo solo los pies, como si cualquier otro movimiento pudiera parecer impropio. Le seguí por el largo pasillo en uno de cuyos lados había grandes despachos con ventanas y en el otro pequeños despachos sin ventanas. No creo que pudiera trabajar jamás en un entorno empresarial tan abiertamente jerárquico. Sé que en este mundo no somos todos iguales, pero no soporto los ambientes en los que esta verdad resulta tan obvia. El despacho de mi padre se encuentra en un ángulo del edificio y tiene un panorama asombroso, un cuadro de Diebenkorn (gracias a John Webster), una mesa antigua Florence Knoll, un sofá de cuero (Le Corbusier, por supuesto) y una pecera de agua salada, mientras que Myron Axel trabaja en un armario iluminado por un fluorescente al otro lado del pasillo.

Mi padre estaba hablando por teléfono, pero me hizo una seña para que entrara.

—Gracias —le dije a Myron, que no se molestó en contestar.

Entré en el despacho de mi padre y miré por la ventana el panorama siempre cambiante según las estaciones del año, la luz y la hora del día. Las visitas al despacho de mi padre son el único momento en que soy consciente de que vivo en una gran ciudad. El resto del tiempo, cuando estoy abajo, al nivel del suelo, esa idea de alguna manera desaparece.

—Sé que estás mintiendo y además son unas mentiras tan estúpidas que solo me haces perder tiempo —decía mi padre—. Ni siquiera son interesantes. Cuando estés dispuesto a hablar juiciosamente, vuelve a llamarme. —Y colgó el teléfono—. Hola, James —me dijo—. Aunque parezca que has dormido con ellas puestas, me alegro de que lleves chaqueta y corbata. He pensado que podríamos ir al comedor de los socios. —Mi padre prefiere almorzar en el comedor de los socios porque es más rápido y más barato que cualquiera de los restaurantes del centro, pero siempre finge que lo hace para complacerme, como si comer en una sala llena de trajes fuese emocionante.

Pero mi padre me gusta, aunque sea irritante y bobo. Cómo podría no gustarte un hombre tan apuesto y encantador. Creció en el seno de una familia de clase obrera en New Bedford, Massachusetts, y no se ha habituado a su éxito. Viaja a Londres una vez al año para comprarse los trajes, un zapatero italiano que tiene un molde de escayola de sus pies le confecciona los zapatos, su ropa interior procede de Suiza y las camisas se las hace a medida un sastre de Chinatown. Todas estas extravagancias le producen un gran placer. Es feliz y generoso.

Tamborileó sobre su mesa y se puso en pie.

—¿Nos vamos? Tengo que estar de vuelta a las dos para atender una llamada. —Lo seguí al exterior del despacho. Se detuvo ante la puerta del armario de Myron y le dijo—: Si llama Dewberry, que te dé una dirección a la que podamos enviarle los documentos por FedEx.

No aguardó la respuesta de Myron, supongo que mi padre ya sabe que Myron no suele responder. Avanzó briosamente por el pasillo y yo lo seguí.

Nos dieron una mesa junto a las ventanas, con vistas al puerto de Nueva York, la Estatua de la Libertad y Governor Island. A nuestra derecha, una gran porción de cielo estaba despejada y veíamos partes de Nueva Jersey y del río Hudson que antes habían estado ocultas. Traté de no mirar en esa dirección.

—¿Has tenido noticias de mamá? —le pregunté.

—No —contestó—. ¿Por qué habría de tener noticias de tu madre? ¿No está en la luna de miel de una de sus bodas? —A mi padre siempre le gusta insinuar que mi madre se casa con frecuencia y de una manera indiscriminada por más que en realidad solo se ha casado tres veces.

—No —respondí—. Ayer volvió a casa.

—Tenía entendido que estaría fuera hasta el día 29.

—Así debía ser, pero ha cambiado de planes.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—El señor Rogers le robó las tarjetas de crédito y perdió en el juego unos tres mil dólares.

Mi padre soltó una carcajada, trató de convertirla en una tos y se llevó a los labios el vaso de agua.

—No tiene ninguna gracia —observé.

—Lo sé —admitió él—. Claro que no tiene ninguna gracia. Es solo que bueno, por eso no debes casarte nunca, James. Ya no hay ningún motivo por el que un hombre deba casarse. Las mujeres intentarán convencerte de que sí, pero créeme, no lo hay. No hay ninguna buena razón.

—Bueno, no tengo intención de casarme —comenté.

—Estupendo —dijo mi padre—. Me alegra saberlo.

Llegó el camarero para tomar nota. Mi padre pidió un bistec y yo *penne* con albahaca y tomates de la huerta.

—Deberías haber pedido un bistec—observó mi padre—. No deberías comer pasta como plato principal. No es propio de hombres.

—Lo tendré en cuenta —añadí.

—No, no lo tendrás en cuenta —dijo mi padre—. Y escucha, ya que estamos hablando de ello, permíteme que te pregunte algo.

—¿Qué?

—¿Eres gay?

—¿Qué? ¿Por qué me preguntas eso?

—¿Por qué? ¿Por qué no? Solo quiero saberlo.

—¿Por qué? ¿Es que así conseguirás alguna exención fiscal o algo por el estilo?

—Muy gracioso, James. No. Es solo que nunca hemos hablado de tu sexualidad y, si eres gay, quiero ayudarte como es debido. No me importa que seas gay, solo quiero saberlo.

—¿No me ayudarías si fuese heterosexual?

—Claro que sí, pero no... Bueno, el mundo ayuda a los heterosexuales. Es la norma. Los heterosexuales no necesitan en realidad ayuda, pero los gays sí. Así que debería hacer un esfuerzo especial. Eso es todo lo que quiero saber. ¿Debería hacer un esfuerzo especial? ¿No debería decir que comer pasta es cosa de maricas?

—La verdad es que no me importa lo que digas —contesté.

—En cualquier caso, me gustaría saber qué cosas debería abstenerme de decir.

—Mira, papá, si eres homófobo, no quiero que cambies por mí.

—¡No soy homófobo, James! Acabo de decir que no me importaría que fueses gay. No me importaría en absoluto.

—Y, entonces, ¿por qué no puedo tomar pasta como plato principal?

—Porque eso no es propio de los gays, yo no he dicho que lo fuera. He dicho que no es propio de hombres.

Interrumpió tan estúpida conversación uno de los colegas de mi padre, el señor Dupont, quien se

disponía a salir del comedor e hizo un alto junto a nuestra mesa. Yo había coincidido con el señor Dupont unas cuantas veces en los últimos años.

—Hola, Paul —le dijo a mi padre—. Hola, James.

—Hola, señor Dupont.

—Bueno, tu padre me ha dicho que estudiarás en Yale.

—Creo que en Brown —contesté.

—Ah, sí, Brown. Muy buena universidad, Brown. Huck irá a Dartmouth. Ha rechazado una beca como jugador de *hockey* en la Universidad de Minnesota. Imagínate cuánto me habría ahorrado.

—Un pastón —dijo mi padre.

—Sí, me costará un ojo de la cara —comentó el señor Dupont—. Bueno, que disfrutéis de la comida. Espero que hayáis pedido el bistec. Hoy es excelente.

Permanecimos un momento en silencio y al rato el camarero nos sirvió la comida. Mi padre miró mi plato de pasta, pero no dijo nada. Cortó el bistec casi crudo y sonrió ante la carne sangrante.

—Bien —dijo después de tomar un bocado—, ¿no vas a decírmelo?

—¿A decirte qué?

—Si eres gay o no.

—No. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Acaso tú se lo dijiste a tus padres?

—Yo no era gay —respondió mi padre—. Era hetero.

—¿Entonces si eres gay tienes la obligación moral de informar a tus padres y si eres hetero no?

—Solo trato de ayudarte, James. Solo intento ser un buen padre. No tienes que mostrarte hostil conmigo. He pensado que podrías ser gay y, de ser así, quería hacerte saber que eso no es ningún problema y que me gustaría ayudarte en lo que pueda.

—¿Qué te hace pensar que podría ser gay?

—No lo sé. Es que pareces... bueno, digámoslo de esta manera: no parecen interesarte las chicas. Tienes dieciocho años y, que yo sepa, nunca has tenido una cita con una chica. —Permanecí en silencio—. ¿Me equivoco? ¿No es cierto?

—Que no haya tenido una cita con una chica no significa que sea gay. Y, además, eso de las citas ya no se lleva, nadie tiene citas...

—Bien, lo que tú digas... pero los jóvenes normales pasan el rato, salen a la calle. Puede que tener una cita con una chica no sea el concepto apropiado, pero ya sabes lo que quiero decir.

—¿Crees que no soy normal?

—Los dos sabemos que nunca has sido normal, James. No es necesario que discutamos sobre eso. Bueno, cambiemos de tema. Es evidente que te he tocado la fibra sensible. Lo siento. Solo trataba de ayudarte. —No protesté. Mi padre atacó su bistec como todo un hombre y yo comí con delicadeza mi pasta. Al cabo de un momento me dijo—: ¿Qué significa eso de «creo»?

—¿Cómo?

—Le has dicho al señor Dupont que «crees» que irás a Brown.

—Bueno, es que no estoy seguro.

—¿Cómo que no estás seguro? Claro que irás a Brown. Ya hemos pagado la matrícula. Ahora no puedes cambiar de universidad.

—No estaba pensando en cambiar de universidad.

—Estupendo —dijo mi padre.

—Estoy pensando en no ir a la universidad.

Mi padre dejó los cubiertos sobre la mesa.

—¿Qué?

—No estoy seguro de querer ir. La verdad es que estoy bastante seguro de que no quiero ir.

—¿Qué significa eso de que no quieres ir a la universidad? Pues claro que quieres ir. ¿Qué harás si no, fugarte y unirte a un circo ambulante?

—No lo sé. Tal vez. Pero no quiero ir a la universidad.

—¿Por qué? ¿Por qué no?

—Creo que será una pérdida de tiempo.

—¡Una pérdida de tiempo! ¿La universidad?

—Para mí sí. Estoy convencido de que puedo aprender por mí mismo todo lo que desee saber leyendo libros y buscando el conocimiento que me interesa. No veo la utilidad de pasar cuatro años, cuatro años muy caros, aprendiendo un montón de cosas que no me interesan especialmente y que sin duda olvidaré, tan solo porque eso es lo que se debe hacer. Y, además, no soporto la idea de pasar cuatro años en compañía de estudiantes universitarios. Me aterra.

—¿Qué problema tienen los estudiantes universitarios?

—Serán todos como Huck Dupont.

—No conoces a Huck Dupont.

—No necesito conocerlo. El hecho de que se llame Huck y que le hayan dado una beca como jugador de *hockey* en la Universidad de Minnesota me basta.

—¿Qué tiene de malo el *hockey*?

—Nada, si te gustan los deportes sangrientos, pero no creo que a alguien se le deba conceder una beca en una universidad estatal por ser un psicópata.

—Mira, olvídate de Huck Dupont. Él irá a Dartmouth y tú a Brown. Dudo de que tengan siquiera un equipo de *hockey*.

—Que en Brown haya un equipo de *hockey* o no es lo de menos. La cuestión es que no quiero que te gastes un montón de dinero en algo que no valoro ni tiene significado para mí. Me parece una obscenidad pagar miles de dólares para que vaya a la universidad habiendo tanta gente pobre en el mundo.

—Pero, James, que exista pobreza no es una buena razón para que no vayas a la universidad. Y la existencia de la pobreza no te impide hacer otras cosas tontas y extravagantes, como comerte un plato de pasta de dieciocho dólares.

—Esto no cuesta dieciocho dólares —protesté.

—Lo costaría si pagáramos el precio de mercado.

—Bueno, si eso es tonto y extravagante, ¿por qué ir a la universidad no es tonto y extravagante?

—Porque la universidad es una inversión de futuro. No recorre tu aparato digestivo en veinticuatro horas. Pero no digas bobadas, James. Vas a ir a la universidad. Te encantará. Eres un joven inteligente. Sé que la secundaria te ha resultado un tanto difícil y aburrida, pero la universidad es diferente. Te enfrentarás a retos y te sentirás estimulado, créeme.

—¿Por qué todo el mundo tiene que ir a la universidad?

—No va todo el mundo —respondió mi padre—. La verdad es que lo hace muy poca gente. Pasarte cuatro años en busca de conocimiento es un privilegio. Yo diría que es precisamente lo más apropiado para un chico como tú.

—Yo no lo veo así. Creo que puedo aprender todo lo que necesito y quiero saber leyendo a Shakespeare y Trollope.

—¿Qué te propones hacer entonces? ¿Quedarte en casa sentado y leyendo a Trollope durante cuatro años?

—No —respondí—. Quiero comprar una casa.

—¿Una casa? ¿Estás loco? ¿Tienes idea de lo que valen las casas?

—No me refiero a Nueva York sino a Indiana o Kansas o Dakota del Sur, algún sitio así.

—¿Y de dónde sacarás el dinero para comprar una casa?

—Si me dieras un tercio del dinero que vas a gastarte para enviarme a Brown, fácilmente podría dar una buena entrada para comprar una bonita casa.

—¿Y qué harías en esa bonita casa en Kansas? ¿Leer a Trollope?

—Sí, entre otras cosas —respondí—. También me gustaría trabajar.

—Supongo que en el McDonald's del pueblo.

—Tal vez. ¿Por qué no?

—Tu madre y yo no te hemos criado para que trabajes en un McDonald's de Kansas, James. Te hemos criado para que seas una persona educada y bien formada. Si después de cuatro años de universidad, deseas trasladarte a Kansas y trabajar en un McDonald's, la decisión será tuya. Tu madre y yo estamos de acuerdo al respecto, así que no seguiremos hablando de este tema, porque vas a ir a la universidad, donde te formarás, serás feliz y además leerás a Shakespeare y Trollope.

No le respondí. Comimos en silencio durante un rato.

—Dime, ¿cómo está tu madre? —me preguntó finalmente—. ¿Está bien?

—Creo que sí —respondí—. Solo está molesta. Y triste.

—Ya, pero si algo bueno tiene tu madre es que no estará triste mucho tiempo.

Detesto que mi padre haga esta clase de observaciones sobre mi madre o que ella las haga sobre mi padre. Creo que cuando te divorcias pierdes el derecho a comentar las acciones o el carácter de tu ex.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana? —le pregunté—. ¿Irás a la playa?

Cuando mis padres se separaron, también tenían una casa en East Hampton: mi madre se quedó con el piso en Manhattan y mi padre con la casa en la playa. Los primeros años Gillian y yo pasamos allí con él los meses de julio y agosto, pero en los dos últimos años ese plan había sido más informal y, con la aquiescencia de mi padre, habíamos utilizado la casa a nuestro antojo.

—No, este fin de semana me quedo en la ciudad.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Nada importante. Me voy a someter a una pequeña intervención.

—¿Intervención? ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada.

—¿Entonces por qué van a operarte?

—En realidad no es una intervención quirúrgica. No estaré ingresado en un hospital. Se trata de un procedimiento muy simple. Nada grave.

—Bueno, ¿de qué se trata? ¿Qué van a hacerte?

—Una operación ocular.

—Ah. ¿Cirugía con láser?

—No exactamente.

—¿Qué es entonces?

—Prefiero no decirlo, James. La cuestión es que este fin de semana no estaré en la casa. Tú y Gillian podéis ir cuando queráis.

—¿Es una operación de cirugía estética?

—No —respondió mi padre.

—Menos mal.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Me parecería muy raro que alteraras tu aspecto por simple vanidad. Creo que estás muy bien, papá, y no necesitas ninguna operación.

—¿Y qué me dices de estas bolsas que tengo bajo los ojos? —preguntó.

—¿Qué bolsas?

—Estas —respondió, señalando la oscura bolsa ligeramente protuberante debajo de cada ojo.

—Eso no son bolsas, papá. Duerme bien por la noche y deja de comer carne. Eso es todo lo que tienes que hacer.

—Claro que son bolsas y me las van a arreglar el sábado. Y eso no es asunto tuyo.

—Vaya, papá. Cirugía estética.

—Ya no se llama cirugía estética. Es cirugía cosmética voluntaria.

—Vaya, papá. Cirugía cosmética voluntaria.

—No es nada serio. No se lo digas a Gillian ni a tu madre, por favor. Bueno, yo tengo que volver. No quiero desatender esa llamada telefónica. Quieres algo de postre? Puedes quedarte y pedir lo que quieras.

—No, gracias.

—Pues entonces alcemos el vuelo —dijo mi padre.

En el metro que me llevaba al norte de la ciudad, de regreso a la galería, pensé en lo que le había dicho a mi padre. Yo no tenía el menor deseo de ir a la universidad y prácticamente desde el momento en que Brown me aceptó había tratado de idear un plan alternativo factible, pero había llegado a la conclusión de que era inevitable, creía no tener la opción de saltarme la universidad. Después de haber comido con mi padre, sabía que sí la tenía. No sería fácil y mis padres se enfadarían, pero yo ya era mayor de edad y no podían obligarme a estudiar contra mi voluntad.

El principal problema era que no me gusta la gente en general ni la gente de mi edad en particular y la gente de mi edad es la que va a la universidad. Consideraría la posibilidad de ir si se tratara de una universidad de mayores. Si bien no soy un sociópata ni un bicho raro (aunque no creo que los sociópatas y los bichos raros se identifiquen a sí mismos como tales), lo cierto es que no me gusta estar con gente. Las personas, por lo menos según mi experiencia, pocas veces se dicen cosas interesantes. Siempre hablan de sus vidas, unas vidas que no son muy interesantes, y eso me impacienta. En cierto modo, creo que solo deberías decir algo si es interesante o es absolutamente preciso decirlo. La verdad es que hasta la primavera pasada nunca había sido consciente de hasta qué punto mis sentimientos al respecto me dificultan las cosas.

Viví una experiencia horrible.

3

Abril de 2003

En Washington D.C., asistí a un seminario llamado «El aula norteamericana». Habían seleccionado a dos estudiantes de cada estado para participar y nos llevaron a pasar una semana en Washington. Los alumnos de último curso de mi instituto tuvimos que escribir una redacción sobre algún aspecto del gobierno o la política. Quise asegurarme de que no me eligieran y escribí una redacción que me pareció muy floja y tonta en la que argumentaba que las mujeres eran mejores dirigentes de gobierno que los hombres, porque ellas parecen más capacitadas para pensar en los demás, mientras que los hombres, por lo menos los que buscan el poder, solo parecen capaces de pensar en sí mismos: su riqueza, su poder, el tamaño de su polla. La cuestión es que, aunque creo de veras que era una redacción estúpida, me seleccionaron. No quería ir, pues, aunque decían que el

programa dependía de los dos partidos políticos, lo dirigía la Asociación Nacional del Rifle o las Hijas de la Revolución Norteamericana o alguna organización por el estilo, y sabía que iba a ser espantoso. Soy anarquista, detesto la política. Detesto la política y la religión: también soy ateo. Si no fuese tan trágico, me resultaría gracioso que la religión sea considerada una fuerza beneficiosa capaz de lograr que la gente sea moral, caritativa y amable. La mayor parte de los conflictos del mundo, pasados y presentes, se deben a la intolerancia religiosa. Podría hablar largo y tendido sobre todo ello, porque es terrible, sobre todo con sucesos como los del 11 de septiembre, pero no quiero hacerlo. La cuestión es que no quería ir al seminario sobre «El aula norteamericana», sabía que iba a ser una pesadilla, pero me dijeron que debía ir. Eso sucedió justo cuando presentaba mi solicitud de ingreso a diferentes universidades y ser seleccionado para aquel seminario parecía ser un factor decisivo para ser admitido en Harvard y Yale, pero no fue así.

Aunque no puedo negar que fui con malísima disposición, puedo decir sin exagerar que aquello fue espantoso desde el principio. Bueno, el principio fue correcto, antes de llegar a Washington, claro. Tomé el tren en Penn Station y a mí me encanta viajar en tren, aunque sea el patético Amtrak. Tuve problemas antes de subir al tren, que es lo que considero el principio, por esa pesadilla que es Penn Station. Me enfurece pensar que en otro tiempo hubo en la ciudad de Nueva York un hermoso y majestuoso edificio que yo no he podido admirar porque en los años sesenta alguien decidió derribarlo (se trata de un buen ejemplo de por qué las mujeres deberían ocupar los puestos de poder, pues tengo serias dudas de que ninguna mujer hubiera derribado la antigua Penn Station). En la nueva y moderna Penn Station no anuncian el andén hasta treinta segundos antes de la partida del tren, lo cual te obliga a no dejar de mirar el feo tablero para localizar tu tren y correr entre miles de personas hacia el andén anunciado si quieres conseguir asiento. Así pues, los momentos anteriores al comienzo del viaje fueron desagradables, pero una vez dentro de un vagón tranquilo, donde estaba prohibido escuchar música y hablar por el móvil, las cosas cambiaron.

Uno de los aspectos que más aprensión me causaron de «El aula norteamericana» fue la norma en el vestir. Los «caballeros» tenían que llevar chaqueta, corbata, pantalones que no podían ser vaqueros y zapatos de piel. Las «damas» debían llevar vestidos o pantalones de vestir, blusas «apropiadas» y zapatos de piel. Me pareció un tanto inquietante que un programa que supuestamente celebraba la maravilla de la democracia tuviera ese enfoque totalitario en cuanto a la indumentaria.

Así pues, vistiendo la chaqueta, la corbata, unos pantalones apropiados y los zapatos de piel, disfrutaba de los últimos minutos de libertad en el tren que me conducía allá. Además del traje mencionado, también teníamos que llevar prendida una etiqueta con nuestro nombre durante toda la estancia en Washington. Nos habían enviado las etiquetas para que nos las pusiéramos nada más llegar al aeropuerto, la estación de autobuses o de ferrocarril. La etiqueta decía: EL AULA NORTEAMERICANA el aula norteamericana, en letras con franjas rojas, blancas y azules y, debajo en letras negras, figuraba nuestro nombre y el estado al que representábamos. Llevaba la mía en el bolsillo, porque me negaba a ponérmela hasta que no tuviera más remedio.

Cuando me apeé en la Union Station, se me ocurrió de repente que, al no llevar prendida la etiqueta de identificación, podía pasar junto al grupo, salir yo solo y pasar una encantadora semana en Washington. Mi madre me había dado su tarjeta de crédito «por si acaso», así que podría alojarme en un hotel sin ningún problema. Y podría pasar mucho tiempo en la Galería Nacional o quedarme en la habitación del hotel leyendo *Can You Forgive Her?*, que había cogido por si tenía algún tiempo libre entre las sesiones de adoctrinamiento. En eso estaba pensando cuando vi, pasando cerca de mí, un gran grupo de adultos jóvenes vestidos de una manera extraña. En medio de ellos, una mujer que por su atuendo parecía una azafata de vuelo, parecía verificar sus nombres en la lista fijada a una

tablilla sujetapapeles. Los estudiantes llevaban puestas sus etiquetas de identificación y allí estaban como reses a la espera de que las llevaran al matadero. Pasé por su lado, crucé la puerta y me detuve en la acera. Un taxista me preguntó si necesitaba sus servicios y le dije que no. Sabía que debía prenderme la etiqueta de identificación, dar media vuelta, regresar al interior de la estación y unirme al desdichado grupo. Me dije: «En la vida hay cosas que no quieres hacer pero tienes que hacerlas. No siempre puedes ir a donde quieres ni hacer lo que te plazca. La vida no funciona así. Esta es una de esas ocasiones en las que debes ir a donde no quieres y hacer lo que no te place». Manoseaba con nerviosismo la etiqueta de identificación que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, abriendo y cerrando la aguja imperdible. Y entonces la apreté con fuerza, con tanta fuerza que supe que sangraría, porque quería sangrar. Si tenía que hacerlo, quería sangrar haciéndolo.

Cuando aquella pizpireta señora hubo verificado todos los nombres de su lista, nos llevó al exterior de la estación y nos hizo subir a una furgoneta. La mujer, que se llamaba Susan Porter Wright y era esposa de un congresista republicano, trabajaba como voluntaria para «El aula norteamericana». Nos habló de la ilusión con que esperaba cada año la celebración del seminario y lo maravilloso que era recibir a los estudiantes más inteligentes y cívicos de todo el país. A pesar de que todos llevábamos etiquetas identificadoras, quiso que nos presentáramos uno tras otro. Entonces se olvidó de nosotros y se puso a hablar por su móvil con un restaurador acerca de una fiesta de inspiración hawaiana para celebrar el cumpleaños de su marido en cuyo transcurso quería asar un cerdo en el jardín de su casa.

Yo sabía que todos nos alojaríamos en un hotel y había imaginado uno de los bonitos hoteles cerca del Mall, por lo que sentí cierto pánico cuando atravesamos rápidamente Washington y tomamos la autopista en dirección a Arlington, Virginia. Ninguno de los demás estudiantes parecía percatarse de que estábamos cruzando las fronteras estatales, lo cual creo que constituye un delito federal. Todos parecían integradísimos y simpáticos, y charlaban sobre su procedencia, la universidad a la que irían y lo mucho que les entusiasmaba encontrarse en Washington D.C. (brevemente, pues la habíamos dejado atrás) para asistir al seminario «El aula norteamericana». «Es lo más interesante que he hecho en la vida», dijo una chica, pero era de Dakota del Norte, por lo que esa afirmación tenía bastante sentido. Otra chica me preguntó de dónde era yo. «De Nueva York», respondí, como ya había dicho durante las presentaciones más recientes. «Oh, ¿de qué parte de Nueva York?», quiso saber ella. «De la misma ciudad de Nueva York», le dije. Y ella me informó de que su madre había nacido en Staten Island, a lo que contesté que genial. No se me ocurrió qué más decirle.

Fuimos alejándonos cada vez más de Washington D.C. y, cuando estaba a punto de preguntarle a la señora Wright adónde íbamos, nos desviamos de la autopista y entramos en el aparcamiento de un Travelodge. Se trataba de uno de esos hoteles situados en medio de ninguna parte, rodeado por unas seis autopistas, ante el que pasas y te preguntas quién se alojará ahí y por qué. Esos lugares que parecen desconectados de la vida tal como la vivimos me ponen nervioso de veras. Me recordó un desafortunado incidente que había sufrido hacía cerca de un año y que, por cierto, ahora que caigo en la cuenta, prefigura el desafortunado incidente que estoy a punto de relatar. Pasé unos días en Los Ángeles con mi padre. Él estaba allí en viaje de negocios y nos alojamos en un hotel desde el que se veía el museo Getty, blanco y bonito, reflejando el sol en lo alto de una colina, así que la primera tarde, mientras él iba en un coche de alquiler al centro de la ciudad, donde tenía una reunión, me encaminé al museo Getty. Pensé que sería bastante fácil, dado que podía ver el edificio: daba la impresión de que solo se trataba de doblar la esquina e ir cuesta arriba, pero resulta que no se puede

ir al Getty a pie. La acera finalizó sin ninguna razón aparente y me vi obligado a caminar por el arcén de la carretera, que no estaba pensado para que nadie caminara por allí, pues estuvieron a punto de atropellarme. Los conductores de Los Ángeles no son nada considerados con los peatones, actúan como si jamás hubieran visto un peatón y no creyeran que su presencia es real, por lo que pueden pasar por tu lado a ciento treinta por hora. La carretera que debería haberme conducido al museo Getty solo me llevó a una autopista de ocho carriles, que yo sabía que no podía cruzar, por más que viera el museo delante. Arriesgando la vida, desanduve mis pasos y encontré la entrada de mantenimiento del Getty, un camino que subía por el lado posterior de la colina en cuya cima el museo estaba tan esquivamente encaramado, pero los guardas que se encontraban en una caseta levantada en el arranque del camino me dijeron que solo se permitía el paso de vehículos por la carretera de servicio. Al parecer, unos pies humanos no debían tocarla jamás. Esto me pareció tan absurdo y yo estaba tan acalorado y enojado que me cabreé y eché a andar por aquel camino y los guardas salieron corriendo de la caseta empuñando sus fusiles de asalto y casi me derribaron. Me amenazaron con llamar a la policía, pero les supliqué que no lo hicieran y acabaron tomándome una fotografía y haciéndome firmar un papel en el que decía que nunca jamás volvería a visitar el museo Getty bajo ninguna circunstancia. (Desde entonces tengo la fantasía de que en algún momento de mi vida recibiré un importante premio y la ceremonia de entrega será en el museo Getty y tendré que rechazar el galardón y, cuando me pregunten por qué, diré que es por su zafia política sobre el acceso de los peatones al museo y, al darse cuenta de lo estúpida que es, construirán un paseo peatonal y le pondrán mi nombre.)

La situación del Travelodge no era su único inconveniente. A fin de ahorrar dinero y fomentar la camaradería entre los participantes, el alojamiento fue de tres por habitación, para lo cual hubo que añadir una cama supletoria. Se puso en práctica el democrático principio de primero llegado, primero servido y, como yo fui el último en llegar, me tocó la cama supletoria.

La experiencia de vivir con otros dos chicos en una habitación de hotel fue tan traumática que no recuerdo gran cosa. Sé que todo esto hace que parezca anormal y neurótico, quizá debería haberme callado y alistado en el ejército, dormir en una habitación con docenas de hombres y verme obligado a cagar en una casilla sin puerta para superar mis problemas, pero no me había alistado en el ejército y lo único que deseaba era una habitación donde estar solo. Estar solo es una necesidad básica para mí, tan básica como la de alimentarme y beber agua, pero observo que a los demás no les sucede lo mismo. A mis compañeros de habitación parecía gustarles vivir en una misma habitación, pedorreándose y fumando droga, sin que pareciera importarles en absoluto no estar solos. Únicamente me siento a mis anchas cuando estoy solo. Relacionarme con los demás no es algo natural para mí sino que me tensa y me exige un esfuerzo y, como no lo vivo de una manera natural, cuando hago ese esfuerzo no tengo la sensación de ser yo mismo. Me siento bastante cómodo con mi familia, pero incluso con ellos a veces noto la tensión de no estar a solas.

La última vez que me había enfrentado a una situación similar de convivencia fue en el verano de mis doce años, cuando me enviaron a un campamento de vela. Aquel fue el verano en que mis padres se divorciaron y tanto a Gillian como a mí nos enviaron lejos. Gillian tenía quince años y se fue a viajar por Europa con la familia de su amiga Hilary Candlewood, pero a mí me desterraron a Cape Cod, donde estaba el campamento. Creo que mis padres tardaron demasiado tiempo en decidir mi destino, así que todos los campamentos normales estaban completos (aunque no habrían sido mucho mejores). Más adelante descubrí que el campamento Zephyr ni siquiera era un campamento de vela sino uno de esos campamentos anunciados en la última página de *The New York Times Magazine* (junto con las escuelas militares preparatorias) que supuestamente reforman a

adolescentes con graves trastornos mediante los milagros del duro trabajo físico y las glorias de la naturaleza. Incluso el lema del campamento Zephyr era siniestro: «Sé paciente y resiste: algún día este dolor te será útil».

4

Viernes, 25 de julio de 2003

Cuando regresé a la galería, John estaba sentado detrás del mostrador, pero al verme, se levantó, fue a su despacho y cerró la puerta. Supe que mi madre había llegado porque la temperatura había descendido unos veinte grados. Entre las brillantes pero erróneas ocurrencias de mi madre, figuraba la de que mantener la galería helada como una cámara frigorífica para conservar carne es bueno para el negocio. Esta idea era el resultado de haberse tomado en serio un artículo que leyó en la sección de «estilo» del *Times*, cuyo autor sostenía que, basándose en una reciente encuesta de la temperatura en diversos emporios de la ciudad de Nueva York, la exclusividad de un lugar estaba en proporción inversa directa a su temperatura: Bergdorf Goodman's 17°C, Kmart, 24°C.

Así que me puse el suéter que tengo a mano para ocasiones tontas como aquella. Me coloqué detrás del mostrador y miré la pantalla del ordenador, que mostraba la página web de la galería. John siempre vuelve a esa página después de haber estado navegando: creo que no sabe que me basta pulsar la tecla de retroceso para ver los sitios que ha visitado, que suelen ser una mezcla muy interesante de esoterismo y pornografía. Al cabo de unos pocos clics, me encontré en Gent4Gent.com, «donde hombres de calidad encuentran a otros hombres de calidad». Hice clic en otra ventana y descubrí el que supuse que era el perfil de John, pues había una fotografía suya donde se hallaba en la terraza de una casa en la playa, con un bañador muy ceñido que resultaba obsceno pero halagador. Su perfil se titulaba «Narciso negro» y decía: *Varón gay negro, 33 años, 1,77, 80 kg. Triunfador, educado, culto. Apuesto, en buena forma, ardiente. Busca hombres inteligentes y divertidos interesados en el sexo y la semántica. Le gusta: Paul Smith, Paul Cézanne, Paul Bowles. Le disgusta: Starbucks, Star Jones, Star Wars. Dispuesto a la conversación, las citas, la corrupción.*

Al perfil implacablemente aliterado seguía una larga lista de preferencias: libro, película, actividad de ocio, país, etcétera. Al final había una sección en el que uno describía a su pareja perfecta. El hombre soñado de John era blanco, de 26 a 35 años, universitario, licenciado o doctor, ganaba como mínimo cincuenta mil dólares al año, medía entre 1,70 y dos metros y pesaba entre setenta y ciento veinte kilos. De piel suave, pero no depilado, «modelado en el gimnasio», al que le gustaran las artes, el béisbol y el sexo, que tolerase gatos, perros y pájaros, que no fumase pero bebiera «socialmente» y tomara drogas «con moderación, en todo caso», que practicara «siempre» el sexo seguro, que viviera en Manhattan, que fuese espiritual pero no religioso, que votara al Partido Demócrata, que fuese vegetariano, versátil y no estuviera circuncidado.

Como no tenía nada más que hacer y como entrar en Gent4Gent era gratis (aunque tenías que pagar por los «servicios *premium*»), creé e introduje un perfil de la pareja perfecta de John. Me sentía un poco como el tipo que creó a Frankenstein, pues la criatura que imaginaba parecía potencialmente monstruosa: un macizo rubio de treinta años (1,82 metros, 95 kilos) que trabajaba en el departamento de arte contemporáneo de Sotheby's, era medio francés y medio norteamericano (yo tenía la sensación de que John era francófilo), licenciado por Stanford y con estudios de posgrado en la Sorbona, tenía dos gatos de raza maine coon (*Peretti* y *Bugatti*), le encantaban los Yankees y el Ballet de la Ciudad de Nueva York, vivía en Chelsea y tenía una polla de veinte centímetros sin circuncidar.

Al cabo de unos quince minutos dos personas, un hombre y una mujer maduros, entraron en la galería. Me obviaron y se dirigieron a los cubos de basura con esa manera de andar como cangrejos que emplea la gente para maniobrar por una galería de arte. Examinaron con atención cada cubo de basura sin dejar de hablar en voz baja y sin descanso en alemán. Tras haber examinado todas las obras, se acercaron al mostrador. Alemanes ricos y elegantes dedicados a visitar galerías de arte. El hombre llevaba una chaqueta de ante de color beis sobre una camiseta marrón de Comme des Garçons. La mujer llevaba un vestido de tirantes Marimekko (puesto al revés) y alpargatas. Ambos llevaban gafas de sol.

—¿Cómo se llama ese artista que ha hecho esta basura? —me preguntó la mujer. No sabía si usaba la palabra *basura* con fines de identificación o como juicio de las obras.

—No tiene nombre —respondí.

—¿No tiene nombre?

—No, no tiene nombre.

—Pero debe tener un nombre. ¿Cómo se llama?

—Puede usted llamarle como guste —le dije—. Cree que tener nombre influye en la percepción de su obra. Cree que los nombres son estorbos.

—Ah, sí, comprendo. —La mujer le dijo algo en alemán a su acompañante y este hizo un gesto de asentimiento y respondió: «Ja, ja»—. Es buena —siguió diciendo la mujer—. Es puro, no hay ego, no hay orgullo obsceno.

—En efecto —comenté.

—¿Puede enviar estas basuras a Alemania? —me preguntó.

—Desde luego. Enviamos nuestras obras de arte a todo el mundo.

—Es buena —dijo la mujer. Habló de nuevo al hombre en alemán y él volvió a responder: «Ja, ja».

—¿Y qué precio tiene?

Le di una de las listas de precios situadas sobre el mostrador y señalé el precio de cada pieza. No tenían título, estaban numeradas y costaban dieciséis mil dólares cada una.

La mujer miró la lista y entonces se la mostró a su acompañante, señalando el precio con una larga uña pintada de rojo.

—¿Están todas disponibles? —preguntó. Yo le dije que sí—. ¿No se ha vendido ninguna?

—Estas obras han despertado mucho interés—respondí—. La verdad es que continúan interesando, pero aún no se ha vendido ninguna. ¿Le interesa alguna en particular?

—La número cinco nos parece muy bonita.

—Ah, sí, esa es mi favorita.

—¿Cree que es la mejor?

—Sin duda. Tengo entendido que también es la favorita del artista.

—Es buena —dijo la mujer—. Muy buena. Es posible que volvamos. ¿Podría darnos una tarjeta?

Le di una tarjeta de la galería.

—¿Desea que les incluyamos en nuestra lista de correo? —le pregunté, señalando el libro de clientes.

—Ja, por supuesto. Aunque probablemente ya figuremos ahí.

La mujer firmó en el libro y me devolvió la pluma, una estilográfica Waterman. Mi madre creía que ofrecer una de esas plumas demostraba clase, pero, como es natural, la gente siempre trataba de largarse con ella, reacción que me complicaba mucho la vida. Cada vez que alguien firmaba en el

libro, tenía que estar ojo avizor para que no se olvidara de devolverme la pluma. A mi modo de ver, reclamar la pluma contrarrestaba en gran medida la clase que demostraba la misma, pero eso no disuadía a mi madre.

Aquella tarde, cuando volví a la galería con el tentempié de John, mi madre estaba junto al mostrador, revolviendo el interior de su bolso. Dedicaba mucho tiempo a esa tarea. Siempre lleva consigo esos bolsos enormes en los que lo guarda todo y nunca puede encontrar nada.

—Me han desaparecido las gafas de sol —me explicó—. En cuanto las encuentre, me marchó. ¿Quieres venir a casa conmigo?

—Solo son las cuatro de la tarde —respondí.

—Sí, la tarde de un viernes de julio. Cualquiera que tenga un remoto interés por el arte ya ha abandonado el barrio. ¿Eso es para John? Dile que también puede marcharse.

Le llevé a John la cara y espumosa bebida.

—Dice que puedes marcharte —le dije. Por la atención con que miraba la pantalla de su ordenador, imaginé que estaba navegando por Gent4Gent.

—Estupendo —replicó—. No tardaré en irme. En cuanto termine este trabajo.

—Que pases un buen fin de semana.

—Lo mismo te digo.

Milagrosamente, mi madre ya había encontrado las gafas de sol. Salimos de la galería, recorrimos el pasillo y esperamos el montacargas, que es el único ascensor del edificio, accionado por unos amables hombres que disfrutaban con su habilidad de hacer perder el tiempo al personal de la galería.

Una vez en la calle giramos al oeste y caminamos una manzana hasta la autopista del West Side. Esperamos a que cambiara el semáforo y entonces fuimos al paseo del río Hudson, a aquella hora estaba lleno de patinadores, ciclistas y corredores: una especie de hora móvil, saludable y feliz.

Pero era agradable pasear a lo largo del río. Pasamos ante un puesto donde vendían limonada fría y mi madre compró un par.

—¿Has comido hoy con tu padre? —me preguntó.

—Sí.

—¿Le has hablado de mí?

—Sí.

—Te dije que no lo hicieras, James. No necesita conocer todos los detalles de mi vida.

—No creo que lo ocurrido sea un detalle —contesté.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Adónde te llevó?

—Fuimos al comedor de los socios.

—Dios mío, ni siquiera puedes conseguir de ese hombre una comida decente. ¿Dejan entrar allí a las mujeres?

—Supongo que sí, siempre que sean socias.

—Y, naturalmente, no hay socias —comentó mi madre—. ¿Qué has comido?

—*Penne* con albahaca fresca y tomates de la huerta.

—¿Estaban buenos?

—Sí. —Estuve a punto de mencionarle el comentario que mi padre había hecho sobre la pasta, pero lo dejé correr.

—Yo he comido en Florent con Frances Sharpe. ¿Sabes que su hija va a Brown?

—No.

—Olivia Dark-Sharpe —dijo mi madre—. Va a empezar ahora el penúltimo curso. Por desgracia, lo pasará en Honduras. Parece ser que Brown tiene cierto programa en ese país, donde enseña artes y oficios a los nativos.

—¿No debería ser al revés?

—¿Qué quieres decir? —inquirió mi madre.

—¿Por qué los hondureños necesitan que estudiantes de Brown les enseñen artes y oficios?

—Frances me lo explicó. Parece ser que la artesanía que producen no es buena, por eso este programa les enseña una artesanía que puedan vender al extranjero, como bolsos, velas aromáticas y jabones.

—Vaya, qué ganas tengo de llegar al penúltimo curso.

—No seas irónico, James. Frances dice que Olivia adora Brown.

—¿Que la adora?

—Sí, la adora. ¿Qué tiene eso de malo?

—No lo sé. Me parece que es un poco raro adorar una universidad.

—A veces no te soporto, James. Eres tan reacio a mostrar entusiasmo por nada o siquiera a permitirlo en los demás... Es algo muy irritante y una muestra de inmadurez.

—Eso no es cierto —repliqué—. Hay muchas cosas que me entusiasman.

—¿Cuáles?

—Pues esa casa que te enseñé anoche, por ejemplo.

—¿Qué casa?

—La casa de Kansas. La del porche convertible en dormitorio.

—Puesto que eso no tiene absolutamente nada que ver contigo, no cuenta. ¿Qué es lo que te entusiasma? ¿Qué adoras?

—Adoro a Trollope —contesté—. Y a Denton Welch y a Eric Rohmer.

—¿Quién es Denton Welch?

—Un escritor brillante. Era británico y quería ser pintor, pero cuando tenía unos dieciocho años iba un día en bicicleta, le atropelló un coche, se quedó inválido para siempre y no podía pintar, así que empezó a escribir.

—Qué macabro suena eso, aunque admiro a quienes sacan el mejor partido de las adversidades.

—Fue un escritor asombroso. No deberías burlarte de él.

—No me burlo —dijo mi madre—. Pero todo eso es cultural, James, libros y películas. Es fácil que le gusten a uno. El gusto por el arte es fácil. Lo importante es que te guste la vida. A cualquiera puede gustarle la Capilla Sixtina.

—Detesto la Capilla Sixtina —protesté—. Odio que Miguel Ángel tuviera que desperdiciar su talento haciéndole el juego a la Iglesia católica.

—Como quieras... Odia la Capilla Sixtina, pero hazlo como algo real.

—¿Crees que los libros no son reales?

—Ya sabes lo que quiero decir. Algo que no haya sido creado, algo que existe.

—Me gustaría la antigua Penn Station, pero ya no existe.

—¿Y qué me dices de Grand Central? Grand Central Station es maravillosa y gracias a Jacqueline Kennedy Onassis todavía existe.

—Sí, me gusta Grand Central, pero ahí no puedes vivir.

—¡Pues claro que no puedes vivir ahí! ¡Cómo! ¿No serás feliz si no vives en Grand Central Station? Eso no augura nada bueno, cariño.

No le respondí. Sabía que mi madre tenía razón, pero eso no cambiaba mi manera de ser. La

gente siempre cree que demostrando tener razón puede hacerte cambiar tu manera de pensar.

Caminamos un rato en silencio y entonces me preguntó:

—¿Y qué tal tu padre? ¿Alguna novedad?

Pensé hablarle de la cirugía cosmética voluntaria de mi padre, un tema que le habría encantado, pero decidí no hacerlo. La única manera en que cada uno de mis padres averigua cosas del otro es por medio de Gillian y de mí, pero como mi madre me había reñido por revelar su fracaso matrimonial, no veía ningún motivo para cooperar.

—No, ninguna —respondí.

—¿Irás este fin de semana a East Hampton? —quiso saber.

—Me parece que no. Creo que mañana iré a ver a Nanette.

Nanette es mi abuela materna. Vive en Hartsdale y probablemente es mi ser humano predilecto. Se llama Nanette porque cree que esa palabra es más sofisticada que «abuela» o «abuelita» y, además, en los años setenta aprendió el papel de Nanette por si tenía que sustituir a la actriz (creo que era Debbie Reynolds, pero no estoy seguro) en alguna reposición de *No, no, Nanette*. Durante muchos años participó en el concurso televisivo *¿No me digas?* Tenía que ponerse un vestido nuevo a diario, todos ellos cortesía de unos grandes almacenes. A menudo se refiere a sí misma como «la Kitty Carlisle Hart del pobre».

—Hazme un favor —siguió diciéndome mi madre—. No le cuentes a Nanette lo que me ha ocurrido con Barry. No tardará en descubrirlo y quisiera tener unos días de paz y tranquilidad antes de que me sermonee.

—¿Y si me pregunta?

—¿Si te pregunta qué?

—Cómo os va a ti y al señor Rogers.

—No te lo preguntará. Ya sabes que nunca te pregunta por mí. Ni siquiera piensa en mí.

—Bueno, pero si me preguntara, ¿qué debo decirle? ¿Quieres que le mienta?

—Créeme, James —respondió mi madre—. No te preguntará.

Aquella noche estaba sentado en el sofá de la sala en compañía de *Miró*, tratando de completar el crucigrama que mi madre había abandonado tras resolver sus tres cuartas partes, pero como los crucigramas de los viernes son de una complicación excesiva, no avanzaba gran cosa. Mi madre se había acostado. Hacia las once de la noche Gillian y *Herr* Schultz regresaron a casa después de haber visto alguna película estúpida. No me cabe en la cabeza que unas personas supuestamente inteligentes, digamos un profesor de Columbia y una estudiante de Barnard, vayan a ver una película como *Piratas del Caribe*. Gillian entró en la cocina y salió con una botella de cerveza Peroni para ella y una Coca-Cola sin azúcar y sin cafeína para Rainer Maria.

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó Gillian, pero había esperado hasta que estuvo sentada en la sala antes de preguntármelo, lo cual significa que debía decirle que no.

—No, gracias. ¿Qué tal la película?

—Muy buena —replicó Gillian—. Por lo menos la parte que hemos visto. Pero alguien ha provocado un incendio en el cine y hemos tenido que salir. Nos han dado entradas gratis.

—No sé por qué vais a ver una película como esa un viernes por la noche en Nueva York —comenté—. Es como ir al infierno.

—Eres un muermo, James —dijo Gillian.

—No riñáis, chicos —terció *Herr* Schultz—. Ya tengo bastantes riñas en casa.

Rainer Maria estaba casado y tenía varios hijos de un rubio alarmante. Su esposa, Kirsten

enseñaba lenguas escandinavas en Columbia (estoy seguro de que había una enorme demanda de esas lenguas) y escribía una serie de novelas de misterio protagonizadas por un detective sueco transexual (hembra-macho). Kirsten tenía una aventura con su exterapeuta. El matrimonio de Kirsten y Rainer Maria era «abierto». (Sé todo esto porque Gillian me lo contó.)

—¿Sabes qué? —le dije a Gillian.

—¿Qué?

—Este fin de semana papá pasará por el quirófano. Cirugía estética.

—Fantástico. ¿Qué le hacen?

—Le van a quitar las bolsas de debajo de los ojos.

—Ya era hora —dijo Gillian—. Empieza a parecerse a Walter Matthau. ¿Significa eso que no se pasará por allí en todo este fin de semana?

—Sí —respondí.

Ella se volvió hacia Rainer Maria.

—¿Quieres ir mañana a la playa, cielo?

—No, detesto la playa —contestó él—. Y, por favor, no me llames cielo.

—¿Irás tú? —me preguntó Gillian.

—No. Mañana le haré una visita a Nanette.

—Hay que ver lo raro que eres.

—Que te den —le dije.

—Chicos, chicos —dijo Rainer Maria.

—Ah, ¿tú no crees que es raro? —le preguntó Gillian a Rainer Maria—. ¿Un muchacho de dieciocho años que visita a su abuela?

—No —respondió Rainer Maria—. Los norteamericanos tenéis muy poco sentido de la familia. En Alemania es diferente. Queremos a nuestros abuelos.

—Yo no estoy diciendo que no debas quererlos —dijo Gillian—. Tan solo digo que visitarlos es raro. Estudiar lejos de aquí te irá muy bien, James. Tienes que salir de esta casa, de veras.

—He decidido no ir a la universidad —anuncié.

—¿Qué? ¿Cuándo has decidido eso?

—Hoy.

—¿Cómo que no vas a ir a la universidad? ¿Qué harás entonces?

—Estoy pensando en irme al medio oeste.

—¿El medio oeste? ¿El medio oeste de qué?

—De Estados Unidos. Los estados de la pradera.

—¿Los estados de la *pradera*? Creo que has leído *Mi Antonia* demasiadas veces.

—Calla, Gillian —dijo Rainer Maria—. Creo que es un plan muy bueno, James. La experiencia universitaria en Estados Unidos es una farsa.

—¡Alto ahí! —exclamó Gillian—. Tú enseñas en una universidad.

—Mi querida Gillian, si todo el mundo tuviera que creer en la labor que desempeña en su trabajo, no se haría gran cosa en el mundo —protestó él.

—¿Se lo has dicho a mamá?

—Se lo he comentado.

—¿Qué significa eso de que se lo has comentado? ¿Cómo puedes «comentar» que no vas a la universidad un mes antes de que empiece el curso?

—Se lo he comentado. Creo que ella ha creído que se trataba de una broma.

—De eso no tengo duda. ¿Pero qué te pasa? ¿Por qué no quieres ir a la universidad?

—Creo que sería una pérdida de tiempo y que mis compañeros no me gustarían. No quiero vivir con gente así.

—¿Gente cómo qué?

—Como tú.

—Creo que lo que dices es muy juicioso, James —dijo Rainer Maria.

Gillian le dio un golpe.

—¿A qué te refieres? Acaba de decir que no quiere vivir con gente como yo.

—Me refiero a lo de que es una pérdida de tiempo. Además, no creo que a James le gustasen los universitarios y eso no tiene que ver contigo, querida.

Gillian apuró su cerveza y se levantó.

—Tengo hambre —dijo—. Vayamos a comer algo en alguna parte.

—De acuerdo —convino Rainer Maria—, pero que sea un sitio tranquilo y barato.

—Vayamos a Primo.

—Primo no es ni tranquilo ni barato —dijo R.M.

Me puse de pie.

—Yo me voy a la cama.

—Sí, será mejor que descanses —dijo Gillian—. Menudo día tienes hoy.

—¿Sacarás a pasear a *Miró*?

—No —respondió Gillian—. Hoy lo he sacado dos veces y las dos ha hecho caca.

—¡Yo pasearé al perro! —dijo Rainer Maria—. Cuando vuelva, Gillian, ya tendrás pensado er un restaurante apropiado. Buenas noches, James.

—Buenas noches, Rainer Maria.

No le di las buenas noches a Gillian y ella tampoco me las dio.

5

Mayo de 2003

Después de mi desastroso regreso de «El aula norteamericana», las primeras semanas apenas se habló del incidente. Puesto que había intervenido la policía, lo notificaron a mi colegio y mi tutora, la señora Kuntz, me llamó a su despacho y me preguntó si quería hablar de lo ocurrido. Como es natural, le dije que no, lo cual sin duda la alivió, y me dijo que, como «El aula norteamericana» era una actividad extracurricular que no estaba asociada al colegio, no veía ningún motivo para incluir esa información en mi expediente académico ni para transmitirla a Brown. «Fingiremos que el incidente no ha tenido lugar», me dijo, y le dije que me parecía muy bien.

Durante un tiempo pareció que mis padres seguían la misma táctica, pues ninguno lo mencionó, pero yo sabía que ambos debían de estar pensando en cómo reaccionar. Desde su divorcio, las respuestas de mis padres y las de Gillian a mis transgresiones siempre han sido retardadas, pues han de reunirse y ponerse de acuerdo en la forma de actuar y, como les asquea reunirse y raramente se ponen de acuerdo, el tiempo va pasando.

Y entonces, una noche de mayo, mi madre entró en mi dormitorio.

—Quiero hablar contigo —me dijo.

Yo estaba sentado ante el ordenador.

—Pues hablemos —contesté.

—No, apaga eso o, por lo menos, date la vuelta y mírame.

Hice girar la silla hasta quedar frente a ella. Estaba sentada en mi cama. Me miró un momento, evaluándome, como si pudiera ser un impostor.

—Hoy he comido con tu padre —me dijo.

No abrí la boca. No estaba seguro del rumbo que podría tomar aquello, pero como no podía imaginar que fuese a ser uno agradable, no vi la necesidad de proseguir en la conversación.

Mi madre esperó un momento antes de continuar.

—Hemos mantenido una breve conversación sobre ti.

—¿Breve? —pregunté—. ¿Tal vez una charla? ¿Un *tête-à-tête*?

—Voy a ignorar tus molestas observaciones. Hemos mantenido una breve conversación sobre ti.

—¿Y de qué podríais haber hablado sobre mí?

—Sería más acertado preguntar de qué no podríamos haber hablado sobre ti. Nos preocupas. Y lo hemos hablado.

—¿Por qué estáis preocupados?

—Vamos, James, por favor. No tienes amigos, apenas hablas, al parecer has sufrido una especie de episodio psicótico en «El aula norteamericana» que te ha hecho actuar de una manera tan irresponsable como peligrosa. Eso es lo que nos preocupa.

—Pero si así yo soy feliz, ¿por qué os preocupáis?

Mi madre se inclinó hacia mí.

—¿Eres feliz? ¿Eres feliz, James?

Me hizo esta pregunta casi con arrebató, con una vehemencia angustiada que resultaba tan inquietante que me asustó. Comprendí que estaba preocupada de veras. Como mis padres a menudo han actuado de un modo tan irresponsable, me olvidé de que se sienten responsables de mí y de Gillian. Tal vez porque son conscientes de que con su divorcio nos han fallado (como así ha sido, en efecto), se sienten incluso más responsables, pero creo que es un trabajo de Sísifo y tan solo pensar en él los deja exhaustos e inmoviliza, razón por la que lo evitan cuanto pueden y en el último momento adoptan esa alarmante actitud de superpadres. Mi madre tenía los ojos saltones y le latía una vena en la sien.

—No —respondí al cabo de un momento—. No soy feliz.

—Por eso estamos preocupados —dijo suavemente mi madre—. Estamos preocupados porque no eres feliz y queremos que lo seas. —Volvió a sentarse en posición erguida.

—Bueno, ¿y quién es feliz? —pregunté—. Creo que nadie. ¿Cómo puede nadie ser feliz en el mundo que hemos...?

—Basta, James —me interrumpió—. La gente es feliz. A veces. O no es desdichada de la manera en que tú lo eres.

—¿De qué manera soy desdichado? —quise saber.

—De una manera que nos preocupa. Una manera que nos asusta.

—Ah. —No se me ocurría qué decir.

—Así que hemos comido juntos —prosiguió mi madre, en un tono algo más normal— y hemos hablado sobre ti. Hemos pensado que tal vez te gustaría hablar con alguien.

—¿Hablar con alguien? Acabas de mencionar mi escasa inclinación a hablar. ¿Por qué habría de querer hablar con alguien?

—No me refiero a alguien en abstracto —respondió mi madre— sino a un médico. Un terapeuta. Un psiquiatra. Alguien así. ¿Lo harás, James? ¿Por mí? Y por tu padre. Deja... deja de rechazarlo todo por una vez y ve a la consulta de esa mujer.

—¿Es una mujer?

—Sí, es una mujer.

—¿Quién la ha elegido?

—Tu padre. Sabía que rechazarías de pleno a cualquier persona que yo te sugiriese.

—Bien, debes admitir que no estuviste acertada con los terapeutas que me buscaste. —Mi madre no dijo nada—. ¿Cómo se llama?

—Rowena Adler —respondió—. La doctora Rowena Adler. Es psiquiatra.

—¿Rowena? ¿Me envías a una loquera llamada Rowena?

—¿Qué tiene de malo Rowena? Es un nombre perfectamente válido.

—Seguro que sí es válido si eres un personaje de una ópera wagneriana. ¿Pero no te parece un pelín teutónico?

—No seas ridículo, James. No puedes rechazar a esa doctora por su ascendencia. Tu padre ha hablado con varias personas que la conocen y parece que es muy buena.

—Bien, eso es tranquilizador. Una loquera investigada por los colegas dementes de papá.

—Tu padre tiene muchísimos contactos. Si puede encontrar al mejor abogado de divorcios, ¿por qué no podría encontrar a la mejor loquera? Ha dedicado a esto mucho tiempo y esfuerzo y ya sabes lo impropio que eso es de él. Personas que saben de estas cosas han recomendado vivamente a la doctora Adler. De hecho, su especialidad es...

—¿Cuál? ¿Cuál es su especialidad? ¿Los chicos de dieciocho años silenciosos y desdichados?

—Sí —respondió mi madre—. Esa es precisamente su especialidad. Trabaja con adolescentes perturbados.

—Ah, ¿eso es lo que soy? No parece muy políticamente correcto. ¿No se les puede ocurrir nada mejor? ¿No podría ser adolescente especial? ¿O adolescente con capacidades diferentes? ¿No podría...?

Mi madre se levantó y me puso la mano en la boca.

—Basta —me dijo—. Basta ya.

Su mano en mi cara me producía una extraña sensación, una sensación de rara intimidad. No recordaba la última vez que me había tocado. Mantuvo la mano allí, cubriéndome la boca, durante un buen rato y entonces la apartó.

—Perdona —me dijo—. No debería haber... Y es que...

—No, tienes razón. Es cierto.

—¿Qué es cierto? —preguntó ella.

—Que estoy perturbado.

Pensé en el significado de esa palabra, en qué significa realmente estar perturbado, cómo un tranquilo estanque se perturba cuando le arrojas una piedra o cómo perturbas la paz. O cómo puede perturbarte un libro o una película o la quema de selva tropical o la fusión de los casquetes polares. O la guerra de Irak. Aquel fue uno de esos momentos en los que tienes la impresión de que jamás habías oído una palabra y no puedes creer que signifique lo que significa y te preguntas cómo es que esa palabra ha llegado a significar tal cosa. Parecía un repicar de campanas, reluciente y puro, *perturbado, perturbado, perturbado*, lo oía con su verdadero significado y, como si acabara de comprenderlo, dije: «Estoy perturbado».

La consulta de Rowena Adler me decepcionó. Yo, que había imaginado que estaría situada en un edificio de piedra rojiza del Village que quizá contara con jardín delantero, que tendría mobiliario danés moderno, alfombras kilim sobre el suelo de parqué y cuadros abstractos de buen gusto en las paredes, que la doctora ocuparía un sillón giratorio y yo me sentaría delante de ella, o tal vez me tendería en un diván a su lado, y que habría un perro o un gato, un perro o un gato viejo, tranquilo y cansado, que dormiría a sus pies, me sorprendí porque mi primer encuentro con ella tuvo lugar en un

despacho del edificio que albergaba al Centro Médico de la Universidad de Nueva York, en un tramo de la Primera Avenida dejado de la mano de Dios. Tuve que esperar en una sala sin ventanas con hileras de asientos de plástico a lo largo de las paredes, como las que sueles ver en las terminales de autobuses. También había un dispensador de agua, pero estaba vacío. Hay algo intrínsecamente deprimente en un dispensador de agua vacío (no medio lleno ni medio vacío sino vacío) y pensé que si yo fuese loquero y tuviera un dispensador de agua en mi sala de estar me aseguraría de que siempre estuviera lleno. Aquella habitación evidentemente servía como sala de espera de otros médicos y me sentí un poco alarmado al pensar que la doctora Adler no podía permitirse su propio consultorio, con una entrada y una sala de espera privadas. Aquello era como ir al dentista de una clínica pública en la terminal de autobuses de Port Authority.

Una mujer sentada delante de mí comía un bocadillo de ensalada de atún tan cargado de lechuga que se desprendía por los lados y caía sobre el papel parafinado que la mujer tenía en el regazo y ella recogía los fragmentos con los dedos y se los llevaba a la boca. Advertí que trataba de hacerlo con delicadeza, pero eso era imposible, debido a la misma naturaleza asquerosa de su actividad.

Una mujer apareció en el umbral. Aunque solo estábamos presentes la señora del bocadillo de atún y yo, deslizó la vista por la sala como si estuviera llena de gente.

—¿James? —preguntó—. ¿James Sveck?

—Sí —respondí. Me levanté y fui a su encuentro.

Ella me tendió la mano y se la estreché. Una mano delgada y muy fría.

—Soy la doctora Adler —me dijo—. Acompáñame, por favor.

La seguí por un deprimente pasillo hasta un despacho minúsculo y sin ventanas en el que podría haber trabajado un contable. Me recordaba un poco el cubículo de Myron Axel, lleno de montones de papeles en espera de archivo, tazas de café que después de llevar allí una semana se habían convertido en experimentos científicos y una serie de paraguas rotos anidados bajo la mesa.

Al entrar en el despacho, yo debí de parecer tan sorprendido como me sentía, pues Rowena Adler contempló la confusión de objetos sobre su mesa y me dijo:

—Perdona este desorden. Estoy acostumbrada a él y olvido la imagen que da. —Entonces tomé asiento y añadió—: Encantada de conocerte, James.

—Gracias —contesté, como si me hubiera hecho un cumplido. No iba a decirle que yo también estaba encantado de conocerla. Detesto decir esa clase de cosas previsibles, ese lenguaje muerto y sin sentido.

—¿Por qué no te sientas ahí? —me dijo, indicando una silla metálica plegable que parecía bastante incómoda. Aquella era la única silla en la sala, aparte de la suya, pero ella lo había dicho como si hubiera muchas más y hubiese seleccionado aquella especialmente para mí. Se sentaba en una silla de oficina con ruedecitas que estaba apartada del escritorio. La sala era tan pequeña que nuestras rodillas casi se tocaban. Se echó hacia atrás, como si lo hiciera para estar más cómoda, pero me di cuenta de que realmente lo hacía para separarse de mí—. Normalmente recibo a los pacientes en mi consulta del centro, pero los jueves no puedo moverme de aquí y quería verte lo antes posible.

No me gustó que me llamara paciente o diese a entender que lo era, aunque dado que ella era doctora y yo había ido a consultarla, no sabía qué otra cosa podría ser yo. «Cliente» parecía demasiado comercial, pero podría haber dicho «recibo a las visitas». Y entonces pensé que me equivocaba al ofenderme, pues no hay nada vergonzoso en ser un paciente: uno no enferma por su propia voluntad, nadie elige las enfermedades, el cáncer y la tuberculosis no son indicios del carácter de una persona (la primavera pasada había leído *La enfermedad y sus metáforas*, de Susan Sontag, en la clase de moral moderna), pero entonces me dije: «Tal vez en el caso de la psiquiatría

sea diferente, porque ser maniaco depresivo o paranoico o compulsivo sexual sí es bastante indicativo de tu carácter o, por lo menos, se trata de algo unido a tu carácter de manera inextricable, y esas cosas deben de ser malas, pues de lo contrario no las tratarían, de modo que ser un paciente en estas circunstancias era realmente una señal de alguna clase de fallo personal o...

—Bueno, James —oí que ella me decía de repente—. ¿Qué es lo que te ha traído aquí?

La pregunta se me antojaba estúpida. Si vas al dentista, puedes decirle: «Me duele una muela» y si vas a la relojería, puedes pedir que te cambien la pila de tu reloj, pero ¿qué podías decirle a una psiquiatra?

—¿Qué me ha traído aquí? —repetí, confiando en que así la frase me resultaría más inteligible.

—Sí. —Sonrió, sin hacer caso de mi tono deliberadamente—. ¿Qué te ha traído aquí?

—Supongo que si supiera qué es lo que me ha traído, no estaría aquí —respondí.

—¿Dónde estarías?

—Me temo que no lo sé.

—¿Temes?

Comprendí que era una de esas personas irritantes que se toman al pie de la letra todo lo que dices.

—No es que tema nada —contesté—. Es que no lo sé.

—¿Estás seguro?

—¿Seguro de qué? ¿De que no lo sé o de que no temo nada?

—¿A cuál de las dos cosas crees que me refiero?

—No haga eso, por favor —le pedí.

—¿Que no haga eso?

Pensé que si cada uno seguía repitiendo las palabras del otro, no llegaríamos muy lejos en tres cuartos de hora.

—No siga respondiendo a una pregunta con otra pregunta en plan terapia.

—¿Qué piensas de la terapia?

Sentía estar participando en un concurso de quién desconcertaba primero al otro. Y si bien aquello no me parecía muy terapéutico, yo estaba decidido a ganar.

—Creo que la terapia es una idea de las sociedades capitalistas bastante equivocada, en la que un examen de tu vida, complaciente para contigo mismo, sustituye a la auténtica realidad habitual de la vida. —No tenía idea de dónde había sacado eso. ¿Tal vez lo había leído o lo había oído en una película?

—¿Realidad abismal? —dijo ella.

—No. Realidad habitual.

—Ah, me parecía haber oído «abismal».

—Pues no, he dicho «habitual».

—Solo he querido señalar que había entendido mal lo que decías. No pretendía insinuar que no habías dicho eso.

—Bien, me alegro de que eso haya quedado claro —contesté.

Ella me miró fijamente un momento.

—Y, entonces ¿por qué estás aquí? —insistió.

—¿No es esa otra manera de preguntarme qué me ha traído aquí?

—¿Entonces no sabes por qué estás aquí?

No respondí. Me parecía inútil, como tratar de sostener una conversación con un loro o una persona lobotomizada. Y me pregunté si la doctora Adler sería capaz de realizar una lobotomía. Al

La casa estaba a oscuras y parecía fresca y tranquila. Sobre la mesa del recibidor había un florero con dalias junto a un rimerero de tres libros de la biblioteca. Acerqué más la cara y grité: «¡Nanette!» a través de la tela metálica. Al cabo de un momento, oí que bajaba la escalera y entonces la vi: primero aparecieron los pies, luego las piernas y, lentamente, el resto. Mi abuela siempre baja la escalera con lentitud, ladeada, con la cadera por delante, una mano en la barandilla y los pies colocados horizontalmente en los escalones. Dice que una dama nunca debe bajar una escalera mirando hacia adelante, a menos que quiera parecer un toro a punto de embestir. Cree fervientemente en la compostura y esa creencia suya es lo más cercano a una religión que tiene.

—James —me dijo cuando llegó al pie de las escaleras, pues también cree que hablar mientras subes o bajas es una descortesía—, tenía la corazonada de que hoy nos veríamos. Esta mañana, al despertar, lo primero que he pensado ha sido: «No me sorprendería nada que hoy James viniera a visitarme». —Abrió la puerta—. Entra, pero ten cuidado con el suelo. Acabo de fregarlo y puede que resbale.

Entré en el recibidor.

—¿Y por qué friegas los suelos el sábado por la mañana?

—Un día tan bueno como cualquier otro. ¿No es curioso que supiera que ibas a venir? Debo de ser clarividente.

—Pero el miércoles te dije que hoy podría visitarte —le dije.

—¿Ah, sí? ¿De veras? No lo recuerdo. Bueno, entonces mi clarividencia se queda en nada, pero la próxima vez que eso suceda, sé bueno y no me lo digas. Síguele la corriente a una anciana. ¿Quieres un zumo o un café? ¿O unos huevos con beicon? ¿Has desayunado?

—Sí, pero me tomaré ese café.

—Bien, déjame que lo prepare.

Recorrió el pasillo hasta la cocina, que estaba impecable, la encimera de formica rosa despejada, salvo por las tres latas con las palabras HARINA, AZÚCAR, CAFÉ. En la cocina de mi abuela todo estaba siempre en su lugar, incluso el contenido del frigorífico y los armarios. Tiene uno de esos frigoríficos antiguos de una sola puerta que se abre con una manivela.

—Siéntate —me dijo—. Si te interesa, el periódico está ahí.

Abrió la lata y empezó a preparar el café. Eché un vistazo al periódico, que el sábado suele ser bastante delgado. Sin embargo, observé que mi abuela había terminado el crucigrama que incluso mi madre deja el sábado sin terminar. (La dificultad aumenta progresivamente a lo largo de la semana.)

Mi abuela se volvió mientras llenaba el depósito de la cafetera con agua del grifo.

—¿Cuándo volverá tu madre a casa?

—Ya está en casa —respondí.

—Tenía entendido que estarían fuera una semana.

—Eso tenían previsto, pero ella ha vuelto antes. El jueves.

—Bien, una decisión juiciosa. ¿Aún no se ha mudado el señor Rogers a vuestra casa?

A decir verdad, el señor Rogers se había trasladado a nuestra casa hacía dos meses, cuando mi madre accedió a casarse con él, unos seis meses después de que se conocieran. Afortunadamente él aún no había vendido su piso, pues esperaba a que el mercado «se animara».

—Sí, se ha mudado —contesté. No podía creer que hubiese respondido sinceramente a tantas preguntas sin haberle dado la auténtica noticia.

—Pues lo siento por ti, James —dijo mi abuela—. No querría vivir con ese hombre bajo el mismo techo, pero tú te irás pronto de casa, ¿verdad?

En vez de responder a ese interrogante, le pregunté:

—¿Qué opinas de la universidad?

—¿Qué universidad? ¿Brown?

—No, la universidad en general.

—Bueno, no tengo gran cosa que opinar, puesto que no he pisado la universidad desde hace... déjame pensar... sesenta años. No, qué estoy diciendo, si yo tengo ochenta y uno... desde hace cincuenta y siete, para ser exacta.

—¿Pero te alegras de haber ido a la universidad? ¿Fue una buena experiencia?

—Supongo. Aunque no recuerdo absolutamente nada de lo que aprendí. Excepto el latín y eso es porque las monjas nos lo metían en la cabeza a la fuerza. A menudo me sirve para el crucigrama.

—¿Había monjas en Radcliffe?

—Sí, todas eran monjas.

—¿Estás segura? ¿En Radcliffe?

—Tal vez fuese en secundaria.

—Pero no eres católica —observé—. No creo que fueses a un colegio confesional.

—Pues recuerdo claramente a las monjas que iban por los pasillos, arriba y abajo, con palmetas en las manos, mientras recitábamos el latín. Quizá fuera un espectáculo en el que intervine, pero lo dudo, porque en los musicales las monjas no pegan a los niños.

Tuve la sensación de que nos estábamos yendo por las ramas, cosa que suele suceder con mi abuela, así que le pregunté:

—¿Pero tus cuatro años en Radcliffe valieron la pena?

—A ver, si no hubiera ido a Radcliffe, no habría conocido a tu abuelo y eso habría sido una lástima. Y no me habría dedicado al teatro, ¿sabes?, porque mis padres me prohibieron actuar en público hasta que consiguiera un máster, pues suponían que era demasiado estúpida o perezosa para lograrlo. De modo que sí, ir a la universidad valió la pena.

—No sabía que tuvieras un máster.

—Pues sí.

—¿En qué?

—Lo he olvidado —respondió—. Algo inofensivo, como sociología. O tal vez antropología.

—¿Hiciste buenos amigos?

—No, por Dios. En aquel entonces a Radcliffe solo iban chicas serias. Chicas serias, ratones de biblioteca con gafas y medias de lana. No éramos muy atractivas. Siempre deseé haber ido a la universidad Sweet Briar, como mi hermana Geraldine. Allí las chicas eran muy alegres y encantadoras y al parecer no abrían un libro. Podían tener sus caballos en el campus. Pero todo eso sucedió hace mucho tiempo, James. Ahora las universidades son muy diferentes. Estas cuestiones deberías planteárselas a Gillian, no a mí.

Mi abuela sacó del armario dos tazas y dos platillos y los puso sobre la mesa de la cocina, sacó la leche del frigorífico y la vertió en una jarrita, desenchufó la cafetera y vertió café en las tazas. Devolvió la cafetera a la encimera y la enchufó de nuevo, entonces abrió un cajón y sacó dos pequeñas servilletas de tela que puso sobre la mesa. Me preguntó si quería una galleta y le dije que no. Tomó asiento, añadió leche a su café y empujó el azucarero hacia mí.

—¿A qué viene todo esto, James? —me preguntó—. ¿Estás pensando en no ir a la universidad?

—Sí —respondí—. ¿Cómo lo has sabido?

—Tal vez, después de todo, sea adivina.

—Entonces, ¿crees que debería ir a la universidad?

—Supongo que yo debería saber qué podrías hacer si no fueras, pero no comprendo por qué mi

opinión tiene algún interés para ti.

—Claro que me interesa. Si no me interesara, no te la preguntaría.

—¿Por qué no quieres ir a la universidad?

Mi abuela era la tercera persona que hacía esa pregunta en otros tantos días y tuve la sensación de que, cuantas más veces me la formulaban, tanto más me costaba responderla. Mi abuela aguardaba con paciencia que lo hiciera. Fingía que había migas sobre la mesa y tenía que recogerlas.

—Me resulta difícil explicar por qué no quiero ir. Lo único que puedo decir es que la idea de ir no me atrae nada. No quiero vivir en ese entorno social. Durante toda mi vida he estado con gente de mi edad y ni me gusta ni tengo mucho en común con ellos. Creo que todo cuanto quiero saber lo aprenderé leyendo libros: al fin y al cabo, eso es lo que haces básicamente en la universidad y yo puedo hacerlo por mi cuenta y no dedicar tanto dinero a algo en lo que no creo y no necesito. Con ese dinero podría hacer cosas mejores que ir a la universidad.

—¿Por ejemplo? —me preguntó mi abuela.

No le respondí porque de repente, durante uno o dos segundos, vi con claridad que no querer ir a la universidad se debía en parte al deseo de no avanzar, pues me encantaba estar donde me encontraba en aquellos momentos, un deseo inequívoco y profundo: allí sentado, en la cocina de mi abuela, tomando café recién hecho en una taza de porcelana y no en un vaso de papel con una tapa de plástico perforada, sentado en la cocina perfectamente ordenada y con la puerta trasera abierta para que penetrara en la casa un poco de brisa, el reloj eléctrico encima del fregadero zumbando imperceptiblemente día y noche y el suelo de linóleo desgastado de tantos años de fregar y refregar y tan suave como gamuza, mi abuela sentada delante de mí con un vestido que probablemente se compró hace cuarenta años y que se ha puesto un millar de veces desde entonces, escuchándome, aceptándome, al parecer, como nadie más lo hace y, en el exterior, el tranquilo sábado de verano, el mundo a nuestro alrededor aún no violado del todo por la estupidez, la intolerancia y el odio.

—¿Qué es lo que te gustaría hacer? —me preguntó mi abuela.

—Quiero comprarme una casa —respondí—. Una bonita casa en una pequeña ciudad del medio oeste, una casa como esta, antigua, con cosas así —extendí la mano y toqué la pequeña puerta metálica que daba a una especie de despensa empotrada en la pared y que tenía una puerta a juego al otro lado, donde el lechero (cuando aún había lecheros) depositaba las botellas de leche o de nata y se llevaba las botellas vacías, de modo que por la mañana la leche fresca estuviera allí, esperando pegada a las paredes de tu casa.

—¿Y qué harías en esa casa?

—Leería. Leería mucho, todos los libros que quisiera leer pero no he podido por ir al colegio, y encontraría algún trabajo, en una biblioteca o como portero nocturno o algo por el estilo, y aprendería un oficio, de encuadernador de libros o tejedor o carpintero, y haría cosas, cosas bonitas, y cuidaría de la casa, el jardín y el patio.

La idea de ser bibliotecario me atraía mucho: trabajar en un sitio donde la gente tenía que susurrar y solo hablaba cuando era necesario. ¡Ojalá el mundo fuese así!

—¿Pero no te sentirías solo? —preguntó ella—. Estarías muy lejos, vivirías entre desconocidos...

—No me importa estar solo —le dije—. Ya me siento solo aquí, en Nueva York. Aquí es peor, porque dondequiera que vayas ves a la gente relacionándose, constantemente.

—Que las personas se relacionen no significa que no se sientan solas.

—Lo sé.

—Si yo estuviera en tu lugar, cogería el dinero y viajaría. Iría a México o a Europa o a

Tombuctú.

—No creo en los viajes. No los considero algo natural. Viajar ahora es demasiado fácil. No quiero ir a ninguna parte a donde no pueda llegar andando.

—¿Entonces irás andando a Kansas?

—Me gustaría. Creo que la única manera de saber realmente dónde estás es ir a pie hasta allí o, por lo menos, permanecer en el suelo, ir en coche o en tren. Pero caminar es lo mejor: eso te da un auténtico sentido de la distancia.

—No te comprendo, James. Qué empeño tienes en hacerte la vida imposible. Eso no augura nada bueno. La vida ya es bastante difícil, ¿sabes?

—Lo sé, pero no... El hecho de que no quiera ir a la universidad o no quiera ir a México no significa que me esté haciendo la vida imposible.

—No me negarás que no te la estás facilitando. —Mi abuela se puso en pie y llevó su taza de café vacía al fregadero. Lavó ligeramente la taza y el platillo bajo el grifo y los secó con el paño de cocina que pendía del brazo alzado del frigorífico. Entonces los guardó cuidadosamente en sus espacios asignados del armario—. ¿Te apetece más café? —me preguntó.

—No, gracias.

Desenchufó la cafetera y vertió el café caliente en el fregadero, seguidamente lo aclaró y lo restregó con un estropajo y detergente en polvo.

—¿Crees de veras que me estoy haciendo la vida imposible? —le pregunté—. ¿Crees que debería olvidarme de todo esto e ir a la universidad?

Ella dejó el estropajo y se secó las manos mojadas con el paño de cocina. Se volvió hacia mí y me miró un momento. Una mirada dura. Tuve la sensación de haberle fallado o decepcionado de alguna manera. O tal vez de haber quebrantado una regla del decoro cuya existencia desconocía.

Mi abuela colgó de nuevo la toalla.

—Olvidemos el futuro de momento. Es tan desalentador. Es casi la hora de hora de comer, pensemos en eso. ¿Qué te parece una ensalada de huevo?

Siempre me ha gustado la ensalada de huevo de mi abuela. Le añade biscotes untados de mantequilla con rodajas de pepinillo encima. Todo el mundo lo considera repugnante, pero a los dos nos gusta.

—Sí, me apetece una ensalada de huevo.

—Estupendo —dijo mi abuela—. A mí también.

7

Mayo de 2003

La consulta de la doctora Adler era más agradable que su espacio en el centro médico, pero no el soleado remanso que había imaginado. Se trataba de una sala más bien pequeña y oscura situada entre una serie de salas que supuse igualmente pequeñas y oscuras situadas en la planta baja de un viejo bloque de pisos de la calle Décima. Además de la mesa y la silla de la doctora, había un diván, otra silla, un ficus y unos tejidos folclóricos colgados de la pared. Y una estantería de libros sombríos. Observé que ninguno era de prosa literaria porque todos tenían los títulos divididos por el signo de dos puntos: *Bla bla bla: El bla bla bla de bla bla bla*. Había una sola ventana que probablemente daba a un patio de luces, porque la persiana de ratán estaba bajada del todo, clara señal de que nunca la subían. El amarillo claro de las paredes respondía a un esfuerzo evidente, aunque inútil, de «alegrar» la estancia.

La doctora Adler tomó asiento y me indicó la otra butaca, cosa que me alivió, porque no estaba

dispuesto a tenderme en el diván. Ya había visto demasiadas películas de Woody Allen y tiras cómicas en el *New Yorker*.

Esa vez me pareció diferente: menos alocada, más elegante, casi muy arreglada. Se había recogido el pelo y llevaba un vestido veraniego sin mangas que revelaba unos brazos bastante musculosos. Pensé que debía de jugar al tenis o practicar el lanzamiento de peso.

Cruzó las piernas y unió las manos en el regazo con los dos pulgares hacia arriba, en forma de chapitel. Me sonrió.

—Bueno, aquí estamos de nuevo —me dijo

Iba a corregirla, porque no estábamos *aquí* de nuevo: sí nos veíamos de nuevo, pero como nuestro primer encuentro se había producido en un lugar diferente, difícilmente podíamos estar aquí *de nuevo*. Sin embargo, sabía que si le decía eso, empezábamos a discutir como en la sesión anterior y yo no estaba de humor para ello.

—¿Por qué no tiene ninguna novela? —le pregunté.

—¿Cómo? —preguntó la doctora.

Señalé con la cabeza la estantería, que estaba detrás de ella.

—He observado que no tiene obras literarias en su estantería y me preguntaba por qué.

Ella se volvió y examinó los libros como si yo pudiera haberle mentado. Entonces me miró de nuevo.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿Es necesario que me pregunte eso? ¿No puede limitarse a responder a mi pregunta?

—Esta es mi consulta. Es el lugar donde trabajo. Aquí tengo los libros relacionados con mi profesión.

—¿Y las novelas no están relacionadas con su profesión?

—Eres libre de llegar a esa conclusión.

No contesté. Me sentí triste de improviso. Sabía que mi actitud era hostil, pero no podía evitarlo.

—En realidad te equivocas —dijo ella al cabo de un momento—. Aquí tengo algo de literatura. —Giró en el sillón y se inclinó para sacar un volumen del estante más bajo. Giró de nuevo y me lo mostró: se trataba de una vieja edición de bolsillo de *La edad de la inocencia*—. Lo tengo aquí para leerlo en caso de que un paciente no venga o se retrase.

No supe qué decirle. Yo estaba un poco avergonzado y seguía sintiéndome triste y desesperanzado.

La doctora Adler dejó el libro en el suelo al lado de su silla, como si quisiera que estuviese visible e incluso participara en la sesión. Entonces entrelazó las manos en el regazo y me miró.

—¿Ha leído a Trollope? —le pregunté.

—Creo que no —respondió—. Aunque supongo que podría haber leído algo suyo en la universidad.

—¿Qué me dice de Proust?

—No, no he leído a Proust. ¿Algún problema?

—No, solo era por curiosidad. Tampoco yo he leído a Proust. Alguien me dijo que no lo hiciera hasta que me hubiera enamorado y desenamorado. (En realidad era John Webster quien me había dicho eso. Yo había tenido la intención de pasarme todo el verano leyendo *À la recherche du temps perdu*, pero el primer día que llevé *Por el camino de Swann* a la galería, él me lo quitó de las manos y me dijo que era un crimen que leyese a Proust a mi edad. Me hizo prometer que no lo leería hasta que hubiese encontrado y perdido el amor. He de admitir que me sentí aliviado, porque me había

parecido un hueso duro de roer, aunque solo llevaba leídas unas treinta páginas.)

—Comprendo —dijo ella.

Me molesta que la gente diga: «Comprendo». Eso no significa nada y me parece algo hostil. Cada vez que alguien me dice «Comprendo» creo que realmente me está diciendo: «Que te den». Estuve a punto de preguntarle qué era lo que comprendía, pero me di cuenta de que eso no nos llevaría a ninguna parte y no le dije nada.

—¿Qué tal te sientes hoy? —me preguntó al cabo de un momento.

Me di cuenta de que estar en la consulta de una psiquiatra y que esta me preguntara cómo me sentía era algo que me ponía triste, así que le dije:

—Me siento triste. —Y por alguna razón cerré los ojos.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Ella guardó silencio durante un rato y, al cabo, me preguntó:

—¿Sabes por qué te sientes triste?

Abrí los ojos. Aunque solo habían transcurrido unos segundos y todo seguía igual, me sentía como si hubiese estado largo tiempo ausente. La doctora Adler me miraba pacientemente, a la manera en que una psiquiatra miraría a su paciente, con una ausencia perfecta de expresión en el semblante, salvo un leve atisbo de preocupación.

—¿Desde cuándo te sientes así? —me preguntó al cabo de un momento.

Sé que ella quería decir en general, pero no podía responderle «siempre». No podía decirle cuántos días o meses o años. No era como si me hubiera despertado una mañana con fiebre.

—Desde hace bastante tiempo —respondí.

—¿Días? —preguntó—. ¿Semanas? ¿Meses? —Hizo una pausa—. ¿Años?

—Años.

—Sé que tus padres se divorciaron. ¿Crees que tu tristeza se relaciona con eso?

—La verdad es que no fue ninguna ayuda.

—¿Entonces ya estabas triste con anterioridad?

—Sí. Y me gustaría que me dijera qué más sabe de mí. Supongo que ha hablado con mi padre.

—En efecto. La verdad es que hablé con los dos, pero solo brevemente.

—¿Qué le dijeron?

—Me dijeron que estaban preocupados porque no parecías muy feliz. Me dijeron que eres antisocial y tiendes a la soledad. También mencionaron el incidente con el aula nacional el mes pasado.

—Era «El aula norteamericana» —le corregí.

Ella puso cara de qué más da.

—¿Qué le contaron acerca de eso?

—Me dijeron que tuviste algunos problemas con una dinámica de grupo y una experiencia de pánico.

—Una experiencia de pánico... ¿Así es como lo llaman?

—Probablemente fui yo quien lo planteé así. ¿Lo expresarías de un modo diferente?

—No, eso lo resume bien.

—¿Hay algo que te gustaría añadir?

—¿Quiere decir si tengo otros problemas?

—¿Crees tener una lista de problemas?

—No puede dejarlo, ¿eh?

—¿Dejar qué?

—Responder a preguntas con otras preguntas. Parece exactamente una terapeuta.

—Soy una terapeuta, James. Una psiquiatra, una doctora. No estoy aquí para hablar contigo de una manera que te parezca apropiada. Creo que eso ya lo sabes. —No dije nada, procurando no parecer enfurruñado—. Bueno, ¿lo sabes?

—Sí, ya lo sé. Es solo que...

—¿Qué?

—Cuando hace eso, cuando me responde de ese modo, me resulta estúpido. Es tan predecible. Quiero decir que yo mismo podría hacerlo. Sé exactamente lo que va a decir. Podría quedarme en casa y reproducir nuestra conversación.

—¿Entonces por qué estás aquí? ¿Por qué malgastas tu tiempo y el mío?

—No lo sé. Supongo que mis padres querían que viniera. Esta es la manera en que tratan de ayudarme y yo quería dejar que pensarán que sí.

—¿Que pensarán que sí qué?

—Que me estaban ayudando.

—¿No crees entonces que esto te ayudará?

—No he dicho tal cosa.

—Lo sé, pero lo has dado a entender o, por lo menos, así lo creo. Por eso te lo pregunto.

Miré a mi alrededor. Sé que suena fatal, pero me desalentó la falta absoluta de originalidad de su entorno. Era como si existiera un catálogo para que los terapeutas encargaran sus consultorios: mobiliario, moqueta, colgaduras en la pared, hasta el ficus, eran tan genéricos que te deprimían. Recordaba una de esas bolitas de papel que, al ponerlas en el agua, se hinchan y convierten en una flor de loto. Aquello era como una consulta de psiquiatra hinchada.

—¿Cómo podría saber yo si esto me ayudará? Es como preguntarle a alguien que está cruzando a nado el Canal de la Mancha si llegará al otro lado. No puede saberlo.

—Eso es verdad, pero puede creer que es capaz de llegar al otro lado. De no ser así, ¿por qué iba a intentarlo? No empezarías a cruzar el Canal a nado si no estuvieras seguro de poder hacerlo.

—Usted podría —le dije.

—¿Tú crees? ¿Por qué?

—No puedo creer que estemos hablando de gente que cruza a nado el Canal de la Mancha.

—Tú has hecho la analogía.

—Sí, pero no creo que merezca semejante análisis.

Ella me miró un momento con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué crees que has usado esa analogía? —me preguntó finalmente.

Me encogí de hombros.

—No lo sé —respondí.

—Bien, piensa en ello —insistió—. ¿Por qué el Canal de la Mancha?

—Porque sentirte triste no me parece una tarea hercúlea.

—Sí, pero muchas tareas podrían considerarse hercúleas. Al fin y al cabo, los trabajos de Hércules fueron siete. ¿Por qué crees que has elegido el de cruzar a nado el Canal de la Mancha?

Yo estaba bastante seguro de que los trabajos de Hércules fueron más de siete (luego lo comprobé y tenía razón: fueron doce), pero decidí pasarlo por alto.

—No lo sé —repuse—. Se trata de algo más bien anticuado. Ya no se hace. Y supongo que Inglaterra y Francia me parecen diferentes, totalmente distintas, como la tristeza y la felicidad.

—¿Cuál es triste y cuál feliz?

Esta pregunta se me antojaba especialmente estúpida, pero decidí no seguir resistiéndome. Parecía más fácil seguirle la corriente.

—Bueno, supongo que Inglaterra es triste, pero solo porque creo que la gente cruza a nado el Canal desde Inglaterra y no viceversa. Y los franceses parecen de veras más felices o, por lo menos, imagino que lo son, ya que la comida, el clima y la moda son mejores.

—¿Es eso lo que hace feliz a la gente, la comida, el clima y la moda?

—No, es al revés —respondí—. La gente feliz produce buena comida y moda. Si eres feliz, no quieres comer carne en lata o *haggis*. Si eres feliz, quieres vestir de una manera que te favorezca, no calzado cómodo y prendas de lana prácticas. Supongo que el estado de ánimo no afecta al clima, pero quizá sí. Es posible.

La doctora Adler permaneció en silencio un momento y entonces dijo:

—Me sorprende que digas que no te gusta hablar.

Yo sabía que esta observación estaba destinada a estimularme y no era una acusación, pero algo me impidió responderle en consonancia.

—Pues no me gusta.

—No es que dude de ti sino que me sorprende —explicó ella—. Sabes expresarte muy bien y da la impresión de que disfrutas hablando.

—Qué va, en absoluto —le dije, y caí en la cuenta de estar haciendo gala de una petulancia ridícula.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que no te gusta de hablar?

—No lo sé —respondí—. No me gusta, simplemente.

—¿Hay alguien con quien te gusta hablar?

Pensé de inmediato en mi abuela y, seguidamente, en John: me gustaba hablar con él o escucharle.

—Sí —le dije.

—¿Quién?

—Mi abuela y el hombre que dirige la galería de arte de mi madre.

—¿Y qué tienen para que te guste conversar con ellos?

—No lo sé. Los dos son inteligentes y divertidos. No dicen cosas estúpidas ni aburridas ni trilladas. La mayor parte de lo que dice la gente me parece muy trillado. Y además lo repiten unas trece veces.

—¿Y qué tienen como oyentes que te hace disfrutar cuando hablas con ellos?

—Me gustan, los respeto, me parece que vale la pena hablar con ellos. Y eso no suele ocurrirme con la mayoría de la gente.

—Comprendo —dijo ella—. Así que si conocieras a más gente que te gustase y a la que respetaras, ¿conversarías más?

—Es libre de llegar a esa conclusión.

—¿Y no crees que podrías conocer a personas así en la universidad? Vas a estudiar en Brown, ¿no es cierto?

—Eso parece —respondí.

—No comprendo. ¿No crees que en Brown podrías conocer a personas que te gustaran y a las que respetases?

—No, no lo creo.

—¿Por qué piensas así? ¿En qué basas esa suposición?

—Porque la gente de mi edad no me gusta mucho, sobre todo cuando se reúnen en grandes

grupos. Y creo que eso es exactamente lo que ocurre en una universidad.

—¿Te opones entonces a ir a cualquier universidad?

—Bueno, cualquier universidad que esté formada por un gran grupo de gente de mi edad.

—¿Y qué es lo que no te gusta de la gente de tu edad?

—Pues eso, que no me gustan, los encuentro aburridos.

—¿Aburridos?

—Sí.

—¿Por qué los encuentras aburridos? ¿En qué basas ese juicio?

—No es un juicio sino un hecho —contesté—. Así lo creo.

—¿Crees entonces que es correcto hacer una consideración general sobre una gran parte de la población, cierto grupo de personas, una raza o un credo, y concluir que, como tú así lo crees, es un hecho que son así?

—Veamos, yo no he afirmado que la gente de mi edad sea aburrida. La cuestión es que yo los encuentro aburridos.

—¿Y te sientes cómodo haciendo esa distinción?

—Pues sí. No quiero mandarlos a la cámara de gas ni lincharlos. Simplemente no deseo ir a la universidad con ellos.

—Comprendo.

—Ya sé que no debería comentar lo que usted dice, pero le agradecería que dejara de decir: «Comprendo».

—¿Por qué? —No le respondí—. ¿Te molesta que te diga que te comprendo?

—No.

—¿Entonces por qué no quieres que lo diga?

—No lo sé. Creo que eso no significa de veras que me comprende. O tal vez signifique que me comprende, pero no solo eso. Significa que me comprende pero no lo aprueba. Comporta un juicio y me parece que es un juicio desfavorable.

—Se trata de una afirmación neutral —dijo—. No comporta ningún juicio. Quizá seas tú quien esté proyectando un juicio sobre mí.

—Quizá, pero ¿cómo puede ser algo muy neutral? ¿No es la neutralidad un absoluto, como la singularidad?

Ella guardó silencio un momento y entonces dijo:

—¿Por qué crees que es tan importante para ti controlar cómo hablan los demás?

Detesto las preguntas que presuponen una idea. La gente cree que de ese modo puede salirse con la suya.

—No me había dado cuenta de que hacía eso —respondí.

—¿De veras? —dijo—. ¿No te das cuenta de que actúas así?

—Eso es lo que he dicho.

—Ya sé que eso es lo que has dicho. Te pregunto si es cierto.

—¿Cree que le mentiría?

—Mi pregunta lo insinúa.

Su tono me desconcertó un poco.

—Supongo que sí, que me doy cuenta de que hago algo así, pero no creo que controle la manera de hablar de los demás.

—¿Qué es lo que haces?

—No lo sé —respondí—. Me molesta que se emplee mal el lenguaje. Creo que es necesario

hablar correcta y claramente, con precisión.

—¿Por qué crees que eso es importante para ti? —No respondí, porque no se me ocurría nada que decir—. ¿Crees que esa tendencia tuya estimula a la gente a conversar contigo?

La respuesta era evidente, así que no abrí la boca.

Durante un buen rato nos envolvió un silencio hostil y un tanto triste.

—Bien, se nos ha terminado el tiempo —dijo ella finalmente—. Volveremos a vernos el jueves a la misma hora. ¿Te va bien?

—Creía que iba a venir solo una vez a la semana.

—Me parece que será mejor dos sesiones semanales. Por lo menos de momento. ¿Te parece un problema?

—No desde el punto de vista logístico.

—¿Y desde algún otro punto de vista?

—No.

—De acuerdo. Nos veremos el jueves a las cuatro y media.

8

Junio de 2003

Mis sesiones con la doctora Adler a menudo comenzaban en silencio. En realidad, a menudo avanzaban en silencio, pues la doctora Adler dejó muy claro enseguida que ella era ante todo, aunque no exclusivamente, una terapeuta reactiva: al parecer, su metodología no aprobaba la formulación inicial de preguntas. Por ello, a menos que tuviera algo que decir, cosa infrecuente, nos pasábamos gran parte de la sesión sentados uno frente al otro. Ella me sonreía con su falsa e invariable sonrisa, tratando, supongo, de parecer abierta, de dar la impresión de que me aceptaba, como si todo lo que necesitara para revelarle mi interior fuese una cara amable. Admito que a menudo mi silencio era una respuesta al suyo. No veía por qué tenía que ser siempre yo quien cargara con el peso de la conversación. Y por eso solía quedarme en silencio incluso cuando se me ocurría algo que decir, porque ella parecía esperar de mí que expresara lo que me pasase por la mente y, si hubiera hecho tal cosa, habría cooperado demasiado. Hay personas que se sienten incómodas en silencio y se apresuran a soltar cualquier cosa, creyendo que algo es mejor que nada, pero ese no es mi caso. El silencio no me inquieta en absoluto. Y, al parecer, lo mismo le ocurría a la doctora Adler.

Un día la sesión comenzó de esa manera silenciosa, pero no debido a mi contumacia sino a que no se me ocurría nada que decir. La doctora Adler me había pedido que dijera siempre lo que pensaba, pero eso me resultaba difícil, pues el acto de pensar y el acto de expresar los pensamientos no eran sincrónicos para mí, ni siquiera necesariamente consecutivos. Yo sabía que pensaba y hablaba en el mismo lenguaje y que en teoría no había ninguna razón por la que no pudiera expresar mis pensamientos en cuanto se me ocurrían o poco después, pero el lenguaje en el que pensaba y el lenguaje en el que hablaba, si bien ambos eran el inglés, a menudo parecían divididos por una brecha que no podía salvar simultánea ni retrospectivamente.

Siempre me ha fascinado la idea de la traducción simultánea, como en las Naciones Unidas, donde todo el mundo lleva pequeños transmisores en los oídos y sabes que en algún lugar entre bastidores los intérpretes simultáneos escuchan y transforman lo que se dice de un lenguaje a otro. Comprendo el proceso, pero me parece milagroso: la idea de que es posible lanzar palabras al aire en una lengua y que aterricen en otra tan rápidamente como se lanza y se recoge una bola de béisbol. Creo que hay en mi mente una especie de cedazo que prohíbe la transferencia rápida (y no digamos simultánea) de mis pensamientos al lenguaje. Como una de esas protecciones de tela metálica que se

pone en el desagüe de la bañera, algo impide que mis pensamientos abandonen mi mente, de modo que se reúnen, como esas asquerosas y húmedas hebras de pelo enroscadas que se enredan en la tela metálica y que es preciso arrancar a la fuerza.

Estaba dándole vueltas a esas ideas sobre el lenguaje y el pensamiento, sobre lo difícil que me resultaría expresarlas o tal vez no difícil sino fatigoso, como si pensarlas fuese suficiente y su expresión resultase redundante o inferior, pues todo el mundo sabe que la traducción simplifica las cosas, que siempre es mejor leer un libro en su lengua original (*À la recherche du temps perdu*). Las traducciones son meras aproximaciones subjetivas. Y eso es todo lo que experimento respecto a cuanto digo: no es lo que estoy pensando sino lo máximo que puedo aproximarme a lo que pienso por medio del lenguaje, con sus defectuosas y constrictivas reducciones. Y por eso a menudo pienso que es mejor no decir nada que expresarme de una manera inexacta. En eso estaba pensando cuando me di cuenta de que la doctora Adler estaba hablando.

—¿Qué? —le pregunté.

—Pareces absorto. ¿En qué estás pensando?

—En nada —respondí. La mueca que ella hizo indicaba lo poco convincente que le parecía mi respuesta—. A veces me molesta tener que expresar mis pensamientos —añadí—. Estaba pensando en eso.

—¿Y a qué se debe esa molestia?

—No lo sé. Es que los pensamientos me pertenecen. La gente no va por ahí compartiendo su sangre o lo que sea. No veo por qué siempre se espera de nosotros que compartamos una parte tan íntima de nuestro ser.

—La gente dona sangre —observó ella.

—Sí, pero no sin parar y además solo un poco. Una vez al año, por ejemplo.

—¿Me estás diciendo entonces que solo deberías compartir un poco tus pensamientos, una vez al año?

—No, claro que no, no digo eso —respondí—. Y si cree usted sinceramente que eso es lo que he dicho, demuestra mi creencia de que hablar es ridículo por la imposibilidad de comunicar con precisión lo que uno piensa.

—¿De veras lo crees?

—Sí, lo creo.

La doctora Adler hizo una pausa, como si reflexionara sobre mi afirmación, y entonces dijo:

—Bien, ¿por qué no me hablas de lo que sucedió en Washington?

Estaba asombrado: nunca antes me había hecho una pregunta tan específica o había mostrado un interés particular por un detalle concreto de mi vida.

—¿Qué?

—He dicho que por qué no me hablas de lo que sucedió en Washington. He visto que nunca hablamos de ello y creo que sería bueno que lo hiciéramos.

—Mire, no quiero hablar de lo que ocurrió en Washington —dije.

—¿Por qué?

—No lo sé. Es una estupidez. Yo... no pude enfrentarme a aquello y cometí una estupidez, pero eso se acabó, ya ha pasado. No quiero hablar del asunto.

—¿Qué hiciste?

—¿No lo sabe? ¿No se lo contaron mis padres?

—No. Si lo supiera, no te lo preguntaría.

Ni por un momento di crédito a esas palabras.

—¿Asistías a una especie de seminario juvenil organizado por el gobierno, no?

Comprendí que trataba de sonsacarme por el procedimiento de plantear unas preguntas inocuas.

—Sí —respondí.

—Háblame de ello.

—Era un programa estúpido, supuestamente no partidista, que reúne en Washington D.C. a dos estudiantes supuestamente brillantes procedentes de cada estado a fin de que a lo largo de una semana los adoctrinen sobre lo estupendo que es el gobierno norteamericano.

—¿Entonces tu problema tenía que ver con la naturaleza del programa?

—Pues no, es decir, eso era un problema, desde luego, pero podía soportarlo.

—Sí, creo que serías bastante resistente al adoctrinamiento.

Preferí no responder a ese flagrante intento de adulación, pero la doctora Adler no desistió.

—¿De qué se trató entonces? —me preguntó—. ¿Cuál era el problema?

—Esa pregunta presupone muchas cosas —respondí.

Ella no dijo nada, pero hizo un movimiento con la mano, animándome a enumerarlas.

—Presupone que había un «problema». Presupone que sé cuál era el problema. Presupone que sé cómo expresar ese problema. Presupone que quiero expresar el problema o que estoy dispuesto a hacerlo.

—No voy a discutir nada de eso —dijo la doctora Adler—, pero continuó preguntándote lo mismo.

—Odio esa idea —dije—. La idea de que exista un problema, de que haya algo tan simple como un problema y de que sea posible identificarlo, resolverlo y hacer que desaparezca. Yo no tenía *un* problema en Washington. Tenía un millar de problemas, tal vez. Un millón.

—Bien, ¿cuál fue el problema que condujo a tu detención?

—No me detuvieron. ¿Le han dicho mis padres que me detuvieron?

—No —contestó la doctora Adler—. Comentaron que había intervenido la policía.

—¿Y eso le hizo pensar que me habían detenido?

—Supongo que sí.

—Pues no me detuvieron. Y la llamada intervención de la policía no fue por mi culpa sino por la de mis padres. Fueron ellos quienes involucraron a la policía. Denunciaron mi desaparición. Si no hubieran hecho nada, todo habría ido bien. O mejor de lo que fue. O no tan mal.

—¿Habías desaparecido?

Comprendí que me había engañado para que hablara de lo que ocurrió en Washington y, aunque yo no tenía inconveniente en hablar de ello, quería dejar claro que me daba cuenta de que me había engañado, así que no le respondí.

Al cabo de un momento, ella repitió la pregunta, con mucha suavidad, como si plantearla amablemente pudiera surtir mejor efecto.

—Sí —le dije—. Había desaparecido.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Dos días. Solo fueron dos días.

—Desaparecer dos días es mucho tiempo.

—Bueno, en realidad no había desaparecido. Yo sabía dónde estaba.

—¿Crees que eso es lo que significa «no desaparecido»?

—«No desaparecido» significa «encontrado».

—¿Y te encontraron?

—Al final sí. De hecho, no me encontraron. Yo me presenté. Reaparecí.

—¿Dónde habías estado?

—En Washington. Me pasé la mayor parte del tiempo en la Galería Nacional. Estuve dos noches en un hotel.

—¿De modo que abandonaste el seminario?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque pensé que si me quedaba allí me suicidaría.

—¿Por qué? ¿Qué tenía el seminario que fuera tan malo para que temieras eso?

—Ya se lo he dicho. No se trataba de una cosa ni de dos ni de veinte. Eran un millón. Era todo en general. Me sentía continuamente molesto. Detestaba todo aquello.

La doctora Adler guardó silencio. Tenía las manos en aquella postura que le gustaba, con los dedos extendidos, la punta de cada uno tocando la del correspondiente, mientras aguardaba con paciencia a que yo continuara.

9

Abril, 2003

Teníamos la noche del miércoles libre, el programa la describía como «Noche de diversión: ¡salida a la ciudad!», mientras que la del lunes era la noche de la CIA y la del jueves «Por tierra, mar y aire: noche de las Fuerzas Armadas». La verdad es que no sé cómo sobreviví hasta el miércoles, pues «El aula norteamericana» me resultó insoportable desde el primer momento.

En la habitación del hotel, en cuanto desplegué la cama supletoria que, por eliminación, iba a ser la mía, tuve la sensación de retroceder a la infancia y de hallarme en desventaja. Mis compañeros de habitación, Dakin [Dakin se sentó a mi lado durante la cena de aquella noche y, cediendo a lo que me parecía un acertado intento de entablar conversación, le pregunté si sabía que el hermano menor de Tennessee Williams se llamaba Dakin. Yo conocía ese dato porque había leído las memorias de Williams y recordaba haber pensado que Dakin sería un buen nombre para un perro, por lo menos un nombre mejor que *Miró*. En cualquier caso, cuando se lo comenté, Dakin se me quedó mirando con semblante inexpresivo y me preguntó si Tennessee Williams era un cantante de música *country*. (Creo que pensó en Tennessee Ernie Ford.) Le dije que no, que Tennessee Williams era un dramaturgo, y Dakin me miró como si estuviera loco y estuviera tratando de engañarlo de alguna manera, volvió la cabeza al otro lado y no me dirigió más la palabra] y Thomas, estaban sentados en sus camas de adulto y me miraban. Abrí la cama y dejé caer la maleta encima, un gesto que consideré impresionante por su desenfado y por masculino, pero el peso de la maleta hizo que los dos extremos de la cama volvieran a cerrarse con una vehemencia alarmante, engullendo la maleta y sobresaltándome.

—¡Válgame Dios! —exclamé.

No sé por qué me salió ese «Válgame Dios». Nunca lo digo. Mi abuela sí, pero yo no crec haberlo dicho en toda mi vida (como una exclamación, quiero decir), pero había algo en aquella situación que me ponía tan nervioso que dije «¡Válgame Dios!». Nada más decirlo me di cuenta de lo imbécil que sonaba y oí que mis compañeros de habitación soltaban a mis espaldas esa risita entre dientes que siempre indica que se están riendo de ti, no contigo. Pensé en decir «mierda» o «joder» u «hostia puta», pero sabía que eso solo intensificaría por contraste el patetismo del «¡Válgame Dios!», así que no dije nada y empecé a abrir de nuevo la cama con tanta brusquedad que se trabó.

A partir de ahí, todo fue cuesta abajo, como suele decirse. En «El aula norteamericana» participaban cien representantes, dos por cada estado, y estábamos divididos en dos partidos, los

washingtonianos y los jeffersonianos. Dos autobuses nos llevaban a todas partes, a los washingtonianos en uno y a los jeffersonianos en otro, y había un jaleo de lo más estúpido y mucho aporreamiento de las ventanillas cuando un autobús adelantaba al otro. No comprendo esa propensión a convertir todo, como conducir desde el edificio Russell de la Oficina del Senado a un Taco Bell, en una competición.

Cada vez que viajábamos en el autobús nos animaban a que nos sentáramos junto a un compañero distinto, pero ya en la primera salida (al Capitolio, el domingo por la mañana), un grupo de estudiantes que se creían de lo más guay y a los que, en consecuencia, se les percibía como tales, se sentaron al fondo del autobús y claramente hicieron suyo aquel territorio. Yo era un estudiante de ciudad que había ido en metro al colegio desde el quinto curso y el mundo de los autobuses escolares me era ajeno. Me resultaba fascinante más bien, desde un punto de vista antropológico. Cada vez que subíamos al autobús, se producía aquel apresuramiento encubierto por conseguir un asiento cerca del fondo, una maniobra interesante de observar porque, naturalmente, no era nada *in* dar la impresión de que querías ser lo bastante guay para sentarte en el fondo y tampoco era nada *in* parecer que necesitabas apresurarte a buscar un asiento en el fondo, porque si fueras realmente guay, las reglas ineluctables del Universo asegurarían que te sentaras en el fondo. Solía sentarme en la parte delantera del autobús, al lado de una chica de Pensilvania llamada Sue Kenney, una muchacha briosa y robusta que podría haber usado más desodorante (si es que usaba por lo menos un poco), pero a quien le encantaban todas las cosas y las personas y que ¡NUNCA SE LO HABÍA PASADO TA BIEN EN TODA SU VIDA! En muchos aspectos parecía ser mi polopuesto y, curiosamente, se habría dicho que precisamente por eso la combinación resultaba ideal. Ella no parecía reparar en que apenas le hablaba, porque no dejaba de cacarear y señalar a través de la ventanilla las cosas interesantes ante las que pasábamos. La verdad es que, aunque yo tenía una repulsiva sensación de superioridad, le tomé afecto, por su ingenuidad y su optimismo a toda prueba, porque no le importaba oler mal ni estar gorda ni vestir de un modo distinto a todos los demás, porque tenía una extraña manera de evadirse de las realidades desagradables de la vida que la mantenía en un estado de animación perenne y porque te dabas cuenta de que se tomaba con despreocupación su aburridísima vida pensando que todo era perfecto (lo contrario de lo que me sucedía a mí).

Nada me parecía bien. Lo peor eran las comidas. El desayuno estaba bien, un bufé en el «salón de baile» Excelsior del hotel, que muchos se saltaban, por lo que había numerosas mesas vacías y la verdad es que incluso si te sentabas a una mesa donde ya hubiera alguien, no se esperaba de ti que dijeras nada aparte de «Buenos días» y eso estaba a mi alcance. Deseaba que toda la jornada fuese como el desayuno, cuando tus semejantes aún tienen reciente lo que han soñado por la noche, están ensimismados y todavía no les atrae relacionarse con el mundo que los rodea. Y caí entonces en la cuenta de que ese era mi estado de ánimo durante todo el día: en mi caso, al contrario de lo que les ocurre a los demás, no tengo un momento después de tomar una taza de café o de darme una ducha o de lo que sea en que de repente me sienta vital, despierto y en relación con el mundo. Si todo fuese siempre como a la hora del desayuno, todo iría bien. No nos permitían acostarnos hasta muy tarde y hacían que nos levantáramos temprano por la mañana, supongo que aquella era una estrategia para tenernos agotados y que así fuésemos más manejables. No regresábamos al hotel hasta las once de la noche más o menos y entonces había una reunión (una vez más en la «sala de baile») en la que tomábamos helados y donde unos cantaban, otros tocaban la guitarra o leían sus poemas o hacían juegos malabares con pelotas de tenis o exhibían de un modo egotista sus supuestos talentos. Y después había muchas carreras y gritos pasillo arriba y abajo, los chicos entraban en las habitaciones de las chicas y viceversa, todo lo cual tenía como inevitable resultado la regurgitación del helado.

Las luces se apagaban a las doce y media. El desayuno era de las siete a las ocho y los autobuses abandonaban el aparcamiento a las ocho y media en punto.

La comida y la cena eran espantosas. Comíamos en sitios como El Olivar o La Langosta Roja normalmente en salas reservadas y con menús especiales. Muy pronto supe que me resultaba mucho más fácil ser el primero en sentarme a una mesa y que fuesen otros los que eligieran la misma mesa, porque no podía sentarme a una mesa ya ocupada, sobre todo si tenía que hacerlo al lado de alguien. Ya sé que sentarte al lado de una persona en una Langosta Roja no supone casarte con ella ni acompañarla contra su voluntad, pero si me sentaba al lado de alguien experimentaba esa espantosa obligación de mostrarme encantador o por lo menos de tener algo que decir y a mí la necesidad acuciante de ser encantador o de expresarme me incapacita. Pero si ya estaba sentado y eran otros los que ocupaban los demás asientos de la mesa, la tensión se reducía, pues en ese caso no sentía que estaba acompañando a alguien contra su voluntad sino que más bien aceptaba la presencia de alguien a mi lado. En cualquier caso, la situación era horrible y empeoraba en cada comida, lo cual se combinaba con muchos otros momentos en los que me sentía totalmente fuera de lugar, de modo que el miércoles por la noche, «¡Noche de diversión!», había perdido ya cualquier sensación de normalidad que hubiera podido alcanzar. Recuerdo que en un momento determinado me pregunté en serio si tendría alguna alteración genética, alguna minúscula modificación del ADN que me separara de la especie, una separación diminuta pero esencial, como la de los mulos que, según tengo entendido, pueden aparearse con los burros pero no con los caballos. Todos los demás parecían poder emparejarse, encajar sus partes de un modo agradable y productivo, pero alguna diferencia casi indistinguible en mi anatomía y mi psiquis parecía apartarme de ellos de una manera leve pero irrevocable.

Aquella era una sensación turbadora y me entristecía. Tanto que me hacía llorar en el servicio de caballeros del edificio Russell de la Oficina del Senado. Tanto que me quitaba las ganas de vivir.

En la «¡Noche de diversión!», podíamos elegir entre ir a un club de la comedia o a un restaurante-teatro. Me decidí por la segunda opción porque nunca había ido a un restaurante-teatro y detestaba a los cómicos de micrófono. Creo que divertido es algo que se es, no algo que te empeñas en ser ante el público detestable que llena la sala.

La tarde del miércoles, cuando nos llevaban de regreso al hotel a fin de prepararnos para la noche en la ciudad, Sue Kenney me dijo: «¡Qué entusiasmada estoy!».

Yo miraba por la ventanilla, fijándome en la basura esparcida a lo largo del carril de emergencia. En general toda era explicable (latas de refrescos, restos de comida rápida, periódicos), pero de vez en cuando había algo alarmante, como una bota infantil roja, una jaula, una maleta abierta con su contenido desparramado. Y eso me preocupaba porque cada uno de aquellos objetos estaba en el arcén por un motivo, algo había sucedido para que alguien hubiera arrojado una bota infantil por la ventanilla, y tenía la sensación de que pasábamos velozmente ante un relato tras otro y de que todos aquellos relatos eran tristes. En eso estaba ocupado, tratando de pensar positivamente, de imaginar un escenario feliz para los extraños objetos que veía: a una niña le habían comprado unas bonitas botas nuevas y arrojaba alegremente las viejas; alguien había hecho el equipaje para ir al hospital, pero por el camino el médico le había llamado para decirle que todo había sido un error, que no tenía el hígado cuajado de cáncer y podía irse a casa y, desquiciado por la alegría, había tirado su maleta por la ventanilla. Y como yo estaba tratando de poner cara alegre a la jaula abandonada cuando Sue Kenney habló, no le respondí de inmediato y ella preguntó: «¿No quieres saber por qué estoy tan entusiasmada?». Lo dijo en un tono agradable, como si fuese perfectamente normal incitarle

a uno de esa manera, supongo que para ella lo era.

—Sí, dímelo —respondí.

—¡Esta noche voy a ponerme mi pijama de noche! ¡Por eso estoy tan entusiasmada!

—¿Qué es un pijama de noche?

—Ah, ¿no lo sabes? Creía que lo sabrías, como eres de Nueva York. Son una alternativa a los vestidos formales. Una especie de túnica que se lleva sobre unos pantalones muy anchos. El mío es azul eléctrico y tiene un canesú bordado con cuentas. ¡Estoy deseando ponérmelo!

—¿Entonces vas al restaurante-teatro? —Los pijamas de noche me parecían demasiado elegantes para el club de la comedia.

—Oh, no —respondió Sue Kenney—. Voy al Centro Kennedy, al concierto sinfónico.

—Creía que teníamos que elegir entre el club de la comedia y el restaurante-teatro.

—Sí, pero si no los encuentras apropiados, puedes ir al concierto.

—¿Qué significa eso de si no son apropiados?

—Bueno, en los clubes de la comedia suelen contar chistes verdes y emplean un lenguaje soez. Y cuando mis padres supieron que la obra teatral que íbamos a ver anima a llevar una vida descarriada, se quejaron a los capitostes y ahora he de ir al concierto. Parece ser que vamos ocho en total. No tengo nada contra la cultura popular y todas esas cochinas, pero prefiero no arrastrar mi mente por las alcantarillas.

Cuando volvimos al hotel, pregunté a una de las «capitostes» si podía hacer un cambio e ir al concierto, pero me dijo que no, porque las entradas para el concierto solo eran para quienes ponían objeciones morales o religiosas al club de la comedia o al teatro y, puesto que yo me había apuntado para ir al teatro, era evidente que me parecía bien y, además, las entradas se habían terminado.

Tanto Dakin como Thomas habían optado por el club de la comedia y me di cuenta de que consideraban una mariconada ir al restaurante-teatro. Pensé que ojalá encontrase la manera de no ir a ninguno de los dos sitios y quedarme solo en la habitación del hotel, donde pasaría la velada leyendo (*Can You Forgive Her?*, de Trollope), pero la posibilidad de que alguno de nosotros se extraviase los volvía paranoicos y los autobuses no partirían hasta que hubieran confirmado que todos estábamos a bordo. Así las cosas, subí al autobús con destino al local donde daban el espectáculo. Lo hice temprano, a fin de estar ya sentado y que se sentara a mi lado quienquiera que fuese, para evitar tener que sentarme yo al lado de quien se hubiera sentado, pero resultó, sorprendentemente, que el grupo de los que habían optado por el club de la comedia era más numeroso, así que dispuse de una fila de asientos para mí solo. Vi pasar a Sue Kenney resoplando y vestida con su pijama de noche, que parecía un cruce entre un pijama y un chándal. La vi subir a un furgón con los otros chicos que habían decidido no arrastrar sus mentes por las alcantarillas de la comedia y el drama contemporáneos.

No se podía negar que la escena en el aparcamiento era de lo más animada. Aquella noche las normas en lo que a indumentaria se refería quedaban sin efecto y sin duda alguna todo el mundo se sentía liberado. Al igual que Sue Kenney, todas las chicas llevaban prendas compradas especialmente para aquella velada, prendas que, a su modo de ver, las realzaban de la mejor manera posible, por lo que se sentían como expuestas bajo la luz más favorable, un conocimiento que les infundía una confianza y una alegría que eran casi palpables. A los chicos, por su parte, se los veía limpios, las caras recién afeitadas, no sin cierta rudeza, el cabello minuciosamente trabajado con fijador para darle una exquisita apariencia de descuido, con una sensación eléctrica en su interior que armonizaba con la sensación de las chicas: la sensación de ascender, avanzar hacia un futuro que

solo podía mejorarlos, y yo me pregunté cómo se producía aquel milagro, ese estúpido sentimiento...

Creía que «restaurante-teatro» significaba que pagabas una cantidad que incluía la cena y luego el teatro, pero no se me había ocurrido que pudiera hacerse simultáneamente. Yo había supuesto que cenaríamos en una sala y que después entraríamos en el teatro, por lo que me sorprendió ver que las mesas estaban dispuestas en la platea. Creía que eso solo ocurría en Las Vegas, donde era correcto comer mientras veías la actuación de tigres y coristas, pero no me imaginaba comiendo con los actores delante. Me parecía de lo más grosero. Por mucho que bajaran la potencia de las luces, seguiría oyéndose el ruido del público masticando.

Las mesas estaban dispuestas en plataformas escalonadas y nos indicaron que ocupáramos las de las dos plataformas superiores. Por debajo de nosotros había un público formado sobre todo por mujeres de mediana edad que nos miraron con desagrado cuando pasamos entre ellas. La mayoría de las mesas era para cuatro o seis comensales, pero en la plataforma más elevada había mesas para dos y sabía que si yo me sentaba en una de ellas, nadie se sentaría conmigo y acerté: nadie lo hizo.

En vez del menú habitual, delante de cada asiento había una pequeña tarjeta que decía:

¡Sed bienvenidos, aula norteamericana!

Menú de esta noche:

Obertura

Sopa ministrone [*sic*] o ensalada de la huerta

Primer acto

Pollo con paprica [*sic*], salteado de verduras, arroz pilaf

INTERMEDIO

Café o té

Segundo acto

Zum-zum de chocolate rociado con *coulis* de frambuesa

Nota:

Los vegetarianos pueden cambiar el pollo por una guarnición adicional de arroz o verduras.

Por favor, solicítenlo al personal.

Una camarera frágil y entrada en años se me acercó con una jarra de agua en una mano y una jarra que parecía de té con hielo en la otra. Ambas parecían pesar, pues la mujer se esforzaba por mantener las jarras en alto. Imaginé que las dos manos se le rompían por las muñecas.

—¿Té con hielo o agua? —Intentó levantar cada jarra mientras nombraba su contenido, pero el gesto fue en extremo sutil.

—Agua, por favor.

—¿Prefiere la sopa o la ensalada? No puede pedir las dos.

—¿Qué tiene la ensalada de la huerta?

—¿Cómo?

—Aquí especifica que la ensalada es de la huerta. ¿Puede decirme en qué consiste? —Señalé la palabra en la tarjeta, pero ella no la miró.

—Es la ensalada básica, de lechuga. Le recomiendo la sopa.

—Tomaré la ensalada de la huerta —dije. Quería preguntarle por el salteado de verduras y el zum-zum, pero antes de que pudiera hacerlo ella dijo: «Como quiera», alzó las jarras y pasó a la mesa siguiente.

Sirvieron con rapidez el primer plato y lo retiraron casi de inmediato, sustituido por los platos

de pollo con páprika, salteado de verduras y arroz pilaf. En realidad no era más que esa familiar y deprimente mezcolanza de zanahoria, maíz y judías, todo congelado. La composición del arroz pilaf era un misterio. En cuanto estuvieron servidos los platos fuertes, las camareras desaparecieron y la iluminación se redujo, hasta que la penumbra de la sala fue tan profunda que ni siquiera podías ver tu plato, así que no digamos ya comer lo que había en él. Entonces una voz grabada nos dio la bienvenida al teatro y record al público que debía apagar los teléfonos móviles (detalle que me pareció bastante irónico, ya que comeríamos durante la representación). Se alzó el telón, la iluminación aumentó lo justo para poder ver lo suficiente para comer y dio comienzo el espectáculo.

La descarriada obra teatral que se representaba era la versión femenina de *La extrana pareja*, interpretada por dos actrices de mediana edad que tuvieron unas carreras respetables en el cine, seguidas por unas carreras menos respetables haciendo de mamás en telecomedias y que luego desaparecieron por una temporada. Me pregunt si aquello no era más que otra etapa en su descenso a la oscuridad o habían ya tocado fondo y su presencia en una producción de *La extrana pareja* que tenía lugar en un teatro donde el público cenaba era el comienzo de su recuperación. Tambn me pregunt si sería su necesidad de dinero o su deseo de fama lo que les hacía actuar all. Todo tenía un aire muy digno, valiente y triste —la idea de aquello a lo que uno puede verse reducido, de lo variable que es tu vida y de las cosas terribles que uno hace para sobrevivir—, un patético subtexto que no concordaba con la obra misma. El contraste constituía una experiencia desconcertante.

Y como yo estaba sentado en la plataforma superior, no solo veía la obra sino también al público. Durante los primeros diez o quince minutos todo el mundo mantuvo un silencio casi reverente, pero a medida que la representación avanzaba, la atención se desvi del escenario. Los espectadores empezaron a comer, a hablar en susurros a su vecino o a hablar sin ni siquiera susurrar a la persona que tenían delante. De vez en cuando alguien lanzaba un penetrante chist y se hacía el silencio, pero, como un fuego que no hubiese sido bien extinguido, los sonidos de la conversación y la comida volvían a chisporrotear lentamente.

Cuando termin el primer acto, todo el mundo aplaudió con entusiasmo para compensar su falta de atención y las señoras se levantaron y fueron en estampida al lavabo. Tambn yo tenía que ir al baño, pero antes de poder hacerlo sucedió algo extraño. Una chica llamada Nareem Jabbar, que era la otra delegada del estado de Nueva York, vino y se sentó a mi mesa. La verdad es que Nareem me gustaba bastante. Vivía en Schenectady, era muy inteligente y a menudo hacía preguntas inquietantes al final de los seminarios.

Tom asiento delante de mí y me pregunt:

—Qu ests haciendo, James?

Me sorprendió que conociera mi nombre y, como me hablaba como si fuéramos viejos e íntimos amigos, me sent tan desorientado que no le respondí.

—James, James, hblame —me acuci—. Qu ests haciendo aquí sentado, completamente solo?

—Qu quieres decir? —le pregunt. Uno de los motivos por los que detesto hablar con la gente es que, cuando me veo obligado a hablar siempre digo algo estúpido.

—Siempre estás solo —respondió—. Ahora ests aquí solo y no lo podemos permitir. Ven con nosotros.

Eso es algo que odio de veras. Hay pocas cosas que odie más que cuando la gente te ve solo y reacciona como si eso constituyese un problema para ellos. Supe que la única razón por la que quería que fuese a sentarme a su mesa era que deseaba hacerle un favor a alguien. Que yo estuviera solo le molestaba. Como la irritación que te causan los pasajeros que viajan de pie en el metro mientras tú

estás sentado, como si estuvieran de pie solo para hacerte sentir mal. A veces incluso hay algunos asientos disponibles, mitades de asiento entre hombretones con las piernas separadas, pero no se sientan, siguen de pie delante de ti y parecen exhaustos y abatidos y hacen que te sientas fatal por ir sentado. Y yo sabía que Nareem solo quería que me sentara a su mesa porque mi soledad ofendía a la vista y le impedía disfrutar del espectáculo. Incluso los llamados santos, como la Madre Teresa, me fastidian. En ciertos aspectos era tan ambiciosa como mi padre o cualquiera que quiera estar en la cumbre de su profesión. La Madre Teresa quería ser la mejor santa, así que hizo las cosas más repugnantes que podía hacer y sí, ya sé que ayudó a la gente y alivió su sufrimiento, no digo que eso sea malo, solo digo que, a mi modo de ver, era tan egoísta y ambiciosa como cualquiera. El problema que comporta esta manera de pensar es que para evitar la ambición y el egoísmo no deberías hacer absolutamente nada: ni malas ni buenas acciones. No hagas nada: no te atrevas a interferir en el mundo. Sé que esto prácticamente no tiene sentido, pero es lo que pensé cuando Nareem se sentó a mi mesa.

Ella debió de percibir en mi silencio alguna clase de juicio o recelo (o idiotez), pues me miró con auténtica perplejidad como si fuese sordomudo o algo por el estilo y, pronunciando las palabras con mucha lentitud y claridad, me dijo:

—Hay sitio en nuestra mesa. ¿Te gustaría sentarte con nosotros?

Y entonces me di cuenta de que era amable de veras. Su amabilidad era sincera. Estaba equivocada, pero era amable. No sabía lo que estaba diciendo. Me decía que fuera a sentarme a su mesa como si eso fuese algo que yo pudiera hacer. Como si yo pudiera levantarme y sentarme a su mesa y convertirme en una persona sentada a su mesa. Como si convertirme en una persona sentada a su mesa solo requiriese que me levantara y bajara a su plataforma y me sentara a su mesa.

—No, gracias, estoy bien solo —le dije.

—¿Entonces eres un perdedor?

—¿Qué? —No podía creer que me hubiera llamado perdedor.

—Eres un solitario —corrigió—. Te gusta estar solo.1

—Sí.

—Eso está muy bien, mientras seas feliz. Pero, por favor, no dejes de unirme a nosotros cuando te parezca. ¿No es esta la obra de teatro más mala que has visto en tu vida?

—Sí.

Ella se quedó mirándome un momento y comprendí que estaba tratando de decidir si debía esforzarse por prolongar la conversación o no (por «sonsacarme», supongo), pero al parecer concluyó que yo no tenía remedio. Se levantó y regresó a su mesa ocupada por chicos y chicas normales que reían alegremente.

Tenía que irme de allí. Me puse de pie y pasé entre las mesas. El vestíbulo estaba lleno de señoras que charlaban animadamente. Junto a la puerta había unas cuantas personas fumando, aspirando con avidez la nicotina de sus cigarrillos. Una de ellas era la esposa del congresista que había recibido a mi grupo en la estación de ferrocarril. Solo habían transcurrido tres días, pero parecía mucho más tiempo. Es increíble la lentitud con que pasa el tiempo cuando estás abatido.

—¿Adónde vas? —me preguntó ella cuando pasé por su lado.

—A dar un paseo y tomar el aire —respondí.

—No te alejes mucho —me dijo—. No queremos perderte.

Corrí al centro del aparcamiento y me quedé allí un momento, oculto entre dos voluminosos todoterrenos. Me sentía como si hubiera escapado de una casa en llamas. Jadeaba y pensé que si me

daba la vuelta notaría el calor del incendio en el centro comercial, así que no me volví y eché a correr por el aparcamiento y entré en el campo que estaba detrás. Caminé hacia el centro del campo, que en realidad no era un campo, tal vez lo había sido en el pasado, pero ya no era más que un espacio abierto, abandonado, inútil, con desperdicios aquí y allá. Pensé que el centro es el lugar más alejado de todos los puntos del perímetro. Puesto que no era un campo muy grande, me resultó fácil llegar al (supuesto) centro. Me bajé la cremallera del pantalón y meé furiosa y orgullosamente en el suelo, como si esa fuese la única cosa que pudiera hacer bien. Entonces miré a mi alrededor. Los cuatro lados del campo estaban delimitados por el aparcamiento del centro comercial, una autopista, una hilera de parcelas con casas idénticas, cuyas partes traseras eran exactamente iguales a las partes traseras de las otras, salvo por los diferentes patrones a los que se ajustaban sus ventanas iluminadas, como signos de braille que expresaran mensajes diferentes: el bebé duerme, papá está en casa, no hay nadie en casa, y por una larga hilera de árboles que no dejaban ver lo que había más allá. Tuve la sensación de que se me presentaban cuatro posibilidades, cuatro lugares distintos adonde ir, y, como no quería volver al teatro ni mirar por las ventanas iluminadas de las casas ni exponerme a los peligros de la autopista, la única elección posible eran los árboles: corrí hacia ellos, antes de que alguien pudiera perseguirme y obligarme a volver al teatro.

La arboleda era más densa de lo que esperaba, tanto que su masa llegaba a formar algo parecido a un bosque. Al contrario que el campo, en el que estaban diseminados los repugnantes desechos de los seres humanos, el bosque, por lo menos en la oscuridad, daba la sensación de virgen. No sé por qué será, pero a menudo me pregunto cuándo fue la última vez que unos pies o manos tocaron determinado lugar, que unos ojos lo contemplaron. En la ciudad hay una pequeña zona en la esquina de LaGuardia Place y la calle Houston que han vallado y le han permitido que regrese a su estado primigenio, antes de que los holandeses compraran Manhattan a los indios por veinticuatro dólares. Me gusta mirarlo cuando paso por allí y, aunque solo parece un solar abandonado cubierto de hierbajos, siempre tengo la sensación de que veré algo sorprendente al otro lado de la valla: un zorro, una tortuga o un coyote que milagrosamente ha vuelto a ese prístino trocito de terreno. Creo que eso se debe a que deseo sentir que el tiempo puede moverse hacia atrás tanto como hacia delante, que podemos regresar a aquel momento en que Manhattan era, en palabras de F. Scott Fitzgerald, «un fresco y verde pecho del nuevo mundo», no la sucia entrepierna marrón que es ahora. Así que miro cada vez que paso por allí, pero normalmente lo único que veo son botellas de zumo Snapples, condones usados y boletos de la lotería que no han tocado.

Me interné más en el bosque, bajé por una pendiente y llegué a una especie de alcantarilla por donde discurría un pequeño arroyo. El agua era un poco maloliente y me alegré de que al estar tan oscuro no viera lo contaminada que estaba. Me sentía muy raro y frágil y, como no podía olvidar la imagen del centro comercial en llamas, me puse en cuclillas y me cubrí la cara, empujándome las órbitas de los ojos con los pulpejos de las manos. Encajan a la perfección, como dos mitades de un conjunto, y mis manos tienen el tamaño preciso para servir de apoyo al cráneo. Que tu forma te procure comodidad me parecía otro ejemplo de lo bien diseñados que estamos los seres humanos. Me mantuve así y emití un suave tarareo que me alejó todavía más del mundo.

Al cabo de un rato recordé el teatro, el autobús, «El aula norteamericana» y el resto de mi vida. Me había propuesto regresar al aparcamiento, esperar a que la obra hubiera terminado y volver en el autobús con todos los demás, pero de una manera extraña sabía que, al huir del teatro, había huido de mucho más y que mi acción era irreversible, que había cortado con «El aula norteamericana» como si, al igual que habría hecho un zorro que hubiera caído en una trampa, yo ya me hubiera roído y arrancado un miembro para alejarme renqueando.

Sabía que, una vez en el autobús, se percataría de mi desaparición y que Susan Porter Wright recordaría haberme visto en el intermedio. Yo no sabía qué harían, pero pensé que lo mejor sería que me alejase de allí tanto como pudiera.

Crucé de un salto el pequeño arroyo, subí por el lado opuesto de la alcantarilla y me abrí camino a través del bosque oscuro. Pasé por encima de una valla de alambre y entré en un jardín trasero. En la oscuridad distinguí a corta distancia una estructura con un tobogán, dos columpios normales y uno para niños muy pequeños. Entonces vi un bebé sentado en ese último columpio, ladeado, y pensé ¡Dios mío, alguien se ha dejado una criatura en el columpio!, pero, al acercarme, comprobé que no se trataba de un bebé sino de una muñeca. Me sentí como un idiota y miré a mi alrededor como si alguien pudiera haber estado mirándome e intuido mis pensamientos, pero no había nadie. Enderecé la muñeca y di un fuerte empujón al columpio. Cuando llegó a la máxima altura, la muñeca salió despedida y, tras una magnífica caída, se estrelló de cabeza en medio del césped.

La dejé allí y me acerqué más a la casa, hacia la única ventana de la planta baja que estaba iluminada. Me aproximé con sigilo, lo bastante cerca para ver el interior, una sala de estar o estudio o habitación de recreo o algo así de saludable. Un hombre y una mujer estaban sentados en el suelo, entretenidos con un juego de mesa, y detrás de ellos un perro perdiguero dorado dormía en un sofá. El televisor estaba encendido, pero yo solo veía la luz de la pantalla y no podía saber si lo estaban mirando. Fuera lo que fuese, no parecían estar prestando atención: estaban volcados en el juego, palmoteaban y reían. Se divertían tanto que parecían protagonizar el anuncio de aquel juego, demostrando lo muy divertido que era. Solo veía al hombre de espaldas, pero la mujer estaba de cara. Tendría unos cuarenta años, llevaba un albornoz y el cabello retirado con una diadema. Parecía estar pasárselo realmente bien y pensé que era raro y un poco inquietante que un matrimonio estuviera jugando a un juego de mesa un miércoles a las diez de la noche. No tenía mucha experiencia de la vida que se llevaba en los barrios residenciales, pero pensé que aquello no era tan saludable como parecía. Entonces se me ocurrió que tal vez se tratara de uno de esos juegos de mesa eróticos a los que juegan las parejas para devolver la pasión a sus matrimonios sin sexo. En una ocasión tuve la horrorosa experiencia de encontrar uno de ellos («Excitación en América») debajo de la cama de mis padres. Pero el juego a que se dedicaba aquella pareja no parecía muy erótico: arrojaban dados, movían hombrecillos por el tablero y contaban casillas. Entonces el perro alzó la cabeza, me miró directamente a través de la ventana y ladró ligeramente. «Oh, calla, *Horace*», le dijo la mujer. Estaba contando espacios en el tablero y no levantó la vista, pero el hombre volvió la cabeza y me miró y vi que no era un hombre: era un adolescente con síndrome de Down. Me miró fijamente un momento con sus ojos extrañamente inquietantes, pero no creo que pudiera verme allí, de pie en la oscuridad. Entonces el perro ladró de nuevo, el chico le dijo algo a su madre y ella se levantó. Mientras ella se acercaba a la ventana, yo retrocedía en la oscuridad. La mujer se inclinó ante el negro cristal, apoyó las manos ahuecadas y escudriñó el exterior. Retrocedí más y entonces corrí por un lateral de la casa y bajé por el sendero de acceso hasta la calle.

Corrí un buen trecho calle arriba porque quería alejarme de aquella casa. Todo en ella me asustaba, la muñeca abandonada en el columpio, el marido convertido en un hijo mongólico y el temor con que la madre había mirado por la ventana. La calle estaba desierta pero brillantemente iluminada por farolas que parecían reflectores. Al doblar la esquina, vi delante de mí un hombre que paseaba a un perro, así que crucé la calzada y seguí corriendo, pero el hombre debía de ser uno de esos hombres que dan la alarma de las patrullas de barrio porque gritó algo y empezó a perseguirme. El perro ladró. En la esquina vi que un autobús se detenía junto a la marquesina de una parada y se

abría la portezuela. Una mujer gruesa cargada con varias bolsas de la compra bajó tambaleante los escalones y pensé que si seguía corriendo y subía al autobús, el hombre con el perro pensaría que corría para no perder el autobús y no que huía del escenario de un delito, lo que, en cierto modo, tenía la sensación de estar haciendo por haber estado observando el interior de aquella casa espeluznante. Aun sabiendo que no iban a detenerme por entrar en una propiedad ajena y mirar por la ventana a gente que jugaba, me sentía culpable, como si hubiera cometido un delito.

1Juego de palabras intraducible entre *loser* (perdedor) y *loner* (solitario).

10

Junio de 2003

Guardé silencio un momento y contemplé las estanterías de la doctora Adler. Observé que había cambiado de sitio *La edad de la inocencia*, pues lo había pasado del estante inferior a uno de los superiores. Me pregunté si en ese gesto había algún mensaje para mí o si era un acto azaroso. Probablemente la persona que limpiaba lo había puesto allí.

—¿Y entonces qué ocurrió? —me preguntó la doctora Adler.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que sabes perfectamente lo que quiero decir. Es una pregunta bastante sencilla.

—Lo sé. Quería saber por qué me lo preguntaba. Si quisiera contarle lo que ocurrió después, se lo diría.

—¿Ah, sí? No estoy segura de que lo hicieras.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

La doctora Adler suspiró fatigadamente, algo que me pareció poco profesional por parte de una psiquiatra.

—Creo que eres lo bastante inteligente como para saber lo que estás haciendo —me dijo—. Y me parece que eso no nos ayuda a ninguno de los dos. Seguramente es precisamente eso lo que te motiva a hacerlo. —Me quedé mirándola. Nunca se había expresado de esa manera y yo estaba sorprendido. Ella sostuvo mi mirada, su expresión era dura, diáfana e inmutable—. A veces no se puede hablar contigo porque lo pones muy difícil. Muchas veces, la verdad. Creas obstáculos. ¿Por qué crees que haces eso?

—Porque no quiero que la gente me hable —respondí.

—¿Por qué?

—No lo sé. No quiero, sencillamente.

—Creo que sí lo sabes —dijo ella.

—¿No podríamos dejarlo correr? ¿No puedo limitarme a contarle lo que ocurrió a continuación?

—Déjalo correr si lo prefieres y cuéntame lo que quieras.

—¿Y si quiero dejarlo correr todo y no decirle nada?

—Entonces supongo que, entre otras cosas, deberías dejar de venir a verme.

Se echó atrás en su asiento (en un momento determinado y, sin que me diese cuenta, se había inclinado adelante), se cruzó de brazos y me miró amable y pacientemente, como si pudiéramos estar allí sentados por siempre jamás. En su rostro apareció una leve sonrisa, como si recordara algo bastante grato sucedido hacía mucho tiempo.

No sé por qué, pero fue un momento agradable, uno de esos momentos en los que todo parece estar en su lugar. Los lápices en la taza del Museo Guggenheim sobre su mesa, inclinados en distintos ángulos y direcciones, como esos bellos arreglos florales en apariencia informales pero que requieren una gran pericia artística, me daban la impresión de que eran el centro del Universo y que todo se expandía a su alrededor, todos los demás objetos sobre la mesa, el consultorio, el edificio, la manzana de casas, la ciudad y el ancho mundo.

—Me gusta mucho que todo esté donde está —le dije.

Ella asintió como si entendiera de qué le estaba hablando.

—Lo que ocurrió a continuación fue que el autobús se dirigió al distrito de Columbia, me apeé en un barrio elegante con muchos hoteles bonitos, entré en el más bonito de todos y usé la tarjeta de crédito de mi madre para registrarme. Estaba preocupado porque no llevaba maleta y en las películas los empleados de hotel siempre sospechan de la gente que se registra sin equipaje, pero eso no parecía ser ningún problema en aquel hotel. Entonces subí en el ascensor y utilicé la pequeña tarjeta

que servía de llave para entrar en la habitación. Era como debe ser una habitación de hotel, estaba muy limpia y silenciosa. Y había algo en aquel silencio que me producía una sensación rara, como si no debiera hablar ni moverme para no turbar la quietud que había allí. Quería permanecer en la habitación lo menos posible, afectarla lo mínimo con mi presencia. Por eso me tendí con mucho cuidado en la cama, procurando no desordenar el edredón.

»Allí acostado, pensé en lo que había hecho. Sabía que abandonar el teatro estaba mal y que no volver al autobús también estaba mal, pero eso ya no tenía remedio, así que no hice nada. Pensé que lo mejor que podía hacer sería no hacer nada, de esa manera las cosas no empeorarían. Pensé en ese juramento que hacen los médicos: Ante todo, no perjudiques, y me lo repetí una y otra vez, *Ante todo no perjudiques, no perjudiques, no perjudiques...* Eso estuvo muy bien, porque no quería hacer ni pensar nada y, en algún momento, me quedé dormido.

»Me pasé la mayor parte del día siguiente deambulando por el distrito de Columbia. Temía encontrarme con «El aula norteamericana» en alguna parte o que pasaran por allí y alguien mirase por la ventanilla del autobús y me viera, pero pronto comprendí que eso no podía suceder. Nadie sabía dónde estaba ni quién era. Hacía un día hermoso, cálido y primaveral, todo verde y floreciente. Los árboles tenían hojas nuevas, hojas limpias, frescas y nuevas, como cogollos de lechuga. Ensalada de la huerta.

»Cuando oscureció regresé al hotel y cené en el restaurante. Se trataba de un restaurante de lujo, malísimo, eso sí, pero como afortunadamente vestía mi ropa de “El aula norteamericana” debí de parecer un joven elegante, recuerdo haberme sentado solo y tomar una cena muy cara y mala, pensando que los demás clientes del restaurante me miraban y se preguntaban quién era y qué hacía allí cenando solo.

»Y entonces subí a la habitación y dormí como la noche anterior, encima del edredón. Creo que pensé que si no dejaba ninguna prueba de mi paso por aquella habitación de hotel, podría sostener no haber estado nunca allí; pensé que mi madre no podría enfadarse conmigo por haber pagado con su tarjeta de crédito una habitación de hotel de trescientos dólares si apenas había tocado nada, si no usaba las toallas ni la bañera con remolino ni los productos de cortesía, todos ellos productos de baño naturales aromatizados con flor de cananga, si no me acostaba entre las sábanas de algodón puro ni ponía pornografía en la televisión... —hice una pausa—. ¿Está a punto de terminar la sesión?

La doctora Adler miró más allá de mí, como si pudiera saber la hora escudriñando el futuro, pero yo sabía que solo estaba mirando el reloj estratégicamente situado en el estante frente a ella.

—No —respondió—. ¿Por qué?

—Porque si no queda tiempo no quiero hablar de lo que ocurrió al día siguiente.

—No te preocupes por eso. No hay ningún paciente más después de ti. ¿Qué ocurrió al día siguiente?

—Al día siguiente me levanté, desayuné en Au Bon Pain y leí *The Washington Post*. Había una pequeña noticia sobre mi desaparición y una foto. El pie de foto decía: «James Sveck, muchacho inadaptado, desaparecido».

—¿Te estás inventando eso? —me preguntó la doctora Adler.

—No, es la verdad. Yo era el inadaptado desaparecido. Mírelo en Google si no me cree. Entrevistaron a Nareem Jabbar por haber sido la última persona que había hablado conmigo y ella dijo que yo era un inadaptado. Bueno, en realidad dijo que yo no encajaba en el grupo, pero «James Sveck: no encajaba en el grupo y ha desaparecido» no es un buen pie de foto.

—Muy bien —dijo ella—. Continúa.

Estuve callado un momento, porque no me gustaba su manera de darme instrucciones.

—Sabía que nadie me reconocería porque la foto publicada en el periódico era la del anuario del tercer curso, cuando llevaba el pelo largo. Debo admitir que parecía bastante inadaptado.

»Después de desayunar fui a la Galería Nacional. Es increíble que sea gratuita. Puedes entrar salir y entrar de nuevo. Cuando doy con algo tan bueno, cosa que no ocurre casi nunca, me gusta aprovecharlo, así que salgo por una puerta y entro por otra para disfrutar de la agradable sensación de entrar gratis en un museo. Pasé allí mucho tiempo. Y fue extraño, como si nunca hasta entonces hubiera estado en un museo. Y sentí que era extraordinario poder entrar y mirar todos aquellos cuadros antiguos, bellos y valiosos. Podías mirarlos de cerca, sin nada entre ti y la pintura. Y avancé muy despacio, mirando cada cuadro y percibiendo algo hermoso en cada uno de ellos. Incluso las feas naturalezas muertas de pescados o conejos linchados y hasta las sangrientas pinturas religiosas, si te detenías a examinar pequeños fragmentos, digamos un par de centímetros cuadrados, revelaban su hermosura, y me puse a pensar en la diferencia entre aquellas salas de cuadros y el restaurante-teatro, las gratas sensaciones sobre la vida que me inspiraban aquellas obras y lo mal que me había sentido en el teatro. Sabía que la vida no consiste en elegir entre la Galería Nacional y un restaurante-teatro, pero de alguna manera sentía que los dos no podían coexistir; en un mundo con aquellas obras de arte colgadas en hermosas salas a las que cualquiera que pasara por la calle podía acceder, ¿cómo era posible que existieran también mamás televisivas actuando en una obra de teatro terrible mientras el público las miraba y comía pollo con páprika? Supongo que a la mayoría de la gente eso le parecerá maravilloso, la variedad del mundo, que haya algo para todos, yo no sé por qué me sentía tan cercado, irritado y amenazado por cosas que no me gustan. Sabía que la había cagado y pensé: *inadaptado, inadaptado*.

»Entonces entré en una pequeña sala donde solo había cuatro cuadros, que recordaba de la última visita que hice a la Galería Nacional, durante mi viaje de octavo a Washington. Son de Thomas Cole y se titulan *El viaje de la vida*. ¿Los ha visto?

—No —respondió ella—. Creo que no.

—Da un poco de vergüenza, porque son unos cuadros muy sensibleros, malos y estúpidos. Representan las cuatro edades del hombre: infancia, juventud, madurez y vejez. En cada uno hay un personaje en una barca que navega por un río y al que guía un ángel. En el primero hay un bebé en la barca que sale de una cueva oscura. La matriz. Es por la mañana, temprano, y la corriente fluye serena a través de un valle idílico lleno de flores. El ángel está en la barca, de pie, detrás del bebé, y ambos tienen los brazos extendidos para abrazar al mundo ante ellos. En el cuadro *Juventud* es mediodía y la barca ha avanzado más por el hermoso valle. El bebé se ha convertido en un joven y está de pie, con los brazos tendidos hacia el futuro. El ángel se cierne sobre la orilla, señalando el camino como un guardia de tráfico. Las nubes se han transformado en un fantástico castillo en el aire, rodeado de cielo azul. En *Madurez* las aguas del río son tumultuosas y el paisaje es rocoso y yermo. Ha oscurecido y el cielo está lleno de nubes de tormenta. El joven es ya un hombre y sigue de pie en la barca, pero ahora junta las manos para rezar mientras la barca se dirige a los rápidos. El ángel está muy lejos, mirándolo a través de un hueco abierto en las nubes, observando la barca que se precipita adelante. Escalofriante. En el último cuadro la barca entra desde el lado contrario de la tela. Es difícil saber la hora, porque el cielo está lleno de nubes oscuras excepto muy a lo lejos, donde descienden haces de luz. Es un momento crepuscular fuera del tiempo. El río está a punto de desembocar serenamente en un enorme y oscuro mar. Un anciano está sentado en la barca y el ángel flota por encima de él, señalando el mar y el cielo oscuros. A lo lejos, otro ángel mira desde las nubes. Las manos del anciano siguen entrelazadas, pero es difícil saber si reza o si ruega al ángel que lo salve antes de penetrar en la enorme y espeluznante oscuridad.

Hice una pausa.

—Conoces muy bien esos cuadros —dijo la doctora Adler.

—La primera vez que los vi, cuando estaba en octavo, pensé que eran extraordinarios. Parecían muy profundos. En la tienda de recuerdos compré un grabado de cada cuadro; no postales, sino grabados. Invertí en ellos el dinero que mi madre me había dado para comprar recuerdos y una vez en casa les puse marcos baratos y los colgué encima de mi mesa, *Infancia* y *Juventud* arriba, y *Madurez* y *Vejez* debajo. Me gustaba mirarlos. Eran muy convencionales, pero eso me gustaba, me gustaba ver cómo cambiaban los elementos de uno a otro, cómo las nubes eran castillos en uno y nubarrones de tormenta en el siguiente, cómo el fértil valle se convertía en un desierto rocoso. Tenía un amigo del colegio que se llamaba Andrew Mooney y un día vino a casa, vio los cuadros y me dijo que eran estúpidos, una mariconada, así que los quité de la pared y creo que los tiré. En cualquier caso, me olvidé de ellos. —Hice una pausa.

—Sí... —musitó la doctora Adler.

—Me impresionó verlos de nuevo, exactamente tal como eran entonces y en la misma pequeña sala. Resultaba increíble que unas obras pictóricas tan malas se expusieran permanentemente en la Galería Nacional. Y entonces tuve la sensación irracional de que no habían estado allí, de que alguien había conocido de antemano mi visita y los había colgado de nuevo, de que aquello era una especie de trampa o algo por el estilo, pero sabía que eso no era cierto, sabía que llevaban allí colgados..... Creo que solo habían pasado cinco años desde la última vez que los había visto, pero parecía muchísimo tiempo. Ya sé que no es posible retroceder en el tiempo, pero eso es lo que me parecía que había hecho: todo lo demás desapareció, aquellos cinco años y el mundo entero, y tuve la sensación de ser dos personas. En serio. Sentía lo que había sentido a los trece años mirando aquellos cuadros y, al mismo tiempo, lo que sentía en aquel momento. Permanecí un buen rato en la sala y una y otra vez me decía que debería marcharme, pero no me iba. Un vigilante iba y venía, mirándome. Y entonces me inquieté al darme cuenta de que quería estar en el último cuadro, *Vejez*, quería estar en la barca que se deslizaba hacia la oscuridad, quería saltarme la barca de *Madurez*. El hombre a bordo de esa barca parecía aterrado y no entender su finalidad: ¿por qué dar tumbos por aquellos rápidos traicioneros, en un río que desembocaba en la oscuridad, la muerte? Yo quería estar en la barca con el viejo, que había dejado atrás todos los peligros, con el ángel cerca de mí, guiándome hacia la muerte. Quería morir.

»No lo recuerdo bien, pero creo que me eché a llorar, porque el vigilante vino y me hizo sentarme y la gente se reunió a mi alrededor y me miraron como si fuese un cuadro, vino otro vigilante y quiso sacarme de allí, reaccioné con agresividad, traté de huir, di una patada en la pared con tal violencia que causé un destrozo, el vigilante me persiguió y un hombre que estaba en la sala contigua se abalanzó sobre mí y me retuvo. Creo que pensaban que había robado y estropeado algún cuadro. El vigilante me llevó escaleras abajo, a una pequeña y horrible oficina sin ventanas, donde no había más que otra vigilante, una mujer gorda que tomaba una repugnante comida rápida Taco Bell. Y por alguna razón dedujeron que yo era el «inadaptado desaparecido». Entonces llegaron los polis, me llevaron a la comisaría y estuve allí hasta que mi padre fue a recogerme y aquella noche tomamos un tren de regreso a Nueva York.

»En el tren mi padre me preguntó qué había ocurrido. Le respondí que no era feliz y que por eso había huido y él me dijo que *Bla, bla, bla, no puedes huir siempre de lo que no te gusta. No es así cómo funciona la vida.* Y le dije que no me conocía ni me entendía, que no era desdichado en ese sentido sino en otro mucho más profundo, tan desdichado que quería morir. Él no dijo nada más, tan solo apartó mi pierna, fue al bar y compró tres de esas botellas en miniatura de Johnnie Walker.

Hice una pausa. La doctora Adler callaba. Parecía un poco distraída. Esperé a que dijera algo pero ella siguió con la boca cerrada.

—Tuve que escribir una carta a «El aula norteamericana» pidiendo disculpas por las molestias que había causado, y tuve que pagar 213,78 dólares a la Galería Nacional por el destrozo en la pared. Nareem Jabbar me envió una nota pidiéndome disculpas por haberme llamado inadaptado. Decía que lo había dicho con la mejor de las intenciones, que sus palabras significaban en realidad que no encajaba porque era un individualista, no un inadaptado.

La doctora Adler no decía nada. Llevaba una pulsera de la que pendían numerosos dijes y la hacía girar lentamente alrededor de la muñeca, como una noria. Al cabo de un momento, advirtió que la estaba mirando y se detuvo. Sacudió ligeramente el brazalete y entrelazó las manos en el regazo.

—Bueno, ¿se ha terminado el tiempo? —le pregunté.

Esta vez consultó su reloj de pulsera.

—Sí, creo que sí. —Me levanté y fui hacia la puerta—. ¿Estás bien? —me preguntó.

—Claro, ¿por qué no habría de estar bien?

—Hay muchas razones por las que podrías no estar bien.

—Hay muchas razones por las que cualquiera podría no estar bien —repliqué.

—Sí, pero eso no significa que tú estés bien —dijo ella.

Aún estaba de pie ante la puerta, cuando ella hizo algo extraño. Se levantó, vino hacia mí, extendió un brazo por mi lado y me abrió la puerta. Con la otra mano me tocó, muy ligeramente, en el centro de la espalda, y mantuvo la mano allí hasta que hube cruzado la puerta. A un observador le habría parecido que me estaba empujando al exterior, pero no era así. La levedad de su contacto me decía que no era así.

11

Lunes, 28 de julio de 2003

Como la galería cerraba los sábados y domingos durante el verano, mi madre insistía en abrirla los lunes, porque creía que las galerías que solo estaban abiertas cuatro días a la semana no eran «serias». El lunes posterior al prematuro regreso de su luna de miel, John y mi madre se pasaron la mayor parte del día detrás de las puertas cerradas de sus respectivos despachos. Nadie visitó la galería y, hacia las dos de la tarde, el cielo se oscureció y se volvió de un extraño verde cenagoso que me produjo una escalofriante sensación de fin del mundo. De repente se puso a llover. El agua azotaba las grandes ventanas como una lluvia mal fingida en una película y fui a mirar a la gente que se escabullía por la calle. Al cabo de un momento, la calle estaba desierta. Cuando me senté de nuevo, vi que una ventanita se había abierto en la pantalla del ordenador y contenía un mensaje: *Hola.*

Devolví el saludo. Al cabo de un momento apareció el siguiente mensaje: *Solo quería decirte que me gusta tu perfil.*

¿Qué perfil?, escribí.

En Gent4Gent: Ardiente e inquieto. Soy Narciso Negro. ¿Has leído mi perfil?

Ok. Comprendí que era John. Al parecer, había visto el perfil que yo había creado la semana anterior. Por un momento pensé poner: «John, soy yo, James», pero antes de que hubiera podido hacerlo John escribió: *¿Trabajas de veras en Sotheby's?*

Sí.

Vaya, eso es fantástico. Yo dirijo una galería de arte en Chelsea.

¿Cuál?

No puedo decirlo. Debo ser discreto. :-)

Muy bien. Comprendo.

¿Has leído mi perfil?

Sí. Es muy interesante.

Gracias. El tuyo también me gusta. ¿Tienes una foto?

No, lo siento.

No importa. Tu descripción es impresionante.

Gracias. La tuya también.

¿En el trabajo?

Sí.

Yo también.

¿Ocupado?

No. Hay muy poco que hacer. ¿Y tú?

Lo mismo que tú. En esta época del año apenas hay movimiento.

Cuéntame lo que haces.

Hubo una pausa y entonces oí que John se levantaba y cerraba la puerta de su despacho.

Perdona. Acabo de cerrar la puerta.

¿Quieres decir que ahora estamos solos?

Ja, ja. Un poco, sí. Me sorprende no conocerte. El mundo del arte es muy pequeño.

Puede que me conozcas.

No lo creo. La única persona a la que conozco en la sección de arte contemporáneo de Sotheby's es Kendra Katrovicht.

Pues no soy Kendra Katrovicht.

Estupendo. ¿Sabes quién soy?

¿Qué quieres decir?

He pensado que podrías conocerme o haber oído hablar de mí. En el mundo del arte hay muy pocos negros.

No conozco a ninguno. ¿Está lloviendo en el centro?

Sí, muy fuerte.

Lo mismo que aquí.

No estás muy lejos.

Lo sé. Bueno, he de volver al trabajo.

Ok. Yo también.

Ha sido agradable chatear contigo.

Lo mismo te digo. Espero que sigamos en contacto.

Claro. Te añadiré a mis favoritos.

Fantástico. Yo te añadiré también.

Hasta luego.

Seguiremos hablando. Ahora, adiós.

Adiós.

Al cabo de unos minutos John salió de su despacho. Noté que se había detenido detrás de mí y también noté su olor: siempre olía bien, un aroma cálido y limpio que me hacía pensar en su piel.

—¿Estás ocupado? —me preguntó.

—Sí, mucho —respondí—. Toma un número, siéntate y pronto te atenderé.

—Muy divertido, James. La verdad es que voy a encargarte una tarea. Me gustaría que llamas

a Sotheby's y consiguieras los nombres de todas las personas que trabajan en el departamento de arte contemporáneo, pero no les digas desde dónde llamas. No menciones la galería. ¿De acuerdo?

—¿Quieres que mienta?

—No. Simplemente, no se lo digas.

—¿Y si me lo preguntan?

—Entonces inventa algo.

—¿Quieres decir que mienta?

—Sí —respondió John.

Telefoneé a Sotheby's, les dije que era un verificador de *The New Yorker* que estaba poniendo al día la base de datos y obtuve los nombres de todas las personas que trabajaban en el departamento de arte contemporáneo. Añadí a la lista unos pocos nombres falsos y se la envié por correo electrónico a John. Unos minutos después apareció en mi pantalla una ventana con un mensaje.

Hola, decía.

Hola, escribí.

No quiero darte la sensación de que te asedio ni nada de eso, pero esta noche voy a una fiesta en el Frick y me preguntaba si querías venir conmigo.

No se me había ocurrido que John podría estar realmente interesado en un encuentro. Parecía demasiado extraño que alguien quisiera conocer de veras a alguien que, en el fondo, tal vez ni siquiera fuera una persona.

Perdona, escribió John, he pensado que sería una buena oportunidad para conocerte, pero probablemente estés ocupado.

No, escribí.

Me encantaría conocerte. Pareces muy interesante, aparte de la tontería de Gent4Gent. Es muy difícil conocer hombres inteligentes e interesantes.

¿Qué te hace pensar que soy inteligente e interesante?

Bueno, no conozco a muchos hombres estúpidos y aburridos que trabajen en Sotheby's y hayan estudiado en la Sorbona.

Estuve a punto de escribir: ni trabajo en Sotheby's ni he estudiado en la Sorbona, pero entonces recordé que lo había escrito. Y me planteé que si las personas inteligentes e interesantes estudiaban en la Sorbona y trabajaban en Sotheby's y yo no había hecho ni una ni otra cosa, ¿significaba eso que era aburrido y estúpido? A menudo pienso de esa manera ridículamente reductiva, que achaco a las matemáticas del colegio (aunque no haya llegado muy lejos en ese campo) y que me impulsa a abalanzarme sobre cualquier solución que emerja de la oscuridad de una ecuación.

¿Sigues ahí?, tecléo John.

Sí.

Bien. Creía que te habías ido, asustado. Podemos vernos en otra ocasión, si lo prefieres. O nunca. Como quieras.

No, me va bien esta noche. Me gustaría que nos viéramos esta noche.

Estupendo. Se presenta un libro sobre Fragonard. Llamaré, pediré que incluyan tu nombre en la lista y nos encontraremos allí a las seis y media. ¿Te parece bien?

Claro. Perfecto. Nos veremos entonces.

Espera, escribió John. Necesito saber tu nombre, para la lista.

Ah, sí. Philip Braque. Era uno de los nombres inventados que había añadido a la lista.

Bien. Me llamo John Webster. Nos veremos allí a las 6.30. Encontrémonos en el patio, cerca

de la fuente. Te será fácil localizarme.

¿Cómo?

Seré el único negro presente.

Nunca se sabe, escribí.

Créeme, lo sé. Nos vemos a las 6.30.

Muy bien. Hasta luego.

Estoy deseando conocerte. Nos vemos. Adiós.

Durante el trayecto hasta Frick, en el norte de la ciudad, me di cuenta de que no vestía adecuadamente para asistir a una recepción del mundillo artístico, pero ya era demasiado tarde para ir a casa y cambiarme. Me puse la camisa por fuera de los pantalones, confiando en que eso me daría un toque de sofisticación, descuidado pero elegante, como los modelos de la revista *GQ*.

Una chica de la edad de Gillian estaba sentada en la recepción del Frick. Supuse que acababa de licenciarse por Vassar o Sarah Lawrence y estaba encantada con su nuevo trabajo de asistente de prensa y comunicación de alguna editorial de libros de arte. Esa es otra razón por la que no deseo ir a la universidad, porque no quiero ser alguien que acaba de licenciarse y, con aire de suficiencia, realiza su primer «trabajo de verdad» blandiendo su poder inexistente y creyendo que será director de *Vogue* o *Vanity Fair* al cabo de uno o dos años. Era evidente que la aspirante a Anna Wintour sentada en la recepción soñaba con lujosos despachos, almuerzos en The Four Seasons y sesiones de fotos en Tánger.

—Esta noche el museo está cerrado —me dijo, con una sonrisa ruin—. Es una recepción privada.

—Lo sé. Por eso he venido.

—Ah. ¿Su nombre?

A punto estuve de decirle James Sveck, pero entonces recordé que ese no era yo.

—Julian Braque.

Ella examinó la lista de arriba abajo y volvió a hacerlo. Me miró.

—¿Ha dicho Julian Braque?

—Sí —respondí—. Con *b*. B-R-A-Q-U-E

—Sé cómo se deletrea Braque —dijo ella— y aquí no hay ningún Julian Braque. Hay un Philip Braque.

—Ese soy yo. Julian Philip Braque. Tercero. No suelo usarel primer nombre por razones profesionales. Me confunden con mi padre, Julian Braque, segundo.

—Entonces su padre sería Julian Braque *junior*.

—¿Qué?

—El nombre de su padre... El segundo es *junior* y el tercero es eso, tercero, pero no hay segundo.

—Desde luego —dije—, pero a mi padre le disgusta que le llamen *junior*. Mi padre es un hombre altísimo.

—Seguro —dijo la chica—. Bien, señor Braque, figura usted como invitado de John Webster.

—Exactamente.

—Que disfrute de la recepción.

En cuanto entré en el patio, vi a John. Estaba al lado de la fuente que había en el centro, hablando con una mujer a la que al principio tomé por mi madre, pero entonces me di cuenta de que casi todas las mujeres presentes se parecían a mi madre o, dicho con más precisión, ella se les

parecía. Todas llevaban vestidos sin mangas que exponían sus pieles bronceadas y unos collares grandes, tintineantes, de monedas y dijes producto del saqueo a diversas civilizaciones antiguas. La mujer con la que John estaba hablando tenía el cabello largo y teñido de rojo con reflejos castaños, sujeto en lo alto de la cabeza con un descuido deliberado y, mientras conversaba con John, se lo tocaba, extraía las agujas que lo sujetaban y las introducía de nuevo. John se ladeaba un poco, apartándose de ella, como si la mujer lanzara gotitas de saliva al hablar. Consultaba disimuladamente su reloj y miraba a su alrededor, pero a la mujer no parecía importarle (ni percibir siquiera) su evidente falta de atención. Me quedé junto a la pared bajo una de las arcadas. Pasó un camarero con una bandeja de copas de champán y cogí una. Cuando miré de nuevo a John, me estaba mirando fijamente. Parecía sorprendido y perplejo. Levanté la copa, como si brindara por él, y tomé un sorbo. Él pidió disculpas a la mujer de cabello rojizo y se me acercó.

—¿Qué haces aquí, James? —me preguntó.

El tono exigente, casi de censura, en que me hizo la pregunta me molestó, como si fuese un niño en pijama que hubiese irrumpido en la fiesta de los mayores.

—¿Qué quieres decir?

—No bromees conmigo, James. ¿Qué haces aquí? Sé que no estabas invitado.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Estabas invitado?

—Sí, se podría decir que sí.

—¿Se podría decir que sí?

—Me invitó un invitado —respondí.

—¿A quién conoces aquí?

Miré a mi alrededor, esperando ver a alguien conocido o al que pudiera fingir que conocía, pero salvo la dama del cabello rojizo, con la que experimentaba una vaga proximidad, casi una relación, no había nadie. Miré de nuevo a John.

—A ti —le dije.

—Yo no te he invitado.

—Sí que lo has hecho —le dije, consciente de lo infantil que parecía.

Él me miró un momento con extrañeza, como si nunca me hubiera visto hasta entonces.

—No te he invitado, James. He invitado a otra persona y, si mi disculpas, iré a ver si está ahí.

Cuando empezó a irse, le dije:

—No está ahí.

Él se volvió hacia mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, podría decirse que está aquí...

—Basta de tonterías, James, no lo encuentro divertido.

Deslicé mi mirada por el patio, como si Philip Braque pudiera estar realmente allí, pero no estaba, claro.

—Soy yo —le dije.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó John.

—Philip Braque soy yo.

—¿Entonces ha sido contigo con quien he chateado esta tarde?

—Sí.

John me miró un momento y al cabo dijo:

—Perdona, James, pero estás muy mal de la cabeza. Que te jodan. —Giró sobre sus talones y se

dirigió a una de las salas laterales.

Había pronunciado las últimas palabras tan alto que las personas más cercanas se volvieron a mirarme. No sabía qué hacer. Tomé unos sorbos de champán, pero la mano me temblaba y vertí un poco en la pechera de mi camisa. Fingí no haberme dado cuenta. Me sentía muy tonto observado por todas aquellas personas elegantes y triunfadoras, con la camisa mojada y por fuera de los pantalones, algo que, acababa de comprobar, no me daba un toque sofisticado sino estúpido. Seguí allí un poco más, para no dar la impresión de estar huyendo y, cuando consideré que había dejado bien clara mi ecuanimidad, me di la vuelta y crucé el patio hacia el vestíbulo. Mi amiga estaba colocando hileras de bolsas con un regalo en el suelo de mármol.

—No se olvide de su regalo, señor Braque —me dijo cuando pasé apresuradamente por su lado hacia la salida.

Me quedé un momento en la acera, aturdido, tratando de explicarme lo que había ocurrido, pero en lo único que podía pensar era en que John me había dicho que estaba mal de la cabeza.

Oí que alguien pronunciaba mi nombre y me volví. John estaba detrás de mí. Vi que llevaba una bolsa de regalo y pensé de una manera absurda que, si había cogido una de aquellas bolsas, no podía estar enfadado, pero sí lo estaba.

—Ven conmigo —me dijo.

Me cogió del brazo por encima del codo y me llevó a la esquina de la Quinta Avenida, donde permanecimos un momento en silencio. Pensé que tal vez se disponía a parar un taxi, pero ¿adónde me llevaría?, ¿a algún sitio solitario donde poder matarme? Entonces cambió el semáforo y cruzamos la calle. Caminamos una o dos manzanas en dirección norte y entonces entramos en el parque y fuimos hacia un banco, donde él, con cierta rudeza, hizo que me sentara.

Serían las siete de una hermosa tarde veraniega y el parque estaba denso, verde y encantador. El parque siempre me asombra: el mero hecho de que exista ese enorme espacio abierto en medio de la ciudad. La gente paseaba o patinaba o corría. Todo el mundo parecía tranquilo y feliz.

Durante un rato estuvimos sentados sin decir nada. Temía mirar a John, así que me puse a mirar a los transeúntes. Debí de pensar que, si no lo miraba, él no hablaría, que podríamos estar eternamente sumidos en la idílica quietud que nos rodeaba. Y entonces, de repente, no pude soportar el silencio, la espera a que él me hablara, y le dije:

—Lo siento.

Él no reaccionó, tan solo emitió un extraño gemido. Le miré. Estaba inclinado adelante, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. ¿Lloraba?

—Estoy muy enfadado contigo, James —me dijo al cabo de un momento.

—Lo sé —dije—. Y lo siento...

—No, creo que no lo entiendes. Escúchame. —Pero no hablé de inmediato. Un setter irlandés pasó trotando por delante de nosotros, tirando de un hombre con patines que iba detrás—. Lo que has hecho ha sido despreciable, James. Ha sido cruel. No puedes jugar con la gente de esa manera. No es divertido. Es evidente que no tienes idea de lo que significa para mí pensar que he conocido a un hombre interesante que se interesa por mí. Significa mucho. No hay nada que desee más que eso. Nada.

—Lo siento —repetí.

—Ha sido muy cruel. Si fueras adulto, lo comprenderías. ¿Creíste que era divertido?

—No —respondí—. Bueno, sí, en cierto modo. No creí que te lo tomarías tan en serio. Creí que solo pensarías...

—¿Qué?

—No lo sé. Ha sido una estupidez, de acuerdo, pero creí que así te impresionaría, siendo capaz de crear a una persona que te gustara.

—¿Crees que no me gustas?

—Sí, supongo que sí, pero no digo de ese modo. Pensé que te gustaría más...

—¿Qué quieres decir?

—Lo que pensé, supongo, es que si podía crear a una persona que te gustara, verías que yo soy esa persona.

—Pero no eres esa persona. No lo eres, en absoluto.

—Lo sé. Imagino que no me gusta ser quien soy y quiero ser esa persona. Me gustaría serlo.

—Pues entonces conviértete en esa persona. Trabaja y vete a estudiar a la Sorbona, pero no juegues con los demás.

Quería decirle de nuevo que lo sentía, pero sabía que era una excusa demasiado pobre. Lo dije, de todos modos, porque no sabía qué otra cosa decir.

Estuvimos un rato sentados en silencio y entonces John se levantó.

—Me voy caminando al West Side —dijo.

Como no sabía por qué me decía eso, no supe cómo reaccionar.

—Vale.

—Siento mucho que haya ocurrido esto —me dijo—. Estoy muy decepcionado contigo. —Entonces giró sobre sus talones y empezó a alejarse rápidamente de mí.

No sabía qué hacer. Me quedé allí sentado hasta que oscureció. Ocurrió muy despacio, de una manera casi imperceptible. En un momento determinado, cuando parecía que aún quedaba algo de luz en el cielo, los faroles que bordeaban los senderos se encendieron y entonces resultó difícil distinguir la luz real de la artificial. O supongo que la luz de los faroles no era menos real que la luz del cielo, pero había algo falso en ella, y, finalmente, al cabo de un buen rato, esa fue toda la luz que quedó.

12

Lunes, 28 de julio de 2003

Cuando llegué a casa, un hombre estaba sentado en el sofá de la sala y lloraba. Se inclinaba adelante, con la cabeza apoyada en las manos, cubriéndose la cara; pero supe que lloraba por el sonido que emitía. Por un momento pensé que debía de ser mi padre, porque no se me ocurría qué otro hombre podría estar llorando en nuestro piso, pero cuando cerré la puerta aquel hombre me miró. Y era el señor Rogers. Siguió encorvado, volvió a ponerse las manos en la cara y lloró tal vez durante medio minuto más. Entonces dejó de hacerlo bruscamente, como si estuviera conectado a un temporizador y lo hubieran detenido. Se irguió en su asiento y me miró de nuevo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté y, aunque no me había propuesto tal cosa, pareció que estaba interrogándolo.

—Tu madre me pidió que viniera a recoger mis cosas —respondió—. Y a dejar mis llaves. —Levantó un llavero y lo hizo tintinear.

—Ah. Pues ahora no está en casa.

—Lo sé. Por eso he venido. Me ha pedido que viniera durante su ausencia. Dijo que no quiere volver a verme nunca más.

Pensé que yo no estaba en condiciones de refutar o corroborar esas palabras, por lo que no dije nada, pero el señor Rogers me miraba como si esperase una respuesta.

—Bien, ¿necesitas mi ayuda? —le pregunté.

—No, a menos que quieras prestarme un hombro sobre el que llorar.

Supuse que lo decía en broma, pero parecía tan sincero que no estuve seguro. Intenté sonreírle, dándole a entender que me apenaba y lo encontraba divertido al mismo tiempo. Mi expresión debía de ser extraña, porque me dijo:

—No es necesario que me mires así, James.

—Perdona —le dije, y me dirigí al pasillo.

—¿Qué te ha dicho ella? —le oí decirme.

—¿Qué?

—¿Qué te ha contado tu madre?

—¿Sobre qué?

—¿Qué te ha dicho sobre lo que nos ocurrió en Las Vegas?

Giré sobre mis talones y lo miré.

—Me dijo que le habías robado las tarjetas de crédito mientras dormía y las habías usado para perder unos tres mil dólares.

El señor Rogers no dijo nada y me miró como si creyera que yo iba a continuar. Supongo que esperó hasta que estuvo claro que no iba a decir nada más.

—Legalmente, una vez casados, las tarjetas eran de titularidad común. ¿Te dijo algo más?

—No. ¿Es que hiciste algo más?

—Hice muchas cosas —respondió—. Si pasas unos días en Las Vegas con alguien, haces muchas cosas.

Esa era exactamente la clase de afirmación idiota que el señor Rogers tendía a hacer y que, cuando lo conocí, hizo que me formara una mala opinión de él.

—Quiero decir si hiciste algo más que pudiera haber molestado a mi madre.

—Al parecer, todo lo que hago le molesta a tu madre. Ojalá hubiera llegado a esa conclusión antes de casarse conmigo.

—Pero en ese caso dudo de que se hubiera casado contigo.

—Ese fue mi razonamiento.

—Tal vez si le hubieras robado el dinero antes de casaros, no habría tomado esa decisión.

—No se lo robé —dijo el señor Rogers—. Como te he explicado, el dinero era de los dos. Y, en cualquier caso, lo tomé prestado. Tenía intención de devolverlo. La verdad es que planeaba ganar mucho dinero y devolverle más del que había invertido.

—No creo que fuese un plan muy bueno, la verdad —le dije.

—Lo sé. —Se recostó en el sofá y entonces se llevó el brazo a la espalda y sacó uno de los huesos de cuero crudo de *Miró*, que a este le gusta esconder entre los cojines. El señor Rogers lo miró de un modo inquisitivo y lo tiró al suelo. Se restregó las manos y exhaló un suspiro—. Eso es lo triste del asunto. Sabía que era un mal plan. Incluso mientras lo estaba poniendo en práctica, lo sabía. Me dije que sería estupendo, que ganaría mucho dinero, sería feliz y ella también, la llevaría a ver a esos domadores de leones amariconados, tomaríamos champán y comeríamos huevas de pescado, pero, claro, sabía que era un error, un terrible error. Y de todos modos lo hice. Es lo terrible de tener una adicción. Incluso cuando estás haciendo eso que tanto te gusta, sabes que está mal, sabes que eres débil y sabes que probablemente te estás arruinando la vida.

Ese discurso me tomó por sorpresa y no estuve seguro de cómo debía responder. El señor Rogers volvió a apoyar la cabeza en las manos, pero no emitió ningún sonido.

—¿Te refieres a caviar? —le pregunté al cabo de un momento.

No sé por qué lo hice. Tenía la sensación de que debía decirle algo y eso fue lo único que se me

ocurrió. Él me miró.

—¿Qué?

—Has dicho que comerías huevas de pescado.

—Las huevas de pescado son caviar.

—Lo sé, pero la mayoría de la gente las llama caviar.

—Pues yo las llamo huevas de pescado —dijo—. ¿Cuál es el problema?

—Ninguno.

—¿Crees que eres mejor que yo porque dices caviar? —El señor Rogers me dirigió una de esas miradas que se suelen describir como «fulminantes»—. Nunca te he gustado, ¿verdad? Eres un cabroncete arrogante, un hijo de puta que no tiene ni puñetera idea de nada. —Se levantó del sofá con una exagerada lentitud, como si su situación fuese demasiado abrumadora para él, y cogió la maleta que estaba en el suelo. La puso suavemente sobre el sofá y la examinó con detenimiento, como si pudiera ser una maleta equivocada. Entonces le dio unos golpecitos afectuosos, como si fuese su verdadero amor y la estuviese rescatando del atroz ambiente de nuestro piso. Me miró—. He dejado en el dormitorio el Nordic Track, esa mierda para esquiar. Puedo volver y llevármelo o puedes quedarte con él. O dejarlo en la calle. Tíralo por la ventana. Haz lo que te parezca.

En los primeros y eufóricos días del idilio entre el señor Rogers y mi madre, esa época en que la gente, al parecer, cree en la posibilidad de los milagros, él había comprado un simulador de esquí Nordic Track y lo había instalado en el dormitorio de mi madre, donde se proponía esquiar veinte minutos cada noche antes de acostarse, a fin de recuperar la (supuesta) plenitud de su cuerpo.

—No te preocupes —le dije—. Yo me encargaré.

—Supongo que este es para mí el final del camino —dijo el señor Rogers—. Por lo menos el de este camino en concreto.

Pensé en decirle que los trámites del divorcio y el proceso penal que mi madre pudiera iniciar contra él prologarían el camino, pero no lo hice, porque tenía un aspecto muy penoso, de pie, con su maleta, como el dibujo de Willy Loman en la portada de *La muerte de un viajante*.

—Bueno, adiós —le dije.

—Sí, eso es. Bueno, adiós.

Se me acercó y durante un instante terrible temí que fuera a abrazarme, pero extendió el brazo y me dio las llaves. Entonces se volvió y fue hacia la puerta, que yo no había cerrado al entrar.

Esperé, atento al sonido de sus pisadas escaleras abajo y el golpeteo de la maleta en cada escalón y, entonces, cuando estuve seguro de que se había ido, cerré la puerta con llave y eché el pestillo. Tenía la extraña sensación de que había alguien más en el piso. Debía de ser por la impresión recibida al abrir la puerta y ver al señor Rogers sentado en el sofá, pero temía que todas las demás habitaciones estuvieran ocupadas por desconocidos, así que recorrí el piso, examinando habitación por habitación. Naturalmente, no había nadie más que *Miró*, que dormitaba en la cama de mi madre. Levantó la cabeza, me miró con desinterés, exhaló un suspiro crítico y volvió a ponerse cómodo. Observé que en el suelo, al lado de la cama, había un papel doblado y supuse que *Miró* lo había hecho caer. Lo recogí y desdoblé. Se trataba de una nota que el señor Rogers dirigía a mi madre:

Querida Marjorie:

Estoy muy triste y decepcionado. Siento haberme fallado a mí mismo, pero lamento mil veces más haberte fallado a ti. No sabes cuánto lo lamento: haberle fallado a la persona que me

devolvió la vida. Espero que sepas que siempre te querré. Soy un estúpido y es muy poco lo que sé de la capacidad de perdonar, pero si fueras capaz de perdonarme sé que jamás volvería a decepcionarte. Por favor, dame esa oportunidad. Tu marido que te ama,

Barry

Pensé que tal vez debería tirar la nota. Sabía que disgustaría a mi madre y, como no iba a volver con el señor Rogers, ¿qué sentido tenía que la leyera? Ya la había disgustado una vez, ¿para qué darle otra oportunidad? Entonces recordé que en *Tess, la de los Urberville*, Angel Clare no encuentra la nota que Tess desliza por debajo de la puerta porque el papel se mete debajo de la alfombra y que ese es el motivo principal de que sucedan muchas cosas atroces y ella acabe muerta, por lo que decidí no inmiscuirme en el curso natural de los acontecimientos.

Me preparé un bocadillo de huevo frito, me comí el único yogur con sabor a fresa que quedaba en el frigorífico y fui a mi dormitorio. Me senté ante el ordenador y busqué casas en Indiana, viviendas de tres dormitorios y dos baños construidas antes de 1950 y disponibles por menos de doscientos mil dólares. Había muchas, algunas muy bonitas, hechas de piedra, de auténticas piedras que no son idénticas, con porches cubiertos y pilas para pájaros en el jardín delantero, esos jardines con grandes y viejos árboles que se elevan por encima de la casa, unos árboles que tal vez caerían sobre la casa si los alcanzara un rayo, aunque probablemente eso nunca ocurrirá.

Poco después de las once oí que mi madre y Gillian volvían a casa. Habían ido a ver *Larga jornada hacia la noche*, un regalo a Gillian por su vigesimoprimer aniversario. Ninguna de las dos parecía pensar que ver una tragedia de cuatro horas de duración sobre la familia más dramática y disfuncional que ha existido jamás era una extraña manera de celebrar un cumpleaños, pero tal es la dinámica de mi familia. La puerta de mi habitación estaba cerrada y mi madre llamó suavemente.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Estás despierto?

—No.

—¿Has sacado a *Miró*?

—No.

—¿Lo sacarás antes de acostarte?

—Sí.

—Buenas noches —me dijo. Parecía cansada.

—¿Qué tal la obra? —le pregunté.

—Muy buena —respondió—, pero larga. Estoy agotada. Buenas noches.

—El señor Rogers ha estado aquí.

—Ah. Le dije que viniera a recoger sus cosas. ¿Lo has visto?

—Sí, estaba aquí cuando entré.

—Vaya, si ha sido incómodo para ti, lo siento.

—No te preocupes.

—Bueno, no volverás a verlo.

No dije nada, porque pensé «¿Y cómo lo sabes?». Podría verlo mañana en la calle. Tal vez leerás su nota, lo llamarás y vendrá aquí esta noche.

—Que duermas bien.

—Lo mismo digo.

Unos minutos después Gillian llamó a mi puerta.

—¿Puedo entrar?

Tras los intercambios con John, el señor Rogers y mi madre, no tenía ganas de hablar con nadie más aquella noche.

—No, vete —le dije, lo cual, claro, no impidió que entrara.

Tras mirar a su alrededor, se sentó en mi cama, como si solo hubiera querido entrar en la habitación, no hablar conmigo.

—¿Qué quieres? —le pregunté al cabo de un momento.

—Mamá me ha pedido que hable contigo.

—¿De qué?

—¿De qué crees? De esa tontería de que no vas a la universidad y te mudas al medio oeste.

—No es una tontería.

—Sí, James, lo es. Me ha encargado que venga a decirte que es una tontería. Es una tontería, James.

—No me importa. Lo que para unos es una tontería para otros está lleno de sentido.

—Eres muy listo, James. Deberías escribir un librito de aforismos.

—Que te den —le dije.

Gillian guardó silencio durante un rato.

—En serio, James —dijo finalmente—. Me gustaría que superases todo esto y fueras a la universidad.

—¿Por qué te importa que vaya a la universidad o no?

—La verdad es que no me importa, pero mamá me ha dicho que si podía convencerte para que vayas, conseguirá que papá me compre un Austin Mini Cooper descapotable como regalo de graduación. Así que, ya ves, si cooperas y dejas de ser tan tonto, todos seremos felices: mamá, papá y yo.

—¿Y yo qué?

—También serás feliz. O por lo menos no lo serás menos que ahora. Y si he de serte sincera, James, creo que serías más feliz. Que odiaras el instituto no significa que vayas a detestar también la universidad.

—No odiaba el instituto.

—Bueno, quizá me engañaras. ¿Es que me perdí algo? No recuerdo que te eligieran Míster Simpatía.

—El hecho de que no me acostase con cualquiera en el instituto no significa que lo detestara.

—Por eso era yo tan popular, pero no estamos hablando de mí, James, sino de ti. No sé qué es lo que te asusta.

—No me asusta nada.

—¿Cuál es entonces el problema?

—No voy a la universidad porque esté asustado sino porque no quiero ir.

—Sí, pero, ¿por qué no quieres ir? Si no se trata de temor, ¿cuál es el motivo?

—El motivo es que no quiero que te regalen un Mini Cooper descapotable.

—Muy divertido, James.

—Es cierto. La razón de que no vaya a la universidad es que no quiero participar en un mundo que conlleva unas maquinaciones tan desvergonzadas.

—Mira, James, siento darte la noticia, pero hay un único mundo y está lleno de desvergonzados maquinadores.

—Lo sé, no soy tonto.

—¿Qué te pasa entonces? O eres tonto o estás asustado.

—Sí, y tú o eres una pirada o un marimacho.

—Insultos, James, el último recurso de las mentes pequeñas.

—Bueno, tú me has dicho que soy tonto o estoy asustado.

—Eso son adjetivos, describen cosas; nada que ver con sustantivos, que nombran cosas. Como *marimacho*, que, por cierto, es una palabra inaceptable y repugnante porque solo se aplica a las mujeres.

—Bueno, se aplica a ti —dije.

—Creo que no estamos haciendo ningún progreso —dijo Gillian.

—¿Entonces por qué no te largas y me dejas en paz?

—Eso no sería propio de mí, James. Creo que los dos sabemos que soy más tozuda que tú y, además, me parece que quiero el Mini Cooper con más fuerza de la que tiene tu deseo de no ir a la universidad, por lo que si el cerebro no te hubiera dejado de funcionar, tomarías la decisión de ir a la universidad y ahorrarnos a todos mucho tiempo y problemas.

—Mira, aunque decidiera ir a la universidad, cosa que no va a suceder, le dejaría a mamá bien claro que la decisión ha sido exclusivamente mía y que tú no has influido para nada en ella, de modo que no te comprarían ese estúpido coche.

Gillian no protestó. Se puso de pie y empezó a dar vueltas por mi habitación, mirando los objetos y tocándolos.

—No te lo creerás, pero cuando fui a la universidad estaba asustada. Creo que la mayoría de la gente lo está, por mucha confianza que tengan en sí mismos o muy populares que sean. En cierto sentido empiezas una nueva vida y eso es algo que asusta. Y al principio la detestaba. ¿Te acuerdas de aquella horrible compañera de clase que tenía, Julianna Schumski, que se parecía a Bozo el Payaso y no paraba de tirarse pedos? Y todo el mundo parecía retrasado mental o extraterrestre. Aquello era espantoso. ¿Pero pienso que ojalá no hubiera ido nunca a la universidad? Pues no.

—Es curioso, pero tu discursito no me conmueve lo más mínimo.

—A ver qué te parece esto entonces: vas a la universidad, yo consigo el Mini Cooper y después abandonas los estudios y te vas a vivir a un iglú si te apetece.

—A ver qué te parece esto: cállate y déjame en paz.

—Eres agotador, James. Tal vez sería mejor para todos que te fueras a vivir a un iglú. —Abrió la puerta, pero no salió, sino que se detuvo en el umbral—. ¿Ha llamado Rainer Maria?

—No lo sé —respondí—. El teléfono ha sonado varias veces, pero no lo he cogido.

—¿Por qué no?

—Porque no esperaba ninguna llamada.

—Claro... Nunca te llama nadie, ¿verdad?

—Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos.

Gillian sacudió la cabeza y salió, cerrando la puerta. Esperé unos minutos y me llevé a *Miró* a dar un paseo. Dimos lentamente la vuelta a la manzana y entonces nos sentamos en los escalones de la entrada de casa. A *Miró* le gusta sentarse en el escalón superior y contemplar desde ahí a la gente y los perros que pasan. A mí también me gusta, sobre todo bien entrada una noche de verano, pues es como un desfile lento y oscuro. Pasaron un hombre y una mujer jóvenes, él apuesto y ella guapa, él con traje de lino rayado y ella con un vestido de verano pasado de moda, un poco separados mientras hablaban, él mirando adelante y ella con los brazos cruzados sobre el pecho, abrazándose a sí misma, mirándose los pies, los dedos que le sobresalían de las sandalias, ambos con la misma sonrisa alegremente contenida en los labios; y supe que se habían enamorado hacía poco, tal vez mientras

cenaban en un restaurante con jardín o terraza, tal vez ni siquiera se habían besado todavía, y caminaban separados porque pensaban que tenían todas sus vidas por delante para hacerlo cogidos de la mano y querían prolongar la espera del momento en que se tocarían tanto como fuese posible; y pasaron por allí sin mirarnos ni a mí ni a *Miró*. El hecho de mirarlos desde lo alto de la escalera me entristeció y creo que la causa fue el excesivo encanto de la escena: la noche de verano, las sandalias, sus rostros embelesados, con un júbilo momentáneamente contenido. Tuve la sensación de que había sido testigo de su momento de mayor felicidad, el pináculo, y que ya se estaban alejando de él, pero no lo sabían.

Miró siempre percibe si estoy triste. Me puso la pata en la rodilla y gimió quedamente. Quizá fuese tan solo su manera de decirme que quería volver a casa, comerse su galleta e irse a dormir, pero en cualquier caso su gesto tenía una ternura que me consolaba.

Una vez acostado, oí uno de los cedés de autoayuda que escucha mi madre. El sonido salía por su ventana abierta y penetraba por la mía. Lo escuché tendido en la cama. Una mujer hablaba serenamente, sin inflexiones ni expresividad, y cada frase estaba puntuada por un toque de gong:

El pasado no controla al futuro.

Puedes hacer más de lo que crees.

El amor nunca se desperdicia.

No dejes jamás de aprender.

Busca la belleza.

Dormir y soñar te limpian.

No respetas el sufrimiento ajeno si le concedes el poder de derrotarte.

Ten fe en la naturaleza.

Nadie puede hacer todas las cosas que tú puedes hacer.

Respetar la fuerza y la belleza de tu cuerpo.

Enfréntate a la derrota.

Cree en lo que amas.

Hacer el bien te fortalece.

Ábrete al amor de los demás.

Reinventar tu vida todos los días.

Todo cambia constantemente. Nada dura.

La voz se interrumpió al cabo de unos diez minutos, pero los toques de gong continuaron. Cada toque era más suave que el anterior y el intervalo entre los toques se alargaba más y más, hasta que dejaron de oírse.

13

Martes, 29 de julio de 2003

Al día siguiente, John no fue a trabajar. Cuando llegué, a las diez, ya había dejado un mensaje diciendo que no se encontraba muy bien y se quedaría en casa. Era un día soleado, por lo que esperaba que hubiera ido a la playa, pero me preocupaba que lo ocurrido el día anterior pudiera tener alguna relación con su ausencia.

Lamentaba que mi comportamiento lo hubiera distanciado.

Mi madre tampoco se presentó aquella mañana, pero eso no tenía nada de raro. Mi madre pensaba que nada importante sucedía antes de comer, y por eso solo los subalternos, ayudantes y

demás ralea trabajaban por la mañana.

A veces, cuando estoy solo en la galería, tengo miedo. Cualquiera que pasara por la calle podría entrar, y así sucedía con frecuencia, y el problema era que debías ser cordial y agradable aunque nada más verlo supieras que el visitante era un bicho raro. John me había dicho que si alguien parecía de veras peligroso debía decirle que la galería estaba a punto de cerrar, acompañarlo a la salida y cerrar la puerta con llave. Si se negaba a salir, tenía que avisar al guarda de seguridad del edificio, pero como este se pasaba la mayor parte del tiempo en la acera, fumando y diciendo cosas como: «Nena, nena, no pareces muy feliz, yo puedo hacerte muy feliz, nena» a las transeúntes, y como el ascensor (si funcionaba) tardaba una media hora en llegar a la sexta planta, sabía que estaría muerto antes de recibir ayuda.

Como no había nadie en la galería y nada que hacer, decidí llamar a la inmobiliaria de una de las casas en Indiana que había visto la noche anterior. Sabía que sería más fácil no ir a la universidad si tenía un plan alternativo, porque así podría verse como algo positivo, estaría haciendo algo en vez de no hacer nada. Entré en corredoresdefincas.com y busqué la casa en la que me había fijado. Los agentes eran una pareja casada, Jeanine y Art Breemer. Había una minúscula fotografía de ellos al lado de la foto de la casa. Jeanine estaba sentada y Art de pie detrás de ella, con las manos en sus hombros, como si la mujer pudiera elevarse si la soltaba. Parecía ser una mujer bastante rechoncha y bajita, que sonreía de una manera estudiada y un tanto maniaca y que claramente llevaba peluca. Art vestía una chaqueta verde azulada sobre un suéter blanco con cuello de cisne y parecía desanimado. El pie de foto decía: *Los Breemer: dos cabezas, cuatro manos, un corazón*. Aparte de ser anatómicamente incorrecto, no entendí qué tenía eso que ver con la venta de una casa.

Marqué el número, preguntándome cuál de ellos esperaba que respondiera. En realidad no deseaba hablar con ninguno.

—Acaba de contactar usted con los Breemer —dijo una voz—. Soy Jeanine, ¿en qué puedo servirle?

—Quisiera informarme sobre una casa en venta que he visto en Internet.

—¡Fantástico! ¿Qué casa le interesa? —Le dije el número—. ¿Es la de la calle Crawdaddy? ¿Sí? No me sorprende en absoluto. Esa casa es una preciosidad indescriptible. ¿Le gustaría verla? Me encantaría mostrársela.

—Sí, me gustaría verla.

—Bien, deberíamos actuar con rapidez, porque no estará mucho tiempo en el mercado. ¿Qué le parece a las dos?

—¿De hoy?

—Sí. O podría ser esta tarde, si le va mejor. Pero me gustaría enseñársela a primera hora, para que vea lo maravillosa que es la luz que tiene.

—Es que hoy no me va bien —le dije.

—Bien, ¿qué tal mañana? A cualquier hora.

—En realidad, me convendría que fuese el fin de semana.

—Perfecto. ¿Digamos el sábado a las dos de la tarde? ¿Qué le parece?

—Me parece bien.

—Estupendo. ¿Quiere darme su nombre, por favor?

—James Sveck.

—Es un placer conocerle, señor Sveck. ¿Tiene alguna pregunta sobre la casa a la que pudiera responderle ahora?

—Bueno, siento curiosidad por el nombre del pueblo. ¿Por qué se llama Edge?2

—Ah, ¿no es usted de Edge?

—No.

—¿De dónde es?

—Soy de Nueva York.

—Vaya... ¿De qué parte de Nueva York? Mi hermana vive en Skaneateles.

—Soy de la ciudad de Nueva York.

—Caramba... ¡La ciudad de Nueva York! ¿Y le interesa una casa aquí, en Edge?

—Así es. Tengo intención de mudarme.

—No es mala elección, desde luego. No sé cómo hay quien vive todavía en Nueva York. Creo que Edge le encantará. Ha sido elegido el decimosexto mejor pueblo de Indiana, ¿sabe? Ha superado a Carlisle, Muggerstown y muchos de esos otros pueblos engreídos.

—¿Y por qué se llama Edge?

—Oh, no se preocupe por eso —respondió, y soltó una risita.

Me pareció una respuesta rara, incluso por parte de Jeanine.

—No estoy preocupado... Solo lo preguntaba.

—Ah, estupendo —dijo—, porque no hay ninguna necesidad de preocuparse. ¿Quién dijo aquello de «¿Qué hay en un nombre? Una rosa es una rosa es una rosa»?

—Hummm... Eso lo dijo Shakespeare —respondí—. Y Gertrude Stein.

—¡Oh, es usted muy bueno! —exclamó ella—. Antes sabía todo eso, todas esas cosas poéticas. ¿Conoce ese poema, el *Hiawatha*? Yo era capaz de recitarlo de memoria. «En las orillas de Gitchygoomie... por donde erraba el búfalo... vivía una muchacha llamada Pocahontas...» Bueno, me he olvidado del resto, pero lo sabía todo. Es un poema encantador. ¿Lo conoce?

—No, no lo conozco.

—Pues buscaré mi viejo libro de poemas y se lo leeré cuando nos veamos. Sé que le encantará. Está lleno de rimas.

—Eso es muy tranquilizador —dije—, pero sigo un tanto intrigado por el nombre.

—Bueno, ya se lo he dicho, no es nada preocupante. Este es un lugar totalmente seguro. Más seguro que la ciudad de Nueva York, no le quepa duda. Creo que debería venir aquí y echar un vistazo a esa casa. Estoy segura de que le va a encantar.

—Es que siento curiosidad por el motivo de que el pueblo se llame Edge. Me gustaría saberlo antes de viajar allí.

—La verdad es que no tengo la menor idea. Cada pueblo ha de tener un nombre. ¿Por qué Nueva York se llama Nueva York?

—Bueno, los británicos le pusieron el nombre de una de sus ciudades, York. Antes los holandeses ya la habían llamado Nueva Amsterdam.

—Un buen ejemplo de que toda regla tiene su excepción. Pero no creo que lleguemos a ninguna parte dando vueltas a esa minucia. Mire, venga a ver la casa y, si no se enamora de ella, me comeré mi sombrero.³

Aunque sabía que esa era una frase hecha, por un momento imaginé a Jeanine Bremer comiéndose un sombrero. Por alguna razón imaginé uno de esos gorros impermeables transparentes para protegerse de la lluvia que se doblan y forman un paquetito. Mi abuela siempre llevaba uno en el bolso y, cuando yo era pequeño, me gustaba sacarlo, abrirlo y tratar de volver a doblarlo (nunca lo lograba).

—Creo que seguiré buscando —le dije a Jeanine.

—Oh, es una lástima que deje pasar esta oportunidad, pero supongo que debe hacer lo que crea

conveniente. ¿Ha hecho la visita virtual?

—Sí.

—La mayor parte de los daños son superficiales —dijo ella.

—¿Qué daños?

—Bueno, no me refería a daños. Solo quería decir que tendrá que pintar y empapelar. Es asombroso lo que puede hacer una mano de pintura.

—Creo que voy a olvidarme de esa casa, pero se lo agradezco.

—¿En serio? ¿Ni siquiera vendrá a echarle un vistazo?

—Es un viaje demasiado largo para una casa en la que no estoy realmente interesado.

—¿Le ha hablado alguien del centro de tratamiento? Mire, no es nada seguro que lo trasladen a la calle Crawdaddy.

—¿Qué es un centro de tratamiento?

—El lugar al que la gente lleva sus residuos.

—¿Quiere decir un vertedero? —le pregunté.

—Cielos, no. Será mucho más que un simple vertedero. Habrá un centro de reciclaje y un Kit and Kaboodle.

—¿Qué es un Kit and Kaboodle?

—Es un cobertizo al que llevas cosas. Si tienes, por ejemplo, una licuadora o una tostadora o algo por el estilo y ya no lo quieres pero todavía funciona o está averiado y crees que alguien podría arreglarlo o tal vez usar sus piezas o bien usarlo para otra cosa, bueno, lo llevas al Kit and Kaboodle en vez de tirarlo al vertedero y otra persona podrá llevárselo. Es una idea estupenda. Hay gente que se ha equipado la casa entera con material del Kit and Kaboodle. Sería muy útil para usted cuando se instale en su nueva casa.... ¡Podría coger los mejores objetos antes que cualquiera!

—Parece estupendo, pero no creo que quiera vivir al lado de un vertedero.

—Oh, no estaría al lado, sino enfrente. Y van a levantar un muro de embellecimiento a su alrededor, por lo que ni siquiera lo verá. Por lo menos no desde la planta baja, que es donde pasará la mayor parte del tiempo, porque el piso de arriba no tiene calefacción.

—¿Qué es un muro de embellecimiento? —le pregunté.

—Es una pared muy alta, de madera, supongo, o tal vez de hormigón, pero muy bonita, tal vez con flores o algo pintado en la superficie. Dejaron a los escolares pintar el muro de embellecimiento que oculta la carretera 36 y es precioso. Cuando paso por delante en el coche siempre me alegra. Ah, y también habrá arbustos, creo que por norma debe haber un arbusto cada tres metros, así que todo eso acabará por aumentar el valor de su propiedad.

—Bien, ha sido muy agradable hablar con usted y le agradezco su ayuda, pero ya no estoy interesado, de veras.

Le dije adiós y me apresuré a colgar. Esperé un momento, pensando que tal vez ella me llamaría. No quería que Jeanine Breemer me acosara. Y entonces lo sentí por ella. Los únicos agentes inmobiliarios que había conocido eran mujeres como Poppy Langworthy, una amiga de mi madre que vendía varios pisos al año por valor de muchos millones de dólares con el sencillo procedimiento de enseñárselos a personas capaces de comprar pisos valorados en muchos millones de dólares, de las que Nueva York parecía tener unas existencias inagotables. Me pregunté cuándo habría hecho Janine la última venta. Parecía un poco desesperada. No me gusta nada hablar con personas que trabajan a comisión. Durante años no supe que existían esa clase de empleos, pero cuando tenía diez años, fui con mi padre a un concesionario de BMW en Nueva Jersey a comprar un coche nuevo, cuando mi padre le dijo al vendedor que nos había atendido que iba a mirar en otros

sitios este se mostró tan agresivo que prácticamente se abalanzó sobre nosotros cuando nos íbamos. Recuerdo que le pregunté a mi padre qué le pasaba a aquel hombre y respondió que no le pasaba nada, que actuaba así porque era un tiburón y me dijo que en ciertos empleos tenía que ser un tiburón, que todo el mundo lo comprendía y por ello resultaba aceptable. Le pregunté a mi padre si él era un tiburón y dijo que no, él era más bien como un buitre, dejaba que otros animales hicieran la carnicería y él se alimentaba de los restos. Esas revelaciones me turbaron mucho y quise preguntarle si había trabajos para corderos y conejos, pero algo en mi interior me dijo que no debía hacerle esa pregunta. Pensé que tal vez me volvería más agresivo a medida que me hiciera mayor, pero no ha sido así, de modo que es un problema que todavía tengo sin resolver. Creía que en el mundo del arte la gente tendería a lo corderil, pero no es el caso. John es claramente un tiburón, a su manera genial y despreocupada; y mi madre, en ocasiones, puede recordar poderosamente a un buitre. Así pues, esa era otra razón apremiante para marcharme de Nueva York y encontrar un medio de vida que no requiriese un salvaje comportamiento instintivo.

Una mujer había entrado en la galería mientras hablaba con Jeanine Breemer y estaba mirando con detenimiento cada uno de los cubos de basura. Tenía un cuadernillo en el que copiaba la información de las etiquetas en las paredes que identificaban cada pieza.

#21. Encolado de aluminio, papel, objetos encontrados, piel de conejo fragmentada, rotulador, cera de abeja, cabello humano. 60x75cm.

Al cabo de un rato se acercó a mi mesa, caminando con un desenfado increíble, como si se dirigiera a otro lugar y la mesa de la recepción le cortara el paso.

—Hola —me dijo.

Le devolví el saludo.

—¿Tiene un catálogo? —me preguntó.

Le dije que no.

—¿No hay catálogo?

—Así es. No hay catálogo.

—¿Y por qué no?

—El artista no cree en los catálogos. Cree que la obra debe hablar por sí misma.

—¿Ah, sí? Qué original: los cubos de basura pueden hablar solos.

—Sí.

—¿Le hablan a usted?

Tenía que responder afirmativamente, por supuesto. Es lo que ocurre cuando te dedicas a determinadas profesiones: te ves obligado a afirmar que los cubos de basura pueden hablarte.

—¿Qué le dicen? —me preguntó.

—Pues verá... —respondí, tratando de ganar tiempo—. Como son obras de arte distintas, cada una dice una cosa diferente.

—¿Qué dice esa de ahí? —Señaló uno de los cubos más cercanos.

Como si fuese dolorosamente obvio, me apresuré a responder:

—Dice que todo es basura y, en especial, el arte. Y, como es natural, si el arte es basura, también lo es todo lo demás. Hasta las cosas que consideramos sagradas son basura. Todo es desechable. Nada concreto es precioso. La religión es algo sucio.

Ella dio un paso atrás, como si yo pudiera ser tan lunático como parecía.

—Es increíble que un cubo de basura pueda decir tanto —observó.

—Tenga en cuenta que es una obra muy potente —dije.

—Desde luego, eso me da mucho en qué pensar. Soy Janice Orlofsky. Trabajo para la revista *Artforum*. —Me tendió la mano.

Se la estreché y le dije:

—Yo soy Bryce Canyon.

—Tiene usted una gran pasión por el arte, ¿no es cierto, Bryce?

—Supongo que sí.

En aquel momento apareció mi madre con un atuendo especialmente raro: gafas oscuras, un mono con muchas cremalleras y bolsillos y unos zapatos nuevos que en realidad no eran más que unas pocas tiras de cuero sobre un alto tacón de aguja. Se la veía un tanto incapacitada por los zapatos y las gafas y avanzó tambaleante por la galería, tropezando con algunos cubos de basura. Pasó por nuestro lado sin saludar y se metió en su despacho.

Traté de pensar un chiste al estilo de «¿qué obtienes del cruce entre Helen Keller y un piloto de caza anoréxico?», pero antes de poder hacerlo Janice me preguntó:

—¿No era esa señora Marjorie Dunfour?

El instinto me impulsaba a decir que no, pues estaba seguro de que si mi madre fuese una propietaria de galería de arte como Dios manda habría reconocido a Janice Orlofsky de *Artforum* y se habría detenido a hablar con ella, pero me sentía tan confuso por todo lo que había sucedido aquella mañana o lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas (o cuanto había sucedido en mi vida) que lo más fácil parecía ser decir la verdad y respondí que sí.

Janice abrió su cuadernillo y anotó algo (probablemente algo cruel y condenatorio acerca de mi madre), se lo guardó en el bolso, un curioso bolso en forma de fiamblera que estuvo en boga a comienzos de los años setenta, giró sobre sus talones y se marchó, echando por el camino alguna cosa a uno de los cubos de basura. (La receta de una «limpia y suave depilación con azúcar», un método casero pero que comercializa la cadena de farmacias Duane Reade. Luego publicó una reseña de la exposición en *Artforum* [vol. XLII, nº 2]: «Artistadesconocido, medios diversos». Galería Dunfour & Asociados, 16 de julio-31 de agosto, 2003. *¿Cuándo la basura es solo basura? Cuando hiede.*)

Aquella tarde, en la consulta de la doctora Adler, intenté buscar el modo de hablarle de lo sucedido la noche anterior con John y, mientras trataba de pensar, al parecer sin resultado, la doctora me dijo:

—¿Sabes? Hasta ahora no hemos hablado del 11 de septiembre.

Era extraño y desconcertante que dijera eso. Como he mencionado, la doctora Adler hablaba poco durante nuestras sesiones y casi nunca planteaba un tema o incitaba al diálogo. La miré para ver si se daba cuenta de que estaba actuando de una manera rara en ella, pero, naturalmente, no se daba cuenta y se limitaba a sonreírme con su sonrisa genérica y carente de significado, la cabeza un poco inclinada, a la espera de que le respondiera.

—Hay muchos días de los que no hemos hablado.

Ella no dijo nada y, cuando tuve claro que no iba a añadir nada más, dijo:

—¿Prefieres que no hablemos del 11 de septiembre?

—Supongo que se refiere al 11 de septiembre de 2001 —respondí.

—Sí, así es.

—Me gustaría saber cuánto tiempo tardó la gente en empezar a referirse al 6 de diciembre como Día de Pearl Harbor. ¿O acaso lo hicieron de inmediato? ¿Sería al día o a la semana siguientes

cuando empezaron a preguntar: «¿Dónde estabas el Día de Pearl Harbor?» en vez de preguntar: «¿Dónde estabas el 6 de diciembre?»?

—Creo que el Día de Pearl Harbor es el 7 de diciembre —dijo ella, y sonrió tímidamente, incapaz de enmascarar su satisfacción al corregirme.

—Como sea —dije.

—Bien, ¿cómo te gustaría referirte al 11 de septiembre?

—Preferiría no referirme a ese día.

—¿Por qué razón?

—Me parece injusto tener que explicar por qué no quiero referirme a algo que usted ha sacado a relucir y a lo que, como acabo de decirle, no quiero nombrar.

Ella no me respondió con una de sus incitaciones a que me dejara de tonterías porque no pensaba seguirme el juego. *Ignóralo y se irá*, le decía mi madre a Gillian cuando éramos pequeños y yo le daba la lata. *Ignóralo, lo único que quiere es que le hagas caso*. Vista en retrospectiva, esa actitud parece un tanto cruel: reconocer y rechazar al mismo tiempo el deseo de atención por parte de alguien, sobre todo de un niño. *Lo único que quiere es que le hagas caso*, como si fuese malo querer que estén por ti, como si eso fuese equiparable a querer dinero o poder o fama. Tal vez ese sea el motivo por el que ahora prefiera que me ignoren: me distorsionaron de alguna manera irreversible. Pensé que la terapia es una manera ineficaz de enderezar las maneras irreversibles en que nos han distorsionado, como tratar inútilmente de desenredar una gran maraña de nudos que es imposible desenredar.

—La verdad es que no tengo nada que decir sobre el 11 de septiembre —añadí.

—¿Nada?

—Eso es. Me fastidia mucho la manera en que la gente habla de ello, todo el mundo diciendo dónde estaba, qué vieron, a quién conocían, como si eso tuviera alguna importancia. O te dicen que en Ohio la gente hace terapia contra el dolor, como si les hubiera ocurrido a ellos.

—¿Crees que a la gente no le afectó lo ocurrido?

—Sí, claro, tal vez les afectara, pero no iban en uno de los aviones ni saltaron desde uno de los edificios y por eso creo que deberían callarse.

—La verdad es que no acabo de entenderte —dijo ella.

—Pues bueno, no me entienda.

—Pero quisiera comprender tu razonamiento. Qué es lo que piensas. Fuiste al colegio Stuyvesant, ¿no es cierto?

—Creo que ya sabe que fui al colegio Stuyvesant.

—Sí, James, pero a veces una puede hacer preguntas cuya respuesta ya conoce. Se trata de una práctica comúnmente aceptada.

—Preferiría que me preguntara lo que desee preguntarme en vez de trampear conmigo.

—Trampear... es una palabra interesante.

—La verdad es que no sé cómo una palabra puede ser más interesante que otra.

Ella hizo una pausa antes de replicar:

—Fuiste al colegio Stuyvesant, un centro que está muy cerca de la Zona Cero. Así pues, supongo que tu experiencia de aquel día fue especialmente intensa.

—Sé que va a pensar de mí que soy agresivo adrede, pero realmente detesto ese término.

—¿Qué término?

—Zona Cero.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Me parece un eufemismo, algo que podrían decir en una película de James Bond. Y se ha convertido en un destino. La gente dice: «Vamos a la Zona Cero» como dice: «Vamos al Rockefeller Center» o «Vamos al estadio de los Yankees».

—¿Cómo te gustaría referirte a ese lugar?

—No lo sé. El solar del World Trade Center. El sitio donde estuvo el World Trade Center. «Vamos al solar donde estuvo el World Trade Center antes de que los terroristas estrellaran un avión contra él y lo derrumbaran.»

—De acuerdo. Puesto que Stuyvesant está muy cerca del solar donde estuvo el World Trade Center, imagino que tu experiencia de ese día fue intensa.

—Creo que ese día fue intenso para todo el mundo.

Ella sacudió la cabeza con el semblante entristecido.

—Estoy de acuerdo contigo, pero no me refiero a eso. Estabas al otro lado de la calle donde se encontraban las torres. Supongo que viste cuanto sucedió. No creo que todo el mundo tuviera esa experiencia.

Era cierto que lo habíamos visto todo desde las ventanas del aula. No le respondí enseguida.

Pensé en algo que había leído en el periódico uno o dos meses después del 11 de septiembre de 2001. Se refería a una mujer a la que nadie sabía desaparecida. Nadie la había echado de menos. Nadie informó de su desaparición. Ni familiares ni amigos. Sus vecinos no se dieron cuenta. Se trataba de una persona muy reservada y llevaba una vida tan solitaria que su ausencia no afectó a nadie. Tan solo su manicura cayó en la cuenta. Iba todas las semanas a arreglarse las uñas y, como no aparecía y no era posible localizarla, la manicura avisó a la policía. Irrumpieron en su piso. Encontraron un pájaro, un loro o algo por el estilo, muerto en su jaula, y, naturalmente, ni rastro de ella, solo el periódico del 11 de septiembre todavía abierto sobre la mesa de la cocina. Y lo había abierto más de un mes antes de que alguien pensara en la posibilidad de su desaparición y, de no haber sido por la manicura, nadie lo habría sabido jamás.

—Estaba pensando en la mujer que murió el 11 de septiembre y de la que nadie supo que había desaparecido —le dije a la doctora—. ¿Leyó la noticia?

—Creo que no.

Le conté la historia de aquella mujer y ella me dijo que había oído hablar de varias personas así, personas que habían muerto pero cuya desaparición nadie había notado, por lo menos de inmediato. Me preguntó por qué creía que estaba pensando en aquella mujer.

Esa pregunta me puso muy triste. Triste y con una sensación de derrota, porque no tenía duda de que ella sabía por qué pensaba en aquella mujer. Pensaba en mi propia tendencia a la soledad y en que podría acabar como aquella mujer, tal vez con un pájaro o un perro, probablemente un perro, porque sé que los pájaros son buenas mascotas pero creo que hay algo repulsivo en ellos, a solas con una vida que no entraría en contacto con otras ni se les superpondría, una especie de vida herméticamente sellada. La doctora Adler sabía que eso era lo que pensaba y quería que lo dijera, que me «expresara», porque creía que, al articular esos pensamientos, podría trascenderlos o librarme de ellos, pero lo que no sabía era que la historia de la mujer desaparecida de aquel modo no me entristecía, no consideraba trágico que hubiera abandonado el mundo sin llamar la atención. Me parecía hermoso. Morir así, desaparecer sin rastro, hundirte sin turbar la superficie del agua, sin que ni siquiera saliera a la superficie una burbuja reveladora, como abandonar sigilosamente una fiesta de modo que nadie repare en que te has ido.

—¿Qué te ha hecho pensar en esa mujer? —me preguntó de nuevo la doctora Adler.

—No lo sé. Se me ha pasado por la cabeza.

La mirada que me dirigió la doctora Adler decía: «Sí, pero ¿por qué se te ha pasado eso por la cabeza?». Y tuve la sensación de que era correcto pensar en la señora del loro y no pensar en por qué razón pensaba en ella si sabía por qué razón pensaba en ella; y quería decirle a la doctora Adler que al pedir una explicación de esas cosas se estaba perdiendo otros aspectos. Me dije: «Basta con que haya pensado eso, no es necesario que lo diga. No tengo necesidad de compartirlo. La mayoría de la gente cree que las cosas no son reales si no se expresan verbalmente, y que es el acto de expresarlas y no el de pensarlas lo que las legitima. Supongo que por ese motivo uno siempre quiere que otro le diga “te quiero”. Yo pienso lo contrario, que los pensamientos son más reales cuando se piensan, que expresarlos los distorsiona o diluye, que es mejor que permanezcan en la oscura capilla de aeropuerto de tu mente, donde el clima está controlado, que si los sueltas y les da el aire y la luz se alterarán, como una película fotográfica expuesta por accidente». Por ello, en vez de responder a su pregunta, le dije:

—Ayer hice algo que estuvo muy mal.

Ella pareció un poco alarmada, pero lo superó enseguida.

—¿Sí? ¿Qué hiciste?

Le conté lo que le había hecho a John y cómo había reaccionado él.

Ella guardó silencio durante un momento. Comprendí que aún pensaba en la mujer del loro y el 11 de septiembre, que trataba de imaginar la relación que había entre eso y John y se preguntaba cómo debería planteármelo. Esa era la otra cosa que empezaba a irritarme de la terapia: la suposición de que todo estaba relacionado y, cuantas más relaciones pudieras establecer, tanto mejor. Me recordaba aquellos rompecabezas que hacíamos en primaria, en los que trazabas líneas entre figuras iguales en diferentes columnas y finalmente tenías demasiadas líneas y todo estaba conectado en una gran maraña.

—¿Por qué crees que hiciste eso? —me preguntó la doctora.

—Creo que quería demostrar que podía ser esa otra persona, alguien capaz de atraer a John. Y pensé que si podía concebir a esa persona y convencer a John de que existía, entonces, de alguna manera, yo podría ser esa persona o aspirar a serlo. Sé que parece estúpido, pero a mí me parecía inteligente. No me di cuenta de que estaba engañando a John.

—Así pues, ¿te interesa John?

—¿Si me interesa? ¿Qué quiere decir?

—Creo que sabes lo que quiero decir.

No dije nada. Pensé que preferiría no haber sacado aquello a relucir y estar hablando todavía de la señora desaparecida.

—¿Qué querías que pasara anoche con John? —me preguntó ella.

—No lo sé —respondí—. No sé qué es lo que pasa cuando dos personas tienen mutuo interés... ¿o se dice que se interesan una por la otra? Nunca estoy seguro de cómo es mejor decirlo.

—No creo que importe.

—Claro que importa. Una manera debe de ser correcta y la otra no. Y si no te esmeras por decirlo bien, estás causando...

—¿Causando qué?

—Una decepción al mundo. Las pequeñas cosas, como usar correctamente el lenguaje, son lo que hace funcionar al mundo. Funcionar correctamente, quiero decir. Si no hacemos caso de esas pequeñas cosas, el caos se impondrá. Esa clase de errores son pequeñas grietas en la presa y usted cree que no importan, pero se acumulan, sus errores y los de todos los demás, y entonces sí que importan.

—Pero a veces no hay reglas claras y creo que en este caso da lo mismo decirlo de una manera que de otra.

—¿Cómo sabe que da lo mismo? —pregunté, pensando que lo decía para salir del paso.

—El inglés es mi segunda lengua. Cuando estudias una nueva lengua, aprendes esa clase de cosas.

No había sabido que el inglés era la segunda lengua de la doctora Adler. Supuse que debía de ser alemana, pero no tenía ningún acento, por lo menos ninguno que yo pudiera distinguir. Quienes hablan más de una lengua siempre me dan una lección de humildad. Parece que con dos o más vocabularios no solo puedes decir muchas más cosas y hablar con muchas más personas sino que también puedes pensar más. A menudo tengo la sensación de que quiero pensar algo pero no puedo encontrar el lenguaje que coincida con el pensamiento, por lo que se queda reducido a una sensación, a un pensamiento no formado. A veces me parece que estoy pensando en sueco sin conocer esa lengua.

—Has mencionado tu experiencia con John y entonces has cambiado de tema —dijo la doctora Adler—. ¿Por qué crees que has hecho eso?

—¿He cambiado de tema?

—Me parece que sí. Te has puesto a hablar de la lengua, del uso de las palabras.

—Bueno, todo está relacionado —respondí, solo porque no me gustaba que me acusara de haber cambiado de tema, cosa que no había hecho adrede. Desde luego, eso tiene poca importancia en la consulta de un loquero, porque no le interesan realmente las cosas que haces adrede.

—¿Cómo se relacionan?

¿Cómo puede equipararse engañar a John Webster y hacer el ridículo en el Museo Frick con el uso apropiado de las palabras? Parecía una de esas preguntas imposibles de las pruebas de aptitud universitaria, en las que ni siquiera sabes qué te están preguntando, así que no digamos responderlo. Pero, de repente, lo comprendí.

—Ambas cosas se refieren a la manera correcta o apropiada de hacer algo. Hay una manera correcta y adecuada de usar las palabras y hay una manera correcta y adecuada de mostrarse con los demás. Yo me he portado mal con John y lo lamento, por lo que trato de compensarlo mediante la obsesión con el lenguaje, que es más fácil de controlar que el comportamiento.

Me sentía muy impresionado por esa respuesta, pero la doctora Adler me miraba fijamente, como si todavía estuviese esperando que le respondiera. Parecía un poco absorta y me pregunté si me había oído siquiera. Sabía por experiencia que esa era una táctica que empleaba para hacerme continuar, pero me parecía que, habiendo respondido ya a su pregunta, me merecía alguna respuesta.

—¿Qué opina de eso? —le planteé.

Ella no dijo nada y se limitó a encogerse ligeramente de hombros, como si no tuviera una opinión muy formada. Entonces se irguió un poco en su asiento.

—Creo que eres muy listo —me dijo, pero de su tono se desprendía que era yo quien me consideraba muy inteligente.

Me había herido con su mezquindad y no le contesté. Pensé en la expresión «Es demasiado listo». Cuando estudiaba el segundo curso, mi profesor anotó en mi boletín de calificaciones: *A veces James es demasiado listo*. Me pareció una especie de acertijo, como el de blanco, negro y rojo por todas partes,⁴ y le pregunté a mi madre qué significaba. «Significa que hablas demasiado», me respondió.

—Bien —dijo la doctora Adler, tras un momento de silencio—. Se nos ha terminado el tiempo.

2Edge, sustantivo inglés que significa «borde», «filo». (N. del T.)

3Traducción literal de la expresión *I'll eat my hat*, cuya equivalencia española sería, por ejemplo, «Me meteré a monja», porque a continuación el narrador se explaya sobre la frase. (N. del T.)

4La respuesta a este acertijo en inglés es «un periódico», pero no se puede traducir porque se basa en la homofonía de las palabras *red*, «rojo», y *read*, «leer». (N. del T.)

14

Martes, 29 de julio de 2003

Camino de la galería, hice un alto en casa para hacer pis y beber algo. *Miró* estaba tendido en la bañera. Suele instalarse ahí en verano, supongo que debido al frescor. Abrió los ojos y me observó como si evaluara lo que yo estaba haciendo allí. Por un momento me pregunté si era correcto hacer pis delante de un perro y entonces me percaté de lo absurda que era esa pregunta y le dirigí una mirada de desdeñosa superioridad humana. A menudo soy desagradable con *Miró* en privado. Le digo cosas como: «No eres más que un perro. No tienes pasaporte ni número de la Seguridad Social. Ni siquiera puedes abrir puertas. Estás por completo a mi merced». O bien: «Córtate el pelo y cálzate». Sé que no me entiende, pero debe de sospechar que no es del todo correcto lo que le digo.

Busqué en el frigorífico algo que beber, cosa que en principio parece relativamente fácil, pero que, como en mi familia nadie hace la compra, puede resultar difícil. Había un envase de zumo de naranja Tropicana en el que solo quedaban unas pocas gotas (como la norma exigía que si terminabas algo lo repusieras, había una competición muy reñida por no terminar nada), un tetrabrik de leche semidesnatada que había sobrepasado en tres días la fecha de caducidad, tres botellas de cerveza Peroni, un litro de Coca-Cola *light* sin cafeína que sin duda pertenecía a Rainer Maria y un poco de una repugnante leche de soja que Gillian había comprado hacía meses, cuando atravesaba una supuesta fase de intolerancia a la lactosa.

Había abierto el grifo y esperaba que el agua fría llegara desde el lejano lugar donde se encontrara al fregadero de nuestra cocina, cuando Gillian llegó a casa y entró en la cocina.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó, como si yo no viviera en la casa y no tuviera derecho a estar allí.

—No te importa, pero vengo de terapia y he hecho un alto antes de ir a la galería.

—Qué bien —dijo Gillian—. En cambio, yo he pasado la peor mañana de mi vida. —Abrió el frigorífico y miró su interior.

—¿Qué ha pasado?

—¿De veras quieres saberlo?

—Claro que sí.

—Quiero que estés seguro, porque es muy largo y da asco.

—Estoy seguro —dije.

—Bien. Primero estaba citada a mediodía con Amanda Goshen en las rebajas de los almacenes Barneys.

—¿Quién es Amanda Goshen?

—Es una conocida de Barnard. El semestre pasado estuvo en mi clase de escritura memorialística.

—¿Fuiste a una clase de escritura memorialística? ¿Barnard ofrece esa clase de cursos?

—Sí, y deja de interrumpirme. Si vas a cuestionar todo lo que digo, olvídalo.

—De acuerdo. Pero me parece un poco raro escribir tus memorias antes de que te hayas graduado.

—Hoy en día nunca eres demasiado joven para escribir tus memorias —dijo Gillian—. Así que cállate. Bueno, primero camino por la calle Bank y paso por delante del edificio que tiene ese ridículo seto de ligustro en miniatura. Deslizo la mano por la parte superior, como si le diera unas palmaditas en la cabeza al pasar. Una señora se me acerca por detrás y me dice que no toque el ligustro. No puedo creer que esa señora me esté diciendo que no toque el ligustro. «No debe de estar en sus cabales», me digo. Así que me quedo mirándola y le pregunto que qué quiere decir. Y ella me responde que ese es su ligustro, que es propiedad privada y no quiere que lo maltrate. Que no lo *maltrate*, me dice. Te juro que apenas lo tocaba, solo deslizaba la mano por la parte superior, me hacía cosquillas en la palma. Y como no puedo creer que esa mujer me grite por maltratar su ligustro, cojo un puñado, lo arranco, se lo tiro encima y le digo: «Jodeos tú y tu ligustro», y sigo mi camino. Y ella echa a correr detrás de mí, diciendo a gritos que va a llamar a la poli. Y entretanto, algo debía de haber en el jodido ligustro porque tengo un rasguño en la palma y me sangra. Solo un poco pero de todos modos... Mira. —Cerró la puerta del frigorífico y me mostró la palma, en la que realmente había un corte—. Bueno, puedes imaginarte mi estado de ánimo después de eso. Llego a Barneys y espero a Amanda fuera. Hace sol y calor y me apoyo en la pared del edificio. Llevo puesto este top y me bajo las tiras para que no me queden las marcas. Se me acerca un señor mayor y me saluda de una manera muy amistosa, como si me conociera. Pienso que es el señor Berkowitz y le saludo también de una manera muy amistosa, pero entonces me doy cuenta de que no es el señor Berkowitz sino un viejo verde que se le parece. Y comprendo que me toma por una furcia porque me pregunta si me gustaría quedar con él. A tomar algo, vale. Quiere llevarme a tomar algo, hacerme ciertas cosas y darme dinero por ello. Así que le digo: «No, no quiero ir a tomar algo» y él me dice: «¿Por qué no?, parece que estás buscando a alguien para ir a tomar algo» y le digo: «No estoy buscando a nadie, solo estoy esperando a una persona» y él me dice: «Me encantaría veros a ti y a esa persona en plan cariñoso», recuerda que es un viejo clavado al señor Berkowitz y le digo que se vaya a tomar por saco y él me llama zorra y se dispone a marcharse, pero se vuelve y me escupe, aunque no sabe hacerlo bien y la saliva le cae en la pechera de la camisa, así que vuelve a llamarme zorra y se va. Bueno, ya debían de ser las doce y cuarto y todavía estaba esperando a Amanda. Espero otros cinco minutos y entonces suena el móvil y, claro, es Amanda, y me dice que no podemos vernos porque, adivínalo, ha vendido sus memorias a Harper Collins por seiscientos mil dólares y va a comer con su editor al *grill* del Four Seasons y me dice que si veo unas sandalias Giuseppe Zanotti verde jade se las compre, que me las pagará. De acuerdo, así que llego a la conclusión de que no puedo ir a las rebajas de Barneys, vuelvo a casa andando, y como son diez manzanas pienso en tomarme un café con hielo pero me digo que hay una botella de Smartwater en el frigorífico y que eso es mucho más sano, sobre todo si ya te has tomado tres cafés, y cuando llego a casa, la botella de Smartwater ha desaparecido. ¿Te la has bebido tú?

—No.

—Entonces debe de haber sido mamá.

—¿Crees que mentía?

—¿Quién? ¿Mamá?

—No. Amanda Goshen.

—¿Sobre la comida en The Four Seasons?

—No, sobre la venta de sus memorias por seiscientos mil dólares. Bueno, sobre la venta de sus

memorias y punto.

—No, estoy segura de que es verdad. Sus memorias eran las mejores, tenían de todo: incesto, locura, drogadicción, bulimia, alopecia, lo que quisieras. El material perfecto para unas memorias. Qué suerte.

—¿Qué es alopecia?

—Perder pelo. Estaba calva. —Abrió el frigorífico y miró de nuevo el interior, como si la botella de Smartwater pudiera haber aparecido por arte de magia, pero no estaba, y lo cerró—. Ah, por cierto, antes de que se me olvide. Esta mañana te ha llamado Jordan Powell.

—¿Quién es Jordan Powell?

—Tu compañero de habitación.

Al principio no tenía ni idea de quién era el tal Powell y entonces recordé que hacía unos días me había llegado de Brown un sobre grande que tiré sin abrir, porque pensé que abrir y leer correo de Brown no haría más que reforzar mi conexión con la universidad, como cuando abres una caja de galletas y estás obligado a comprarla.

—¿Cómo dices que se llama?

—Jordan Powell. O Howell. No, Powell, creo. Lo anoté en alguna parte. Pasará por Nuev York camino del Vineyard y esperaba verte. Le dije que le llamarías esta noche.

—Pues no voy a hacerlo —repliqué—. No hay ninguna razón para llamarlo, no será mi compañero de habitación porque no voy a ir a Brown. ¿Qué impresión te ha dado?

—La de alguien que te dice: «Estoy de paso en Nueva York camino del Vineyard», pero por lo demás me ha parecido bien.

Me serví un vaso de agua que no estaba nada fría y me lo bebí.

—¿Vas a salir? —me preguntó Gillian.

—Sí. Vuelvo al trabajo.

—¿Podrías pasar por Starbucks y traerme un café con hielo, por favor?

—¿Qué? ¿Y te lo traigo dentro de cuatro horas?

—No. Vas a Starbucks, pides el café, lo traes aquí y entonces te vas a trabajar.

—Y ya que estoy en ello, podría recogerte la ropa en la lavandería.

—No te morirás por traerme un café con hielo.

—No, pero que algo no te mate no es un motivo muy convincente para hacerlo.

Cuando regresé a la galería no me sorprendió que estuviera vacía y el despacho de mi madre cerrado. Me senté a mi mesa. Eran las dos y media, así que debía estar allí sentado otras dos horas y media. La galería de arte de mi madre estaba en un edificio de galerías rodeado de otros edificios de galerías y pensé que en la mayor parte de ellas había alguien como yo, solo y sentado en un ambiente refrigerado y sin nada más que hacer que dar la impresión de que está ocupado y entonces caí en la cuenta de que probablemente eso no solo ocurría en las galerías y que en toda la ciudad millares de despachos debían de estar sumidos en aquel veraniego estupor de sobremesa. La vida sigue su curso normal, pero no es así, es como si todo el mundo fingiera, como si fueran los protagonistas de una película sobre su vida y estuvieran un poco al margen. Y entonces, en septiembre, todo vuelve a la normalidad.

Me levanté, miré por la ventana y no vi a nadie en la calle ni nada inquietante en ella. En la ciudad de Nueva York se dan esos momentos extraños en los que parece que todo el mundo ha desaparecido. A veces, el domingo por la mañana, salgo temprano y no hay nadie en la calle, solo quietud y silencio, o me despierto en plena noche, miro por la ventana y no hay luces en ninguna

parte, en ninguno de los edificios que nos rodean, y me pregunto si es posible que todo el mundo esté dormido. ¿Está durmiendo la ciudad que nunca duerme? Entonces apareció un hombre en la calle, un anciano que paseaba a un basset. Él caminaba muy despacio, pero el perro era todavía más lento. Parecía como si no se movieran. Me recordaban esos aspersores que siguen a una manguera extendida en el suelo, enrollándola mientras avanzan. Me pasaría horas mirando, tratando de verlos moverse. Comprendí que un niño que se pasó horas contemplando un aspersor que parecía no moverse por el césped estaba destinado a convertirse en una persona perturbada como yo.

—James.

Al moverme vi a mi madre en la recepción. Me miraba de una manera extraña, como si no me hubiera visto en mucho tiempo.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Mirando por la ventana.

—Ah. —Parecía reflexionar sobre ello, como si fuese una actividad sospechosa de la que no hubiera oído nunca hablar. Tamborileó con las uñas en el mostrador de mármol—. Me gustaría hablar contigo —dijo finalmente—. ¿Quieres venir a mi despacho?

Me pareció extraño, puesto que no había nadie más en la galería y no necesitábamos encerrarnos en su despacho para tener intimidad. «Vale», le dije, y la seguí hasta su despacho. Ella se sentó a su mesa y yo lo hice en una de las dos butacas de Le Corbusier que estaban delante. Era un poco raro que estuviera sentada a su mesa. Tenía un aire muy formal y burocrático que no le cuadraba.

Movió unos objetos en su mesa y entonces se detuvo bruscamente y enlazó las manos delante de ella, como una locutora tras una pausa publicitaria. Y me miró como si estuviera mirando una cámara. Su rostro tenía una expresión tranquila y jovial.

—Acabo de hablar con John —me dijo.

—Ah.

—Me ha contado lo que ocurrió anoche. Está muy enfadado y no le culpo.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha contado lo que has hecho, que te inventaste un perfil en algún sitio web y te pusiste en contacto con él.

—La verdad es que fue él quien se puso en contacto conmigo —puntalicé.

—No se puso en contacto contigo, James, porque el perfil no era el tuyo. Y quiero que te calles y me escuches. —Su expresión tranquila y jovial se desvaneció: su mirada furibunda daba miedo.

Le dije que de acuerdo.

—John está muy desconcertado por lo que has hecho. No quiere volver a la galería mientras estés aquí. Ha amenazado seriamente con marcharse. Por suerte, le he convencido de que no lo haga.

—Qué bien.

—Sí, qué bien —dijo ella—. Sin duda sabes lo difíciles que se me pondrían las cosas si John se marchara. Sería el final de la galería. Ni puedo sustituirlo ni puedo dirigir la galería yo sola. Y tal vez pienses que todo esto es un juego, James, la galería, mi vida, la de John y la tuya, pero no es así. Nada de esto es un juego. Bueno, tal vez tu vida lo sea, pero eso has de decidirlo tú. ¿Crees que tu vida es un juego?

—No —respondí.

—Pues eso es lo que parece creer. ¿Sabes lo que es el acoso sexual?

—Sí, claro que lo sé.

—Entonces, ¿por qué has hecho eso? ¿No se te ha ocurrido pensar que estaba mal? ¿Que es un

acto ilegal? ¿Que no puedes poner a tus compañeros de trabajo en situaciones sexuales incómodas?

—No es eso lo que pensé que estaba haciendo —repliqué.

—¿Pues qué creías que estabas haciendo?

—No era más que una especie de broma.

—¿Una broma? ¿Crees que engañar a alguien y ponerle en una situación incómoda es una broma?

—No sabía que era eso lo que estaba haciendo. Por supuesto, no lo habría hecho de haberlo pensado.

—¿Entonces qué creías que estabas haciendo? ¿En qué podías haber pensado?

—No lo sé. Supongo que no pensaba nada.

—Bien, tal vez será mejor que empieces a pensar —dijo mi madre—. Y tal vez podrías empezar pensando en alguien más que en ti mismo.

—Lo siento. Le he pedido disculpas a John. Le he dicho que lo sentía. ¿No te lo ha dicho él?

—Sí, pero a veces eso no es suficiente.

—¿Qué más puedo hacer?

—Muy poco —dijo mi madre—. Por lo menos ahora. Así que me ha tocado a mí hacer algo.

—¿Y qué has hecho?

—Le he dicho a John que no trabajarías más aquí.

—¿Vas a despedirme?

—Supongo que sí, aunque no me gusta verlo de esa manera.

—Ya. ¿Y de qué manera quieres verlo?

—Creo que no deberías hablarme en ese tono, James. Sobre todo en este momento. He actuado como lo he hecho por lo que hiciste. Creo que deberías pensar en ti mismo y no preocuparte por mí. Piensa en lo que hiciste.

—No entiendo por qué es tan grave.

—Tal vez ese sea el motivo de que necesites pensar en ello, porque te aseguro que lo es.

—¿Por qué? John es amigo mío.

—No es amigo tuyo, James. No era amigo tuyo antes de esto y, desde luego, no lo es ahora. Y si crees que era amigo tuyo, todavía peor. Hacerle semejante cosa a alguien que tenías por amigo.

Sabía que mi madre estaba equivocada y que John era amigo mío o lo había sido. Tal vez él no supiera que era amigo mío y tal vez yo no lo fuese para él, pero era amigo mío. Y ahora no quería volver a verme y probablemente me odiaba. Me daba cuenta de que es muy difícil agradar al prójimo, no digamos amarlo, porque eso te lleva a hacer cosas equivocadas, cosas que te distancian.

—John era amigo mío —insistí.

—Bien, tal vez lo fuese —dijo mi madre—, pero no creo que siga siéndolo.

Esto último lo dijo en un tono petulante y satisfecho que me sulfuró. Como si por haber cometido una estupidez al esforzarme por intimar con alguien mereciera ser condenado al ostracismo y ridiculizado. Me enfadó que mi propia madre se alegrara de mi infortunio. Sabía que ella probablemente creía que era bueno para mí, una de esas llamadas experiencias educativas. El problema es que nunca aprendo nada de las experiencias educativas. De hecho, me esfuerzo especialmente por no aprender de las experiencias educativas, signifiquen lo que signifiquen, porque no se me ocurre nada más espantoso que ser una persona de carácter formado por experiencias educativas.

—Escucha, James —dijo mi madre—. Quería hablarte de algo y no acababa de encontrar la manera de enfocararlo, pero después de lo que pasó anoche...

—¿Qué?

—Verás, me pregunto si tal vez... ¿Eres gay?

—¿Por qué todo el mundo me pregunta si soy gay?

—¿Quién más te lo ha preguntado?

—Papá.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le has dicho?

—¿Por qué quieres saber lo que le he dicho?

—No lo sé —respondió mi madre—. Supongo que es solo otra manera de hacerte la pregunta.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Se lo has preguntado a Gillian?

—No —respondió mi madre.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que Gillian sea lesbiana.

—¿Entonces crees que soy gay?

—No lo sé... Sí, admito que esa idea me ha pasado por la cabeza.

—¿Pero por qué quieres saberlo?

—¿Por qué quiero saberlo? Eres mi hijo, James. Me importas, quiero ayudarte.

—¿Crees que los homosexuales necesitan ayuda?

—James, ¡oh, James! No sé qué hacer. No sé cómo ayudarte. Estoy muy preocupada por ti y quiero ayudarte, pero no sé cómo hacerlo.

No dije nada. Mi madre se echó a llorar.

Yo sabía que quería ayudarme. Sabía que era mi madre y me quería, yo no tenía intención de ser mezquino o no creía que quisiera serlo, pero había algo más dentro de mí, algo duro y testarudo que sí era mezquino. Me molestaba su creencia de que, si yo era gay, podía ayudarme, como si se tratara de darme una tirita o algo por el estilo. Y, además, ser gay es de lo más *in* estos días, así que, ¿por qué habría de necesitar ayuda? ¿Y qué ayuda podría prestarme mi madre, cuyo tercer matrimonio solo había durado unos pocos días? Yo sabía que era gay, pero nunca había hecho nada propio de un gay y no sabía si alguna vez lo haría. No podía imaginarlo, no podía imaginarme haciendo nada íntimo y sexual con otra persona, apenas podía hablar con la gente, así que ¿cómo iba a tener relaciones sexuales? Solo era teórica, potencialmente homosexual.

Oímos la campanilla indicadora de que alguien había entrado en la galería.

—Creo que deberíamos hablar más sobre esto —me dijo mi madre—. Podemos hacerlo en casa. Y creo que deberías tener una charla con tu padre. Ahora, como ha entrado alguien, puedes volver al trabajo.

—¿Qué? —le pregunté.

Me parecía increíble que mi madre pudiera llamarme a su despacho, despedirme, darme a entender que era un perdedor, un ser socialmente retrasado, de conducta sexual desviada y decirme briosamente que volviera al trabajo. Eso se contradecía demasiado con mi idea de quién era ella y de lo que sentía por mí. Y entonces comprendí que no soportaría oírle repetir lo que acababa de decirme, así que me levanté y salí de su despacho antes de que ella tuviera ocasión de repetirlo.

Quienquiera que hubiese entrado en la galería ya se había ido y me senté a mi mesa en la recepción, pero pensé que quien está despedido no vuelve al trabajo, aunque estar sentado allí sin hacer nada, que era probablemente lo que haría durante el resto de la tarde, no podía considerarse trabajo, pero de todos modos... Tomé la decisión de marcharme. Que entrase alguien y robara todos los cubos de basura si se le antojaba. Que mi madre respondiera al teléfono si por casualidad sonaba. Me puse de pie y miré la mesa, buscando qué podría llevarme a casa. En las películas,

cuando despiden a uno, siempre mete sus cosas en una caja de cartón y se la lleva con aire entristecido. Normalmente hay una planta alta y débil, una taza de café con la inscripción EL MEJOF (llénese el espacio en blanco) DEL MUNDO y una foto enmarcada de unos feos seres queridos. Sobre mi mesa no hay nada de eso. Es cierto que solo trabajaba en la galería desde hacía unos meses, pero no dejaba de ser deprimente pensar que mi paso por allí no había dejado el menor rastro.

Salí de la galería, recorrí el pasillo y esperé el ascensor, que naturalmente estaba en algún punto del espacio, y como quería irme de allí, bajé corriendo los cinco tramos de escalera y llegué a la calle.

Me apoyé en la fachada del edificio, porque jadeaba después de haber bajado corriendo las escaleras y tenía que recuperar el aliento. El anciano del basset caminaba hacia mí. Parecía haber pasado mucho tiempo desde que los había visto caminando por el otro lado de la calle y pensé que el tiempo había avanzado de manera diferente en la galería y en la calle. A menudo experimento esa sensación, una especie de desfase horario tan solo pasando del interior al exterior o de una habitación a otra.

Me quedé allí y miré al hombre y al perro que pasaban por mi lado. No quería pensar en lo que había ocurrido arriba y procuraba no pensar. Probablemente ese era el motivo de que me sintiera tan aturdido. Cada vez que notaba la formación de un pensamiento, me decía: «No pienses eso, no pienses eso, no pienses eso». Aquello era como liquidar a un montón de moscas con un matamoscas. No sé cuánto tiempo permanecí allí. El suficiente para ver que el hombre y el perro llegaban al final de la manzana y desaparecían al doblar la esquina. Y entonces comprendí que no debía quedarme ante el edificio, porque podía salir mi madre y no quería verla. Me encaminé al paseo a lo largo del Hudson y me senté en un banco. El tiempo era muy caluroso y desagradable. A veces puedes sentarte en el paseo, mirar al otro lado del río, olvidarte de la ciudad que está a tus espaldas y de la ruinoso y fea ribera de Nueva Jersey frente a ti y concentrarte en el río, la luz en el agua, los barcos que pasan o el modo, si hay marea alta, en que la corriente parece deslizarse en ambas direcciones a la vez, el agua marina hacia arriba y la dulce hacia abajo, pero aquella no era una de esas ocasiones. No podía desentenderme de la ciudad que estaba detrás y el río no parecía fluir en ninguna dirección, tan solo parecía estancado y derrotado. Me levanté, pero no sabía dónde ir. No quería ir a casa porque sabía que a Gillian le parecería divertidísimo que mi propia madre me hubiera despedido. Y tampoco quería ver a mi padre, sobre todo ahora que le habían modificado los ojos. Ya había visto a la doctora Adler, me había portado como un estúpido con ella y no volvería a verla hasta el jueves. Y entonces pensé que me gustaría ver a John, que él era la única persona cuerda y normal que conocía, pero entonces recordé que no podía ver a John por lo que había hecho la noche anterior, que había echado a perder mi relación con la única persona que me gustaba, que probablemente no volvería a verlo nunca y que él jamás pensaría en mí o, si lo hiciera, sería para hablar a la gente de aquel muchacho raro y patético que lo había acosado.

15

Martes, 29 de julio de 2003

Aunque solo eran las cuatro de la tarde, Grand Central estaba atestada y todo el mundo corría y empujaba para tomar sus trenes e irse de la ciudad. Era como una evacuación masiva del día del fin del mundo, todos huyendo de una desdichada vida a otra. Te dabas cuenta de que detestaban sus vidas de oficina, pero no parecían impacientes por reunirse con sus mujeres y sus hijos mimados, o con nadie, si vivían solos. El viaje en tren era un pequeño paréntesis entre dos partes de sus vidas

durante el que podían ser ellos mismos, sin jefe, sin esposa, sin colegas, sin hijos.

La mujer junto a la que me senté leía la Biblia. Tenía uno de esos marcadores plastificados con una imagen de Jesús sangrante y una pequeña borla rosa que usaba para seguir el texto de una línea a otra. Movía los labios y pronunciaba en voz muy baja cada palabra que leía. La yuxtaposición del Jesús sangrando por sus heridas y la bonita borla rosa me ponía nervioso. Era como poner un corazón arrancado en una caja y cubrirlo con un bonito papel de regalo. Cuando bajó en Woodlawn, besó el marcador y lo metió entre las páginas de la Biblia. A veces envidio a las personas religiosas por el consuelo de creer. Eso lo hace todo mucho más fácil.

Fui a pie desde la estación a casa de mi abuela, por las calles del barrio residencial, con antiguas y hermosas casas, grandes árboles y extensiones de césped. En una de las casas trabajaba un equipo de jardineros mexicanos y un muchacho sin duda más joven que yo empujaba un cortacésped casi tan voluminoso como él por el terreno cubierto de hierba. Me miró y sonrió cuando pasé por su lado, una sonrisa muy feliz y amistoso que revelaba sus hermosos dientes blancos, como si estuviera orgulloso de que lo vieran segando el césped. Le sonreí y él saludó agitando la mano. Es extraño entrar en contacto con alguien de ese modo y seguir caminando sin detenerte. No lo entiendo. Y es raro porque pese a que soy antisocial, cuando entro en contacto con un desconocido, aunque no sea más que intercambiar una sonrisa o estrecharle la mano, lo cual puede que no sea realmente entrar en contacto, aunque sí que lo es para mí, tengo la sensación de que no podemos seguir cada uno por su lado como si nada hubiese ocurrido. Por ejemplo, el chico mexicano que cortaba el césped en Hartsdale, ¿cómo había llegado allí, dónde vivía, qué pensaba? Es como si su vida fuera una pirámide, un iceberg, y yo solo viese la punta, la minúscula punta, pero el resto se extendiera por debajo, más y más, toda su vida bajo de él, dentro de él, todo lo que le había sucedido, todo acumulándose para converger en el momento, en el instante en que me sonrió. Pensé en la señora que se había sentado junto a mí en el tren y leía la Biblia. ¿Dónde estaba ahora? ¿En su casa? Sé que no debía haber bajado del tren en Woodlawn y seguirla hasta su casa, pero ¿y si lo hubiera hecho?, ¿y si estuviera destinada a ser o hubiera podido ser alguien importante en mi vida? Creo que eso es lo que me asusta: el carácter azaroso de todo. Que las personas que podrían ser importantes para ti pasen por tu lado y desaparezcan. O que pases por su lado y las dejes atrás. ¿Cómo podrías saberlo? ¿Debería volver sobre mis pasos y hablar con el chico mexicano? Tal vez estuviera solo como yo, quizá leyera a Denton Welch. Tenía la sensación de que al pasar de largo lo había abandonado, que me pasaba la vida, un día tras otro, abandonando a la gente.

Sé que es estúpido sentirlo así y no tratar nunca de relacionarme con la gente, pero empiezo a pensar que la vida está llena de esas trágicas incongruencias.

La calle de mi abuela sobrecogía por el profundo silencio y la quietud que reinaban en ella. Vive en uno de esos barrios donde los chicos son demasiado ricos y privilegiados para hacer algo tan sencillo como jugar fuera de casa. Todos estaban en sus clases de violín o de yudo o los habían enviado a campamentos donde montaban a caballo o se iniciaban en la interpretación teatral. Los únicos objetos animados eran los aspersores, esos que producen un tableteo y lanzan brillantes chorros de agua sobre los céspedes de un verde perfecto. Las aceras eran viejas, formadas por placas de hormigón separadas, agrietadas por las raíces de los árboles y el movimiento constante de la tierra. Estaban calientes y polvorientas. Pensé en las aceras de la ciudad, en lo bastas que eran, en que nunca sentías el deseo de tenderte y apoyar la mejilla en ellas. Pero las aceras de la calle de mi abuela eran diferentes, eran como las ruinas de la antigua Roma, purificadas y ennoblecidas por el tiempo, impecables bajo el sol que las horneaba.

La puerta principal de la casa de mi abuela estaba cerrada. Llamé, pero no hubo respuesta, así

que fui a la parte trasera. Sobre la mesa del porche había una taza de café y un cigarrillo a medio fumar aplastado en un cenicero asimétrico que Gillian había moldeado a una edad tierna y torpe (lo cual no quiere decir que más adelante se hubiese convertido en una ceramista de talento). Mi abuela había fumado mucho, pero ahora solo fumaba un par de cigarrillos al día, uno por la mañana, después del desayuno, y uno por la noche, después de la cena. Siempre en el porche. Había una brillante mancha de pintalabios escarlata en el borde de la taza de café y me gustó la idea de que lo primero que hiciera mi abuela por la mañana fuese pintarse los labios, aunque tal vez no viera a nadie en todo el día.

Miré la cocina a través de la puerta de tela metálica. No había nadie, pero la radio estaba encendida, así que entré en la cocina y la llamé. Sabía que si la radio estaba encendida, ella debía de encontrarse en casa, porque nunca habría salido sin apagarla. Tenía un audífono, pero raras veces lo usaba, sobre todo si estaba sola en casa.

Como no parecía estar en la planta baja, subí al piso superior. La puerta del dormitorio estaba abierta: me asomé y la vi tendida en la cama, bocabajo, los brazos y las piernas un poco dirigidos hacia los cuatro rincones, como si hubiera caído en la cama desde una gran altura. Yo sabía que mi abuela nunca dormía de esa manera y me asusté un poco. Tenía la cara vuelta hacia mí, la mitad inferior oculta a medias en la colcha, y parecía como si hubiera babeado. Pensé que estaba muerta.

Todo se detuvo un momento, como si alguien hubiera pulsado PAUSA. Y entonces la oí roncar y supe que no estaba muerta.

Entré en la habitación, me detuve cerca de la cama y le dije «Nanette», pero ella no se despertó. Vi que sus ojos se movían debajo de los párpados casi translúcidos. A veces me preocupa el aspecto de su piel, en los dorsos de las manos y los párpados, pues parece como si se hubiera desgastado hasta tener una delgadez insoportable, como una tela deteriorada por el transcurso del tiempo y la luz. Me pregunté en qué estaría soñando. Si era en algo bueno no quería despertarla. Me senté en una de las sillas de época y respaldo recto que hay a cada lado de su escritorio.

La suave luz del atardecer veraniego se filtraba entre los árboles que rodeaban la casa y penetraba en franjas doradas por la ventana del dormitorio. Oía el tableteo del aspersor en el césped y el zumbido de una abeja atrapada en la ventana que se lanzaba una y otra vez contra la tela metálica, como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si en algún momento pudiera encontrar un agujero en la tela y huir. Pensé en lo pacientes y confiadas que son muchas formas de vida inferior, como si tuvieran fe en algo que está más allá de la comprensión humana.

Estuve allí sentado durante casi una hora. Yo mismo podría haberme dormido, pero no creo que lo hiciera, tan solo me quedé transpuesto, me olvidé de quién era y dónde estaba. Me desentendí de todo, puse del revés la red de mi yo y dejé que todos los peces desesperados se escabulleran.

Y entonces oí a mi abuela.

—James...

La miré. La habitación estaba en penumbra, pero le veía la cara, todavía contra la colcha. Tenía los ojos abiertos y me miraba.

—Hola —le dije.

Me miró un momento sin ninguna expresión, como si yo siempre estuviera allí cuando se despertaba de una siesta. Entonces se sentó en la cama, se dio unos toques en el pelo y se pasó el dorso de la mano por la boca para quitarse la baba. La tosquedad de ese gesto era impropia de ella.

—¿Qué hora es? —me preguntó.

—No lo sé.

Miró a su alrededor, como para orientarse. Se levantó y dio una suave palmada.

—Bueno, estoy segura de que debe de ser la hora de tomar un trago. ¿Por qué no bajas y me preparas uno mientras me arreglo un poco? No hay nada más feo que una anciana que acaba de dormir la siesta.

En la sala, le preparé la bebida, *whisky* de centeno con agua y cubitos de hielo y vertí una lata de frutos secos surtidos en un pequeño cuenco de cerámica en cuyo interior había un castillo de Heidelberg pintado (conocía ese detalle porque debajo de la imagen decía *Castillo de Heidelberg, 1928*). Puse el disco *Las fuentes de Roma*, que mi abuela considera «una encantadora música de cóctel» en su viejo estéreo, tomé asiento y la esperé.

Al cabo de unos minutos la oí bajar la escalera. Entró en la sala de estar y vi que se había cambiado de vestido. Ahora llevaba uno de color crema y manga corta, con grandes hortensias rosas y azules estampadas. Se había arreglado el pelo y la cara y se había pintado los labios de un color que armonizaba con las flores rosadas del vestido. Vio la bebida que le aguardaba en la mesita baja y dijo: «Qué buena pinta». Tomó asiento y añadió: «Y veo que te has preparado uno para ti, qué espabilado eres». Levantó el vaso y dijo: «Estamos vivos». Es un brindis que mi abuela hace a menudo, pero significa cosas distintas en distintas ocasiones. Unas veces significa *Bien, por lo menos no estamos muertos* y otras *¡Qué maravilloso es que estemos vivos!* No estoy seguro de lo que quería decir esa noche, así que mi incliné adelante y choqué mi vaso con el suyo.

—Sí, estamos vivos —le dije.

Ella tomó un sorbo.

—Y está tan bueno como parece.

Bebí a mi vez, sin fruición. La verdad es que no me gusta mucho beber alcohol, pues hace que me sienta triste y cansado. O más triste y cansado de lo que suelo estar. Siempre espero tener esa sensación agradable y divertida que supuestamente produce la embriaguez, pero nunca la noto, así que había agitado mi *whisky* mucho más que el suyo.

—Bueno —dijo entonces. Abrió una caja de posavasos de plata y sacó dos. Puso uno delante de cada vaso y colocó el vaso en el suyo—. Bueno, ¿a qué debo este gran placer?

—¿Qué placer?

—El placer de tu visita.

—¿No puedo venir a visitarte sin ningún motivo especial?

—Sí, claro que puedes.

—La verdad... —le dije, y me interrumpí.

No acertaba a continuar. Era agotador tratar de contarle a alguien tu problema. Recordé al jardinero mexicano que me había sonreído y mi idea de la pirámide debajo de él y eso era lo que sentía, que nadie podía entender quién eras en un momento determinado a menos que entendiera la pirámide que hay debajo de ti y, si bien era probable que mi abuela me conociera mejor que nadie, incluida mi madre, me seguía resultando imposible decirle cuál era mi problema, así que incliné la cabeza y me callé.

La mayoría de la gente habría dicho algo, me habría acuciado para que continuara, pero mi abuela no dijo nada. Tomó otro sorbo de *whisky*, dejó el vaso en el posavasos y lo movió unos centímetros, como si hubiera estado en el lugar erróneo. Y entonces se quedó mirándolo, como si el posavasos pudiera volver por sí solo a su posición anterior. Al cabo de un momento extendió un brazo y me puso la mano en la rodilla.

—¿Tienes algún problema? —me preguntó.

—Sí.

—Vaya por Dios. —Esperó a que dijera algo y, como no lo hacía, se echó atrás en su asiento—. ¿Te gustaría hablarme de ello?

—Sí, pero no creo que pueda. No estoy seguro de qué es. No se trata de una sola cosa sino de todo.

—De todo —dijo ella, en un tono de confirmación más que interrogativo.

—Sí, eso parece.

—Bien, tal vez haya algo, una parte del todo, de lo que puedas hablarme. ¿Qué es lo que te ha hecho venir a verme?

—No tenía ningún otro sitio a donde ir, ni al que quisiera ir. —Me di cuenta de que eso sonaba muy mal, como si hubiera ido a verla como un último recurso. Pero en cierto modo eso era cierto. Me sentía fatal.

—Bueno, siempre puedes venir aquí —dijo mi abuela—. Si quieres, escuchamos música. ¿Tienes hambre? ¿Te apetecen unos frutos secos? —Tomó el cuenco y me lo ofreció.

—No, gracias.

Puso el cuenco sobre la mesa y corrigió su posición, como había hecho con la bebida. Mi abuela dedica buena parte de su vida a hacer ajustes, a mover objetos unos centímetros a un lado u otro, como si existiera un lugar perfecto para todo.

Escuchamos la música durante uno o dos minutos y entonces me dijo bruscamente:

—No quiero que lo malinterpretes. Normalmente no duermo la siesta. Nunca la hago, ¿sabes? Mi padre no toleraba las siestas. Pensaba que eran perjudiciales para uno mismo y para el comercio. Eran malas para la nación. Tenía muchos negocios en el extranjero y las oficinas en Italia y España cerraban a mediodía. Todo el mundo se iba a casa y dormía la siesta. O hacían algo mucho peor, incluso más maligno que la siesta, estoy segura de que sospechaba eso, y le enfurecía. Era un auténtico cascarrabias y no confiaba en la gente que disfrutaba demasiado de la vida. Él consideraba que la vida no era para eso. Recuerdo que cierta vez volví de una fiesta y me puse a hablar por los codos de lo que había comido, creo que era langosta Newburg o algo exótico por el estilo, y él me dijo que era una descortesía hablar así de la comida, que no era tan buena como yo decía y que si era tan buena, algo raro debía de tener. En casa siempre comíamos con mucha sencillez. Él no probaba nada que tuviera nombre extranjero. Y no ponía adobos ni salsas a la carne porque eso le parecía decadente. Imagina... ¡salsas decadentes! También intentaba que no tomáramos salsas, pero mi madre no lo consentía. Él dejaba que fuese blanda con nosotros, pero fingía que le disgustaba. Tal vez no le disgustase.

»Así que normalmente no duermo la siesta. Todavía me siento culpable cuando lo hago. Pero esta tarde estaba sentada en el porche, leyendo una revista, y debí de quedarme dormida, porque al despertar me sentí muy rara. No sabía dónde estaba. Al cabo de un momento, me centré, pero seguía sintiéndome cansada. Entonces pensé que me iría bien echarme unos minutos y subí al dormitorio. Eso fue a las tres de la tarde y ahora... —consultó su reloj—, ahora son las seis y media. Debo de estar envejeciendo.

—¿Cómo te sientes ahora? ¿Aún estás cansada?

—No —respondió, pero en tono de fatiga. Y su aspecto también denotaba cansancio. Como si supiera lo que estaba pensando siguió diciendo—: Estoy sana como una manzana, de veras, rebosante de salud. —Hizo una pausa y me sonrió. Observé que su sonrisa rosada no armonizaba del todo con sus labios. Siguió hablando de lo bien que se encontraba, pero yo no la escuchaba. Y entonces me di cuenta de que se había interrumpido, así que la miré. Ella me miró a su vez un momento y entonces dijo—: Oh, James, ¿por qué no me cuentas tu problema?

No sabía por dónde empezar. Tal vez se debiese al *whisky* de centeno, que ya había apurado, pero de repente me sentía reconfortado y feliz. Seguía creyendo que todo estaba mal, pero no me importaba. Como si me contemplase a mí mismo desde la luna y viese lo minúsculo que era y lo minúsculos y estúpidos que eran mis problemas. Me habían despedido, había actuado como un idiota, me había enemistado con John, era un solitario y un perdedor y no quería ir a la universidad, pero nada de eso importaba. No estaba en un avión secuestrado volando hacia el World Trade Center.

—Hoy me han despedido —le dije a mi abuela.

—¿Despedido?

—Sí, mi madre me ha despedido de mi trabajo en la galería.

—¿Y por qué ha hecho eso?

Le conté lo que había pasado con John. Mi abuela fue tomando sorbos mientras le hablaba y, cuando hube terminado, me tendió el vaso y dijo:

—Creo que los dos necesitamos otro trago antes de continuar. Ve a prepararlos y yo daré la vuelta al disco.

Hice lo que me pedía y al cabo de unos minutos nos sentamos de nuevo uno frente al otro, con bebidas nuevas, mientras sonaba la cara B de *Las fuentes de Roma*.

—¿Sabes? —me dijo ella, tras haber tomado un sorbo y emitir un sonido de aprobación—. Creo que lo que me cuentas es alentador. Has actuado de una manera estúpida y causado un estropicio, pero aun así me parece alentador.

—¿Por qué? —le pregunté.

—¿Por qué? Porque querías algo y has tratado de conseguirlo. Has actuado. Estúpidamente, es cierto, pero en definitiva tú has actuado y eso es lo importante. Y a menudo uno actúa como un estúpido en cuestiones de amor. Yo misma actué así. —Hizo una pausa, como si recordara algo concreto.

Yo estaba estupefacto. Había dicho «amor», había mencionado el amor como si fuese un elemento de la historia. Por un momento pensé que la había oído mal. Jamás había hablado con mi abuela de si era gay o heterosexual ni de cualquier cosa remotamente relacionada con eso. Era como si ella viviera en aquel otro mundo, el mundo de Hartsdale, el mundo de los hombres que ni siquiera ponían salsas a la carne, un mundo donde esas cosas no existen. ¿Creía acaso que estaba enamorado de John?

—¿Me estás escuchando, James? —la oí decirme.

—Sí.

—Pues parecía que no... Bien, en cualquier caso no creo que haya nada de lo que debas preocuparte. Poco importa que tu madre te haya despedido de su propia empresa, pues eso es como si te hubiera enviado a tu cuarto por travieso, nada más que eso. Y si ese John es un ser humano, comprenderá que lo que hiciste, aunque fuese estúpido, es halagador y romántico... romántico de una manera tonta y necia, pero tenías que empezar de algún modo.

—¿No crees que me odiará para siempre?

—No, por Dios. Una semana o dos, tal vez, pero no para siempre. Si tiene un poco de sentido del humor, quizá con el tiempo incluso se sienta halagado, que es como debería sentirse. Podrías enviarle una nota, una disculpa, y dejarlo así. Todo lo que uno puede hacer en esta clase de situaciones es disculparse y así pasar la pelota al tejado del otro, por decirlo de algún modo. —Se levantó—. Tengo costillas de cordero, de la carnicería buena. Y calabacines de la huerta de los Takahashi. Supongo que pasarás aquí la noche, ¿verdad?

—Sí, si no te importa.

—Pues claro que no me importa. Me encanta. ¿Deberías telefonear a tu madre? ¿Sabe que estás aquí?

Le mentí y le dije que sí. Sabía que estaba mal no informar a mi madre de dónde estaba, pero pensé que, como me había despedido, no tenía derecho a saberlo.

—Muy bien —dijo mi abuela—. ¿Están entonces resueltos todos nuestros problemas? —Esta frase es similar a «¡qué maravilloso es que estemos vivos!», un latiguillo de mi abuela. Cree que es muy importante que tengas resueltos todos tus problemas antes de sentarte a comer o de ir a la cama.

—Bueno, está el problema de la universidad —respondí.

—Creía que ese problema lo habíamos resuelto la semana pasada.

—Pues no fue así.

—A ver, recuérdamelo. ¿Cuál era el problema?

—Que no quiero ir a la universidad.

—Bien, eso parece tener fácil solución... No vayas a la universidad.

—No creo que pueda no ir —dije.

—¿No crees que puedas no ir a la universidad? No estoy segura de entenderte.

—Podría no ir, desde luego. El problema está en qué hago si no voy a la universidad.

—Bueno, eso constituye un problema totalmente distinto —dijo mi abuela.

—Sí, supongo que sí. Quería emplear el dinero de la universidad en la compra de una casa en el medio oeste y mudarme allá, pero ahora no estoy tan seguro.

—Qué aburrido parece eso. Recuérdame por qué no quieres ir a la universidad.

—Ya te lo dije. No quiero pasar varios años en ese ambiente con esa clase de gente.

—¿Qué clase de gente?

—La clase de gente que va a la universidad. La gente de mi edad.

—Bueno, supongo que habrá universidades para adultos. O tal vez podrías ir a una universidad a distancia. Aunque supongo que a una universidad a distancia no *se va*... Y esa es la cuestión. Podrías... estudiar por correspondencia. ¿No te dejarían hacer eso en Brown?

—Lo dudo.

—Recuerdo que vi un anuncio de un curso por correspondencia para estudiar peluquería canina. Creo que lo vi en el *Ladies' Home Journal*. ¿Te interesaría algo así?

—La verdad es que no me importaría ser peluquero de perros. Me gustan los perros. Pero no creo que a mis padres les gustara.

—Mira, James, no puedes pasarte la vida complaciendo a tus padres. Y a tu madre no tienes que complacerla, ¿verdad? Al fin y al cabo, te ha despedido.

—Sí, eso es cierto.

—¿Qué te parece si cenamos y luego resolvemos esto? No puedo pensar bien con el estómago vacío. ¿Tienes hambre?

—Sí.

Caí en la cuenta de que no había comido nada en todo el día. Me había propuesto hacerlo cuando volviera a casa tras la visita a la doctora Adler, pero me lo impidieron el frigorífico vacío y Gillian.

Después de cenar, jugamos al Scrabble (ganó mi abuela) y entonces, mientras yo lavaba los platos, ella se fumó un cigarrillo en el porche trasero. Mi abuela tiene lavavajillas, pero nunca la he visto usarlo. Creo que no confía en el aparato, que ella misma ha de lavar los platos para considerarlos limpios. Cuando terminé con los platos, me senté a la mesa y miré el jardín desde la

ventana. Mi abuela estaba en el centro del césped, fumando. Me daba la espalda, por lo que no podía verle la cara. Parecía como si estuviera observando algo en el jardín de los vecinos o quizá pudiera estar viendo el interior de la casa a través de sus ventanas iluminadas. Recordé el momento en que yo había contemplado a esa espeluznante familia a través de la ventana la noche que me escapé del teatro y me sentí un poco desorientado, como cuando miras dos espejos uno frente al otro y el mundo se abre y se derrumba por ambos lados. Yo miraba a mi abuela a través de una ventana y ella tal vez estuviera mirando a sus vecinos a través de sus ventanas y quizá estos estuvieran mirando a través de las ventanas de su fachada a alguien en la casa al otro lado de la calle y así sucesivamente hasta dar la vuelta al mundo. Mientras miraba, mi abuela levantó el brazo, se llevó el cigarrillo a la boca, inhaló y liberó el humo en una larga exhalación. Cuando hubo terminado, aplastó el cigarrillo en el cenicero que sostenía con la otra mano, el cenicero asimétrico que moldeara Gillian. Esperé a que se volviera y regresara a la casa, pero siguió allí de pie, como paralizada por lo que estaba viendo. Subí al piso superior a poner las sábanas en la cama del cuarto de invitados.

Al cabo de unos minutos oí que mi abuela entraba y hacía algo en la cocina (probablemente limpiaba de nuevo la encimera que yo ya había limpiado) y entonces subió. Yo estaba sentado en una de las camas gemelas del cuarto de invitados, leyendo un número de la revista *National Geographic* que había sacado del rintero que estaba sobre la mesilla de noche. Era de 1964 y en la cubierta un caballo blanco se alzaba sobre las patas traseras. El titular decía: «Típico de Viena: Los sementales blancos que bailan».

Mi abuela se detuvo en el umbral.

—Gracias por limpiar la cocina —me dijo.

—De nada —dije—. Gracias por la estupenda cena.

—Ya sé que no hemos resuelto el problema de la universidad, pero... Bueno, no creo que yo pueda serte de mucha ayuda. No entiendo muy bien cómo funciona hoy todo eso, pero estoy segura de que tienes opciones, James. Estoy segura de que todo se arreglará solo.

—Sí, supongo que sí.

—Y si la universidad no te conviene, si de veras no te gusta por ser como temes que es, bueno... el haber estudiado en ella no habrá sido una pérdida de tiempo. Tener malas experiencias a veces es una ayuda, te aclara más lo que deberías hacer. Sé que esto parece demasiado optimista, pero es cierto. Quienes solo han tenido buenas experiencias no son muy interesantes. Puede que estén contentos y sean felices de alguna manera, pero son superficiales. Ahora te parecerá un contratiempo, algo que te complica la vida, pero... es demasiado sencillo vivir sin complicaciones. No es que la felicidad sea necesariamente simple, pero no creo que tú vayas a tener una vida fácil y será mejor para ti. Lo difícil es no dejarte abrumar por las malas rachas. No debes permitir que te derroten. Tienes que verlas como un regalo... un regalo cruel, pero regalo a fin de cuentas.

»Sé que divago, no voy a seguir. Hoy, desde que me he despertado de la siesta me siento rara, pero hay otra cosa que quiero decirte, algo que deseo que sepas ahora. Es sobre mi testamento, James. Te dejo todo lo que contiene la casa. El edificio se venderá, pero todo lo demás será tuyo. Y deseo que hagas lo que quieras con todo, quedártelo, venderlo, regalarlo, quemarlo en una pira o cualquier combinación de esas posibilidades. Y también te dejaré algún dinero, claro, pero hablar de eso es demasiado deprimente.

No le dije nada. No sabía qué decirle. Estaba mirando una página de ilustraciones en la *National Geographic*, fotos de sementales blancos haciendo diversos números.

—Solo quería que lo supieras —dijo mi abuela—. Quería decirte que para mí es importante que decidas tú lo que va a ser de mis cosas.

—Me las quedaré —dije—. Me quedaré todo. —Levanté la revista—. Me quedaré esto.

—No —dijo mi abuela—. Eso no es lo que quiero. No son más que cosas, no significan nada. Quédate solo con lo que desees. —Se acercó a mí, me dio un beso y me acarició el pelo—. Y ahora voy a acostarme. No sé cómo puedo estar cansada después de una siesta tan larga, pero lo estoy. Y tú también pareces fatigado.

—Sí, lo estoy.

—Ha sido un largo día.

—Sí.

—Que duermas bien.

—Tú también. Buenas noches.

Me dio las buenas noches y salió del cuarto. Estuve un rato sentado en la cama, hojeando la revista, pero sin fijarme en nada. Estaba pensando en todo lo que contenía la casa de mi abuela y en lo mucho que yo amaba todo aquello. De una manera estúpida, tenía la sensación de que si conservaba todas aquellas cosas, mi vida no sería desdichada.

Pero sabía que carecían de ese poder, que no tenían ningún poder en absoluto. No eran más que cosas. Objetos.

16

Miércoles, 30 de julio de 2003

A la mañana siguiente me desperté hacia las nueve. Por un momento no estuve seguro de dónde estaba, hasta que reconocí las cortinas y lo recordé.

Encontré a mi abuela en la cocina. Tenía un enorme montón de calabacines sobre el mostrador y estaba cortando briosamente los largos tubos verdes en rodajas.

—Vaya —le dije—. Lo siento por esos calabacines.

—Pues yo no —dijo ella—. Los detesto, pero la señora Takahashi no deja de dármelos. Siempre me ha parecido que su inglés es muy bueno, pero parece ser que no entiende el significado de «Gracias, pero no quiero más calabacines». Así que estoy haciendo pan de calabacín. Sé que eso suena fatal, pero es perfectamente comestible. ¿Te apetecen unos huevos? Dejaré encantada lo que estoy haciendo durante un rato y te haré unos huevos.

—No, gracias —dije—. Voy a volver a la ciudad.

—¿Sin desayunar? ¿No vas a tomar café?

—Lo tomaré por el camino —respondí. Estaba deseoso de volver a casa porque no quería que mi madre perdiera la chaveta y llamara a la policía. Después de lo ocurrido en el distrito de Columbia, le había prometido que nunca volvería a desaparecer de esa manera—. Me he alegrado mucho de verte —le dije—. Te llamaré pronto.

—También yo me he alegrado de verte. —Dejó el cuchillo y se secó las manos con el delantal—. Siento que anoche estuviera rara. Esta mañana me encuentro mucho mejor.

—No estuviste rara en absoluto. Me diste muchos buenos consejos.

—Sobre eso tengo serias dudas —dijo—. Anda, vete. Si te das prisa, podrás coger el tren de las 9.57. —Me dio un beso y me empujó hacia la puerta.

El tren iba bastante vacío. No había más que un grupo de mamás del equipo de fútbol del instituto de Bronxville⁵ que se dirigían a la ciudad para gastar dinero. Todas tenían un parecido inquietante, como si fuesen el mismo modelo de coche pero de años diferentes. Una llevaba un vestido de tirantes blanco con rayas rosas, otra un vestido de tirantes rosa con topos verdes. Todas

calzaban sandalias y llevaban gafas de diseño en lo alto de las cabezas peinadas de modo similar. Ese espectáculo me pareció un tanto deprimente, porque siempre había pensado que los adultos no estaban tan determinados por una conformidad ciega, como parecía suceder a tantos de mis coetáneos o, por lo menos, había confiado en que así fuera. Siempre he esperado con ilusión hacerme adulto, porque pensaba que el mundo adulto era... bueno... adulto, que los adultos no eran exclusivistas ni desagradables, que la idea de ir a la última o de ser sofisticado o popular dejaría de marcar la vida social, pero empezaba a darme cuenta de que el mundo de los adultos era tan absurdamente brutal y peligroso en lo social como lo era el reino de la infancia. Me daba cuenta de que, por debajo de su pátina de confianza en sí mismas y de privilegio, aquellas señoras estaban nerviosas, casi asustadas, pues sabían que ya estaban fuera de lugar en la ciudad, porque en cuanto se casaron con el asesor de inversiones de turno y se trasladaron a Bronxville, habían dejado de ser neoyorquinas. Así de cruel es la ciudad.

Y entonces pensé que si me trasladaba a Indiana (aunque después de mi conversación con Jeanine Breemer estaba pensándome mejor lo de Indiana), yo estaría exiliado de una manera similar. Podría volver a la ciudad, pero estaría tan desplazado como aquellas mamás de Bronxville. Incluso si fuese a Brown y volviera a casa a menudo, experimentaría esa sensación. En la ciudad de Nueva York todo cambia con mucha rapidez y lo puedes comprobar si te alejas una semana de la ciudad: el restaurante griego se convierte en un restaurante etíope, la panadería se transforma en un salón de manicura más. Y yo sería una de esas personas que salen del metro y miran confusas a su alrededor, pues ya no saben dónde está el este ni el oeste, el norte ni el centro de la ciudad. Echaría a andar en la dirección errónea y tendría que hacer un alto para orientarme, como un turista.

Todo ello me hizo pensar que tal vez debería quedarme en Nueva York e ir a una universidad de aquí y olvidarme del medio oeste y de Providence, Rhode Island. Recuerdo que una vez, en segundo, el profesor desenrolló el mapa mural de Estados Unidos y nos pidió que nombráramos los estados más grandes y los más pequeños. Alaska fue fácil de ubicar, pero nadie se fijó en Rhode Island porque era tan pequeño que apenas podías verlo, tan minúsculo que su nombre estaba escrito en el Océano Atlántico, con una flecha que señalaba al oeste. ¿Cómo podía mudarme de la ciudad más grande del país al estado más pequeño? Y no sabía cómo podría ir a la universidad en Nueva York, porque había presentado mi solicitud a Columbia y me habían rechazado (si bien decían que no habían podido «encontrarme una plaza») y no quería formar parte del imperio del mal que es la Universidad de Nueva York aunque me pagaran por ello. (Esta universidad ha arruinado la mayor parte del Village, incluida la zona para perros de Washington Square. El enorme edificio que han levantado arroja su sombra sobre el parque, de modo que el espacio para los perros está perpetuamente a oscuras.)

A veces se apodera de mí ese estado de ánimo en el que cuanto veo o pienso me deprime. Todo parece una prueba de que el mundo es una mierda y va a peor. Recordé haberlo sentido en Washington, cuando traté de dar un giro positivo a las cosas desperdigadas a lo largo de la autopista, e intenté hacer lo mismo en el tren, pero fue imposible, porque estábamos pasando por una parte particularmente fea (y deprimente) del Bronx.

Entonces dejamos atrás el Bronx y avanzamos traqueteando por el puente de caballete que enlaza Manhattan con el resto del mundo y lo vi por la ventanilla: las torres de vidrio reflejaban el sol matinal, una especie de brillante calima que empezaba a difuminar los nítidos contornos. Y me dije: «Mira eso, mira Nueva York, amas esta ciudad, es tu lugar preferido», pero en lo único que podía pensar era en lo que me esperaba allí: mi madre, que estaría furiosa por mi nueva desaparición después de haberle prometido no volver a hacerlo, y John. Cada vez que empezaba a sentirme un

poco mejor y pensaba que tal vez las cosas no estaban tan mal, recordaba a John diciéndome que estaba muy mal de la cabeza y lo imaginaba sentado en el banco del parque, con las manos en la cabeza, gimiendo *No hay nada que desee más que eso*, y volvía a sentirme fatal.

Deseé que Grand Central fuese una estación y no una terminal, como Penn Station (aunque la mayoría de la gente se refiere incorrectamente a Grand Central como Grand Central Station), de modo que el tren pasara por allí y siguiera su camino hacia otro lugar o continuase en movimiento y no llegara nunca, no se detuviera jamás. Pasaría el resto de mi vida en tránsito, a salvo en un tren, con el mundo intolerablemente desventurado pasando a toda velocidad al otro lado de la ventanilla.

Todo parecía muy tranquilo cuando entré en el piso, incluso daba la impresión de que no había nadie en casa. Me quedé un momento quieto en la sala de estar, tratando de discernir la presencia de alguien. Me pregunté si estarían buscándome o en la comisaría. Entonces oí el agudo sonido del molinillo eléctrico de café en la cocina y avancé por el pasillo. Gillian estaba junto a la encimera, en camiseta, moliendo café. El ruido del aparato ahogó el de mi entrada, por lo que cuando ella se dio la vuelta y me vio allí se sobresaltó.

—¡Jesús! —exclamó—. ¿De dónde has salido? Hacerme eso es horrible.

—¿Estás preparando café? —le pregunté.

—No, estoy haciendo un experimento científico —respondió Gillian—. Pues claro que estoy preparando café. ¿Eres idiota?

—Bueno, ponme una taza de café, por favor. —Me senté a la mesa—. ¿Dónde está mamá?

—No lo sé. —Vertió agua en la cafetera y la encendió—. En la cama, creo. O tal vez haya salido. Acabo de levantarme y estoy de muy mal humor, por lo que me gustaría que me dejaras en paz.

—¿Por qué estás de mal humor?

Ella dio media vuelta y me miró.

—¿Por qué estoy de mal humor? Porque la gente como tú, bueno, concretamente tú, me hace preguntas como: «¿Por qué estás de mal humor?», cuando les he pedido que me dejen en paz.

Volvió a concentrarse en la preparación del café. Permanecí un rato en silencio y entonces le dije:

—¿Sabes? Te estás volviendo muy desagradable.

Ella no respondió y siguió contemplando la cafetera como si fuese un experimento científico. Cuando el café estuvo listo, lo vertió en dos tazas. Sacó leche del frigorífico, puso un poco en cada taza y añadió a una de ellas una cucharadita de azúcar. Trajo las dos tazas a la mesa y colocó la endulzada delante de mí. Eso me asombró, porque era totalmente impropio de Gillian que adaptara el café (o cualquier otra cosa) a mis gustos.

Me tomé un sorbo.

—Gracias, está muy bueno —le dije.

Ella se tomó su café y puso las manos alrededor de la taza como si las tuviera frías y necesitase calentarlas.

—Lo siento —me dijo al cabo de un momento.

—No importa, estoy acostumbrado —dije yo.

—No —dijo ella—. Puedo ser muy desagradable. Soy espantosa.

—No eres espantosa.

—Sí, lo soy. Soy espantosa y no voy a discutir contigo por ello.

—Está bien, pero no creo que seas espantosa.

Gillian no respondió. Su cara tenía un extraño temblor, como si en cualquier momento pudiera echarse a llorar. Tomamos el café en silencio durante uno o dos minutos y entonces Gillian dijo de repente:

—Estoy de mal humor porque Rainer Maria me ha plantado.

—¿Te ha plantado? —pregunté, sorprendido—. ¿Qué ha pasado?

—Su mujer ha conseguido un fantástico trabajo en Berkeley ya él también le han ofrecido un empleo, así que se marchan, hacen borrón y cuenta nueva, cada uno vuelve a comprometerse con el otro, reafirman sus promesas y muchas otras cosas que resulta demasiado repugnante mencionar.

—Entonces no es que te haya plantado, puede que te deje, pero no te ha plantado. Hay una gran diferencia.

—Sí, de eso es de lo que él intentó convencerme, pero no logro ver la diferencia. Es una cuestión semántica. Supongo que es el precio que hay que pagar por querer a un teórico del lenguaje.

—Pues lo siento —le dije—. R.M. me gusta. Lo echaré de menos.

—Yo también —dijo Gillian, en un tono que me desconcertó porque no tenía nada de irónico.

—Bueno, tal vez haya sido lo mejor. Quiero decir que era un tipo majo y todo eso, pero estaba casado y era mucho mayor que tú. Puede que ahora encuentres a uno más apropiado.

—«Uno más apropiado»: pareces un psicólogo, James. Y no eres la persona más indicada para dar consejos. ¿Qué sabes del amor?

—Nada —dije.

—Eso corrobora lo que te digo.

—He cambiado de idea —le dije—. Sí eres espantosa.

Por suerte, los sonidos que hacía mi madre viniendo por el pasillo interrumpieron la conversación que se estaba agriando con rapidez.

—No digas nada de esto —me dijo Gillian—. Ella no lo sabe.

—¿Qué es lo que no sé? —preguntó mi madre.

Estaba en el umbral, llevaba puesto el albornoz y tenía el pelo revuelto tras haber dormido. Parecía un poco en las nubes, pero eso no es nada raro, pues mi madre a menudo empieza (y termina) la jornada en las nubes. Ninguno de los dos respondió a su pregunta y ella pareció olvidar haberla formulado. Se quedó allí, mirándonos como si fuéramos objetos curiosos. Entonces me dijo: «James», se acercó a mí y me dio unas palmaditas en lo alto de la cabeza. A continuación dijo: «Café», fue a la encimera y se sirvió una taza, tras lo cual se sentó a la mesa con nosotros. Esperé a que prosiguiera con su juego de nombres y dijera: «Mesa» o «Gillian», pero se limitó a tomar el café, ensimismada.

Me dije que, dado su atontamiento, era mejor que tomara la iniciativa.

—Lo siento —le dije.

Ella me miró.

—¿Lo sientes?

—Sí, lo siento. Te prometo que no volveré a hacerlo.

—¡Espero que no vuelvas a hacerlo jamás! Y la verdad es que deberías pedirle disculpas a John, no a mí.

—A él ya se las pedí, pero no estoy hablando de eso. Lamento haber desaparecido.

—Ah. ¿Habías desaparecido?

—Sí —respondí—. Anoche no volví a casa. ¿Ni siquiera te has dado cuenta de que no estaba?

—Pues no —respondió mi madre—. No me he dado cuenta. Pasé una velada muy desagradable con Barry y no podía pensar en otra cosa.

—Por no mencionar que estabas un poco bebida —terció Gillian.

Mi madre la miró furibunda, pero al parecer ese gesto le dolió, porque hizo una mueca y se masajeó la frente.

—No puedo creer que no os hayáis dado cuenta de mi ausencia —les dije.

—Vive la vida, James —dijo Gillian—. Tienes dieciocho años. ¿Todavía quieres que mami te arrope en la cama?

—No. Solo he pensado que alguien podría haberse dado cuenta de que no he vuelto a casa.

—Al final nos habríamos dado cuenta —dijo mi madre—. La próxima vez solo tienes que estar fuera un poco más. ¿Dónde estuviste anoche?

—En casa de Nanette.

—¿Ah, sí? —dijo mi madre—. ¿Y qué tal está?

—Está bien. La verdad es que parecía un poco cansada. Cuando llegué estaba durmiendo la siesta.

—Debes de estar de broma —dijo mi madre—. Tu abuela no dormiría la siesta aunque la obligaras a punta de pistola.

—Como te lo digo. Dormía a pierna suelta.

—No te creo —insistió mi madre—. Odio la siesta. Cree que es una señal de debilidad de carácter.

—En realidad era su padre el que creía eso —comenté.

—¿Su padre? ¿Cómo lo sabes?

—Ella me lo ha contado. Me ha estado hablando de él. A juzgar por sus palabras, parecía un tirano.

—Y lo era —dijo mi madre—. Bueno, supongo que la manzana no cae muy lejos del árbol. De tal palo, tal astilla.

—Sí, y a veces eso se hereda de una generación a otra.

Vi que, por un momento, mi madre no lo entendía, pero entonces lo captó. Me miró con una expresión de asombro, dolida.

—¿Crees que soy una tirana?

—Creo que tiendes hacia la tiranía —respondí—. Y preferiría que no hablaras mal de Nanette. Es mi abuela y la quiero. Quisiera que dejaras de decir continuamente cosas desagradables de ella.

Su expresión de asombro y dolor se hizo más marcada, como si fuese una actriz de cine y el director le dijera: «¡Más, más, vamos, pon más sentimiento!».

—Perdona —le dije—. No sé por qué he dicho eso.

Ella me cogió la mano.

—No, soy yo quien te pide perdón, James —dijo—. Lo siento, lo siento de veras. No volveré a hacerlo, te lo prometo.

—Gracias.

—Qué escena tan conmovedora —dijo Gillian—. Parece uno de esos telefilms para adolescentes.

Mi madre empezó a dirigirle otra mirada furibunda, pero se contuvo a tiempo. Se volvió hacia mí.

—Bueno, James, lo único que puedo decir es que si anoche me hubiera dado cuenta de tu ausencia, me habría alterado y enfadado mucho. Nos prometiste a tu padre y a mí que nunca volverías a hacerlo.

—Sé que no es asunto mío —intervino Gillian—, pero ya es casi mediodía. ¿No debería ir a la

galería por lo menos uno de vosotros?

—Ya no trabajo en la galería —le dije.

—¿Lo has dejado?

—No, me han despedido.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Mamá.

Gillian miró a mi madre.

—¿Has despedido a James? ¿Por qué?

—He despedido a James por motivos que son y deben seguir siendo confidenciales, pero lo he indultado.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Ya no estás despedido —respondió mi madre—. Ayer por la tarde, después de que te marcharas, me llamó John. Había estado reflexionando y creía que se había excedido. Todavía está muy alterado y enfadado por lo ocurrido, lo mismo que yo, pero parece ser que está dispuesto a seguir trabajando contigo. Considérate afortunado, James.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gillian—. ¿Qué le ha hecho James a John?

—No es asunto tuyo, Gillian. Esto solo concierne a John, a James y a mí.

—¿Qué le has hecho a John? —me preguntó Gillian.

—Lo he acosado sexualmente —respondí— o por lo menos eso es lo que se afirma que he hecho.

—Se afirma que has hecho eso porque es cierto, James, y cuanto antes lo comprendas, mejor.

—Dime, ¿qué le hiciste? —insistió en saber Gillian.

—Lo siento, pero no quiero seguir con esta conversación —dijo mi madre—. Preferiría que hablarais de ello en otra parte y en otra ocasión.

—Esto es ridículo —replicó Gillian—. ¿Nos estás diciendo de qué podemos hablar o dejar de hablar en nuestra propia casa?

—Sí —dijo mi madre—. Eso es exactamente lo que estoy haciendo, pero como nunca me habéis escuchado ni habéis hecho nada de lo que os he pedido, no puedo esperar que cambiéis ahora. Vuestros caracteres están ya formados. Mi trabajo con vosotros ha terminado. Voy a ducharme.

Sonó el teléfono y Gillian respondió.

—Ah, hola, Jordan —dijo—. ¿Cómo estás? ¿Te lo pasas bien en la ciudad? Oh, estupendo. ¿De veras? Vaya, qué divertido. Lo vi el martes por la noche. Sí, asombroso. ¿No es increíble? Eso sí que es sobreactuar.... ¿Y viste cómo arañaba las paredes? Estás de broma..... ¡Dos noches seguidas! ¿Cómo conseguiste las entradas? No, aún no la ha visto, pero estoy segura de que le encantará. Está aquí. Espera un momento. —Cubrió el micrófono con la mano y se volvió hacia mí—. Es Jordan —me dijo.

—¿Jordan? —le pregunté—. ¿Quién es Jordan?

—Tu compañero de habitación. Te dije que telefoneó ayer. Quiere hablar contigo. —Me tendió el aparato.

—¿Tu compañero de habitación? —preguntó mi madre—. ¿En Brown?

—Sí —respondió Gillian—. Jordan Powell. O Howell. Es encantador. Ayer llamó a James y le dije que él le llamaría anoche, pero fue a casa de la abuela y supongo que se le olvidó.

—Te dije que no lo llamaría —protesté—. No es mi compañero de habitación. No iré a Brown.

—Por favor, no empieces de nuevo con esa tontería.

—No es ninguna tontería y no puedo empezar de nuevo porque nunca he terminado.

—Un momento, Jordan, James se pondrá enseguida —dijo Gillian. Rodeó la mesa y me tendió el teléfono—. No seas gilipollas, James. Te ha llamado dos veces. Se muestra amistoso. Quiere llevarte a ver *Larga jornada hacia la noche*.

—¿Esta noche? —pregunté.

—Sí —contestó Gillian—. Esta mañana se ha levantado a las cinco para esperar en la cola de devoluciones. Habla con él.

Me tendió el teléfono como si me arrojara el guante, pero no lo cogí. Mi madre empezó a decir algo y se interrumpió. Las dos me miraban, mi madre implorante y Gillian desafiante. Y entonces Gillian hizo algo extraño: dijo: «Por favor, James», en voz queda, un tono que nunca le había oído hasta entonces, y con mucha suavidad depositó el teléfono sobre la mesa delante de mí. Volvió a su asiento.

Una voz débil y lejana salía del auricular. Decía: «¿Oye? ¿Oye?».

Hubo un extraño momento de silencio en la cocina, durante el que pareció que el tiempo estuviera desconectado del espacio y entonces se oyó de nuevo la vocecilla. Esa vez sonaba decepcionada, casi quejumbrosa, como si temiera que la abandonaran.

Yo no sabía qué hacer. ¿Qué podía decir si me ponía? ¿Cómo podía hablar con Gillian y mi madre allí sentadas, escuchando? Pero entonces comprendí que aquel terrible momento se prolongaría indefinidamente a menos que hiciera algo y lo único que se me ocurrió hacer fue coger el teléfono y lo único que pude decir fue: «Hola».

5 Pequeño pueblo al norte de Nueva York que tiene un nivel económico muy elevado. (*N. del T.*)

17

Octubre, 2003

Tengo un extraño recuerdo de mi abuela. No se lo he contado nunca a nadie, ni siquiera a ella, porque es más bien espeluznante y no estoy totalmente seguro de que sucediera. Es uno de mis recuerdos más antiguos. Yo debía de tener cuatro años, tal vez incluso menos. Estaba en casa de mi abuela, no sé por qué ni durante cuánto tiempo, pero estaba con ella, los dos solos. Era un día soleado, cálido, a comienzos del otoño, y mi abuela se había pasado la mañana sustituyendo la tela metálica del porche por paneles de cristal. Y luego, como es natural, limpió todo el cristal hasta dejarlo reluciente y el porche, al recibir la luz del sol, la refractaba como un espejo. En cualquier caso, como hacía un día tan bonito y soleado, comimos en el porche, sentados uno frente al otro, a la mesa colocada junto a las ventanas. No recuerdo qué comimos, pero sí que estábamos allí sentados a la mesa pintada de rojo, y el cuadrado brillante de sol penetraba a través del cristal e incidía en la mesa y en mí. Recuerdo que mi abuela me dijo: «¿Por qué no te apartas del sol? Así no tendrás tanto calor». Me moví en el banco, separándome del sol, hacia la parte de la mesa que estaba en la sombra, y seguí comiendo. No sé cuánto tiempo pasó, no podía ser mucho, porque aún estaba comiendo lo que fuera que comiese, cuando de repente el panel de cristal bajo el que me había sentado se desprendió de sus ranuras y cayó sobre la mesa y el banco, justo en el sitio que hasta hacía un rato había ocupado. Sin duda alguna, de haber seguido sentado allí, habría caído sobre mí, sobre mi cabeza. Recuerdo que no nos preocupamos, nos reímos y dijimos que había sido una suerte que me hubiera apartado del sol y mi abuela barrió los fragmentos de cristal y terminamos de comer. Solamente después, años después, al recordar el incidente, se me ocurrió pensar que había pasado

algo extraño. Algo milagroso. No sé si el cristal desprendido me habría matado, probablemente no, pero, al recordarlo, comprendí que mi abuela me había salvado, si no de la muerte, sí por lo menos de unas heridas terribles.

Siempre he querido preguntarle a mi abuela por ese recuerdo. ¿Se acuerda ella? ¿Sucedió de veras? ¿Alucinó o, como la criatura que era yo, supuso que el amor podía tener por resultado natural la clarividencia? Pero nunca le he preguntado por ese recuerdo. Creo que temía que, si hablaba de ello, si expresaba aquel recuerdo, pudiera desvanecerse o descomponerse, a la manera en que ciertas cosas antiguas, frágiles y preciosas, se convierten en polvo si se desentierran.

Acabé por ir a Brown y tal vez el hecho de irme de casa, de alejarme, fue lo que me hizo tomar la resolución de plantearle finalmente esas preguntas a mi abuela, pero ella murió el 13 de octubre de 2003, mes y medio después de mi ingreso en la universidad. Resultó que había tenido una serie de pequeños ataques apopléticos, el primero de los cuales probablemente ocurrió el día en que la visité y, cosa rara en ella, la encontré sesteando, pero no se lo dijo a nadie, hasta que al final sufrió una apoplejía masiva. El cartero la encontró tendida en el suelo de pizarra del vestíbulo. Al parecer, se había caído por la escalera. Así pues, jamás sabré si ese recuerdo es real, pero creo que debe de serlo, porque pervive en mi memoria y no creo que uno recuerde cosas que no han sucedido.

Como mi abuela era una descreída total respecto a los ritos funerarios, no hubo ninguna ceremonia a la que yo tuviera que asistir. De todos modos, quise volver a casa, pero mis padres me dijeron que no lo hiciera, que ella habría querido que siguiera en la universidad y todo siguiera su curso normal. Creo que en realidad pensaban que, si volvía a casa, tal vez no regresaría a Brown, porque aquel primer semestre me sentí desdichado.

La casa de mi abuela está en venta y, a veces, cuando tengo el ordenador conectado entro en corredoresdefincas.com. Ya no busco casas en el medio oeste. Echo un vistazo a la casa de mi abuela: *Wyncote Lane, 16, Hartsdale. Encantadora casa antigua de estilo Tudor, conserva todas sus características originales, necesita modernización y cariñosos cuidados.* Y hago la visita virtual: es como si estuvieras en el centro de cada habitación y girases lentamente y puedes dar tantas vueltas como quieras, pues la habitación seguirá girando sin cesar a tu alrededor. Los suelos y las paredes son como negativos fotográficos: cuadrados de papel de pared no desvaído donde antes colgaron cuadros, los suelos de madera todavía bruñidos y marrones en los lugares donde estuvieron las alfombras. Todas las habitaciones están vacías, todo ha desaparecido: lo único que queda de mi abuela son esos restos fantasmales.

Me dejó en herencia el contenido de la vivienda. Mis padres querían que lo vendiera a un «liquidador de fincas», alguien que lo compra todo y luego lo liquida. Esa es la palabra que emplean: *liquidar*. Pero me negué. Con parte del dinero que me legó mi abuela, pago los gastos de tener todo en un almacén de Long Island, con la temperatura y la humedad controladas. Pedí que se llevaran todo, incluso los números de la revista *National Geographic*, el pequeño cuenco de cerámica con el castillo de Heidelberg, el tocadiscos y todos los discos, incluido el de *Las fuentes de Roma*. Mis padres pensaron que me había vuelto loco. «Sé razonable», me dijeron, «¿por qué pagar para tener almacenados números atrasados de una revista? Quédate lo que quieras, todo lo que podrías usar, pero vende el resto. Líbrate de los trastos. Líquidalos.»

Pero a mí me parece razonable. Solo tengo dieciocho años. ¿Cómo voy a saber lo que querré más adelante? ¿Cómo voy a saber qué cosas necesitaré?

«Lo que me maravilla de un libro es que cuando lo terminas, desearías que quien lo escribió fuera muy amigo tuyo y pudieras llamarlo por teléfono siempre que te apeteciera.»

J.D. SALINGER

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Algún día este dolor te será útil*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com y en Facebook, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Peter Cameron nació en Pompton Plains, Nueva Jersey, en 1959 y se graduó en el Hamilton College de Nueva York en Literatura Inglesa. Ha trabajado en el mundo editorial y ha sido profesor en varias universidades norteamericanas, como Columbia, Sarah Lawrence o Yale. Antes de publicar su primer libro, una colección de relatos titulada *De un modo u otro* (1986), había publicado varios cuentos en *The New Yorker*. Desde entonces ha publicado siete libros que le han consolidado como un escritor de fama internacional, entre ellos destacan las novelas: *Año bisiesto* (1990), *Un fin de semana* (1995), *Andorra* (1997), *La ciudad de tu destino final* (2002), *Algún día este dolor te será útil* (2007) y *Coral Glynn* (2012).

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS POR

LIBROS DEL ASTEROIDE:

- 1 *En busca del barón Corvo*, A.J.A. Symons
- 2 *A la caza del amor*, Nancy Mitford
- 3 *Dos inglesas y el amor*, Henri Pierre Roché
- 4 *Los inquilinos de Moonbloom*, Edward L. Wallant
- 5 *Suaves caen las palabras*, Lalla Romano

- 6 *Historias de Pekín*, David Kidd
- 7 *El quinto en discordia*, Robertson Davies
- 8 *Memoria del miedo*, Andrew Graham-Yooll
- 9 *Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin*, Vladímir Voinóvich
- 10 *Las diez mil cosas*, Maria Dermoût
- 11 *Amor en clima frío*, Nancy Mitford
- 12 *Vinieron como golondrinas*, William Maxwell
- 13 *De Profundis*, José Cardoso Pires
- 14 *Hogueras en la llanura*, Shohei Ooka
- 15 *Mantícora*, Robertson Davies
- 16 *El mercader de alfombras*, Phillip Lopate
- 17 *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, Manuel Chaves Nogales
- 18 *La mesilla de noche*, Edgar Telles Ribeiro
- 19 *El mundo de los prodigios*, Robertson Davies
- 20 *Los vagabundos de la cosecha*, John Steinbeck
- 21 *Una educación incompleta*, Evelyn Waugh
- 22 *La hierba amarga*, Marga Minco
- 23 *La hoja plegada*, William Maxwell
- 24 *El hombre perro*, Yoram Kaniuk
- 25 *Lluvia negra*, Masuji Ibuse
- 26 *El delator*, Liam O'Flaherty
- 27 *La educación de Oscar Fairfax*, Louis Auchincloss
- 28 *Personajes secundarios*, Joyce Johnson
- 29 *El vaso de plata*, Antoni Marí
- 30 *Ángeles rebeldes*, Robertson Davies
- 31 *La bendición*, Nancy Mitford
- 32 *Vientos amargos*, Harry Wu
- 33 *Río Fugitivo*, Edmundo Paz Soldán
- 34 *El Pentateuco de Isaac*, Angel Wagenstein
- 35 *Postales de invierno*, Ann Beattie
- 36 *El tiempo de las cabras*, Luan Starova
- 37 *Adiós, hasta mañana*, William Maxwell
- 38 *Vida de Manolo*, Josep Pla
- 39 *En lugar seguro*, Wallace Stegner
- 40 *Me voy con vosotros para siempre*, Fred Chappell
- 41 *Niebla en el puente de Tolbiac*, Léo Malet
- 42 *Lo que arraiga en el hueso*, Robertson Davies
- 43 *Chico de barrio*, Ermanno Olmi
- 44 *Juan Belmonte, matador de toros*, Manuel Chaves Nogales
- 45 *Adiós, Shanghai*, Angel Wagenstein
- 46 *Segundo matrimonio*, Phillip Lopate
- 47 *El hombre del traje gris*, Sloan Wilson
- 48 *Los días contados*, Miklós Bánffy
- 49 *No se lo digas a Alfred*, Nancy Mitford
- 50 *Las grandes familias*, Maurice Druon

- 51 *Todos los colores del sol y de la noche*, Lenka Reinerová
- 52 *La lira de Orfeo*, Robertson Davies
- 53 *Cuatro hermanas*, Jetta Carleton
- 54 *Retratos de Will*, Ann Beattie
- 55 *Ángulo de reposo*, Wallace Stegner
- 56 *El hombre, un lobo para el hombre*, Janusz Bardach
- 57 *Trilogía de Deptford*, Robertson Davies
- 58 *Calle de la Estación, 120*, Léo Malet
- 59 *Las almas juzgadas*, Miklós Bánffy
- 60 *El gran mundo*, David Malouf
- 61 *Lejos de Toledo*, Angel Wagenstein
- 62 *Jernigan*, David Gates
- 63 *La agonía de Francia*, Manuel Chaves Nogales
- 64 *Diario de un ama de casa desquiciada*, Sue Kaufman
- 65 *Un año en el altiplano*, Emilio Lussu
- 66 *La caída de los cuerpos*, Maurice Druon
- 67 *El río de la vida*, Norman Maclean
- 68 *El reino dividido*, Miklós Bánffy
- 69 *El rector de Justin*, Louis Auchincloss
- 70 *El infierno de los jemerres rojos*, Denise Affonço
- 71 *Roscoe, negocios de amor y guerra*, William Kennedy
- 72 *El pájaro espectador*, Wallace Stegner
- 73 *La bandera invisible*, Peter Bamm
- 74 *Cita en los infiernos*, Maurice Druon
- 75 *Tren a Pakistán*, Khushwant Singh
- 76 *A merced de la tempestad*, Robertson Davies
- 77 *Ratas de Montsouris*, Léo Malet
- 78 *Un matrimonio feliz*, Rafael Yglesias
- 79 *El frente ruso*, Jean-Claude Lalumière
- 80 *Télex desde Cuba*, Rachel Kushner
- 81 *A sangre y fuego*, Manuel Chaves Nogales
- 82 *Una temporada para silbar*, Ivan Doig
- 83 *Mi abuelo llegó esquiando*, Daniel Katz
- 84 *Mi planta de naranja lima*, José Mauro de Vasconcelos
- 85 *Los amigos de Eddie Coyle*, George V. Higgins
- 86 *Martin Dressler. Historia de un soñador americano*, Steven Millhauser
- 87 *Cristianos*, Jean Rolin
- 88 *Las crónicas de la señorita Hempel*, Sarah Shun-lien Bynum
- 89 *Canción de Rachel*, Miguel Barnet
- 90 *Levadura de malicia*, Robertson Davies
- 91 *Tallo de hierro*, William Kennedy
- 92 *Trifulca a la vista*, Nancy Mitford
- 93 *Rescate*, David Malouf
- 94 *Alí y Nino*, Kurban Said
- 95 *Todo*, Kevin Canty

96 *Un mundo aparte*, Gustaw Herling-Grudziński

97 *Al oeste con la noche*, Beryl Markham

98 *Algún día tu dolor te será útil*, Peter Cameron

99 *La vuelta a Europa en avión*, Manuel Chaves Nogales